



FRANCISCO
UMBRAI

**MORTAL
Y ROSA**

Prólogo de Félix Grande



En *Mortal y rosa* el poeta Francisco Umbral gira y gira en la trituradora de una impotencia y de una pena descabelladas: está mirando la lenta muerte de su hijo [...] El escritor, el poeta, tambaleándose en los territorios de la calamidad, rebotando contra los paredones de un destino completamente despiadado, descifrando con los ojos desamparados el abecedario de lo absolutamente indescifrable, habitante ya para siempre en el abismo al que abrazó cuando resolvió convertir en palabras su humillación y su pena de nacido en este planeta desalmado, le dice a la ausencia de un niño: «...quién eras, quién eres, a quién hablo, qué escribo...». Estaba tan aturdido de dolor que no se daba cuenta de que escribía un monumento a la literatura. Francisco Umbral es uno de los más grandes escritores españoles de nuestro tiempo. *Mortal y rosa* es su libro más escalofriante y más conmovedor.

FÉLIX GRANDE



Francisco Umbral

Mortal y rosa

Prólogo de Félix Grande

ePub r1.1

Achab1951 01.07.14

más libros en epubgratis.org

Título original: *Mortal y rosa*
Francisco Umbral, 1975
Retoque de cubierta: Achab1951
Editor digital: Achab1951
ePub base r1.1

Prólogo

Cuando Francisco Umbral llegó a Madrid procedente de Valladolid, recién casado, apuesto de esqueleto y vestido con una altanera elegancia, acorazado tras una sinceridad brutal a la que las gentes amedrentadas solían llamar cinismo, y ocultando bajo su juventud arrogante una decepción irreparable, pero aliviada con los ungüentos de una especie de ternura devastadora, todos supimos que acababa de irrumpir en la capital un escritor de raza. Venía a comerse el mundo, pero no sólo para hacerse «un nombre», sino también porque traía desde su infancia una voracidad maldita, un hambre clamorosa de poesía y de venganza y unos colmillos jadeantes como los de un poeta barroco flagelado por el romanticismo. Su bulimia de justicia y sosiego, su glotonería de amistad y de carne de mujeres, su desazonado apetito de belleza y de fraternidad, nacidos en una conciencia viajera por los farallones del abismo y experta en la cartografía de la fatalidad, lo empujaban todos los días a acariciar las tetas y las nalgas de las oraciones gramaticales y a untar con su saliva a las palabras después de haberlas excitado con las dentelladas del deseo. Celebrábamos con él los resplandores y las convalecencias que florecen en la complicidad literaria y alimentábamos con risas y café y confidencias a nuestra camaradería en la tertulia del Café Gijón, en el Aula Pequeña que dirigía Pepe Hierro en un rincón del Ateneo, en las lecturas poéticas de la cueva de Montesinos, en las redacciones de las revistas de literatura a donde íbamos a cobrar sesenta duros mensuales... Pero sabíamos que Paco Umbral desparramaba su fiebre de triunfo y de solidaridad (su desgarrón de desconsuelo y su afán de consuelo) por las pensiones con olor a gato lumpen, a coles cocidas y a fracaso de emigrantes de provincia, por los arrabales en donde dolorosos gamberros departían con agrado en el idioma de esa pequeña delincuencia cuyo nombre es sobrevivir, por los colchones de elocuentes muelles en donde adolescentes vigiladas por la ruina y matronas desbaratadas por las ilusiones tardías le regalaban sus cuerpos libertarios y anónimos, perfumados de pena y enaltecidos por el resentimiento. «El sexo, como último reducto de la libertad humana», escribió en Travesía de Madrid, su primera novela, corrigiendo con todo descaro a su maestro Jean-Paul Sartre, y anunciando un estilo en el que las opiniones se producen a una velocidad fulminante: «Todo suicidio es un asesinato», escribía en su homenaje y epitafio a Larra, involucrando así en el pistoletazo de Fígaro a toda la podredumbre social del siglo XIX. En los años sesenta, Umbral era poco más que un muchacho, con los músculos todavía desafiantes a la carcoma de los calendarios y a las crueles astucias de la vida, pero ya sabía (son sus palabras) que «todo está negro, cargado de inminencia, obcecado de fatalidad».

«Todo está negro, hijo», escribiría Umbral en el año 1974, en medio del infierno. Porque *Mortal y rosa* es el poema del infierno y es el retrato del infierno. La lágrima a la vez imprecatoria y clandestina que se arrastra por las páginas de este libro como la baba colosal de un caracol irreparablemente huérfano, esa lágrima empujada por el pudor, es la noticia del infierno, y es a la vez una humedad verbal, una humedad poética a la que ni siquiera el infierno consiguió evaporar. Es difícil hallar en la literatura que no provenga de los poetas trágicos una lágrima tan testaruda, una denuncia tan augusta contra la exactitud de la desgracia. Y aquí hay que proclama que la palabra poética es el acontecimiento más compasivo de la historia de nuestra especie, esta especie presuntuosa, pero en el fondo parturienta de «animales inconsolables» (el vertiginoso acierto poético es un regalo de José Saramago): pues esa lágrima universal y piadosa y diminutiva, que es el protagonista de este libro sobre la muerte, no procede tan sólo del dolor, sino también y sobre todo de la servidumbre de un artista de las palabras. Cualquiera puede conocer el dolor, y muchos seres tatuados por el suplicio como las reses por la marca de pego pueden resistir un irresistible martirio. Pero sólo a un sirviente de la palabra poética, sólo a un esclavo de la misericordia del lenguaje en que se calma el terror de la tribu, le es ofrecido el don expiatorio de transformar el

sufrimiento más ininteligible del mundo en una ensangrentada explosión de «belleza convulsa» y en un resuello de pasmosa piedad. En *Mortal y rosa* el poeta Francisco Umbral gira y gira en la trituradora de una impotencia y de una pena descabelladas: está mirando la lenta muerte de su hijo («Estoy oyendo crecer a mi hijo», dice, mientras lo ve apagarse). Y esa injusticia, a la que nadie en su sano juicio intentaría encontrarle sentido, se derrama sobre el libro y lo tizna de angustia, y lo tizna a la vez de abundancia poética, y lo tizna finalmente con la negrura nocturna de la sabiduría: «Todo está negro, hijo», le dice el narrador a un niño que «duerme como en el vientre de la ballena de la noche», a un niño que vive y duerme y muere «con debilísimo denuedo». El escritor, el poeta, tambaleándose en los territorios de la calamidad, rebotando contra los paredones de un destino completamente despiadado, descifrando con los ojos desamparados el abecedario de lo absolutamente indescifrable, habitante ya para siempre en el abismo al que abrazó cuando resolvió convertir en palabras su humillación y su pena de nacido en este planeta desalmado, le dice a la ausencia de un niño: «...quién eras, quién eres, a quién hablo, qué escribo...». Estaba tan aturdido de dolor que no se daba cuenta de que escribía un monumento a la literatura.

Francisco Umbral es uno de los más grandes escritores españoles de nuestro tiempo. *Mortal y rosa* es su libro más escalofriante y más conmovedor.

Félix Grande

...esta corporeidad mortal y rosa donde el amor inventa su infinito.

PEDRO SALINAS

CUANDO me arranco al bosque de los sueños, a la selva oscura del dormir, y me cobro a mí mismo, me voy lentamente completando. Porque he dejado de interesarme por mis sueños. A la mierda con Freud.

Todo lo que somos, sí, tiene ese revés de sueño, ese cimientito o esa escombrera turbia, y alguien se preguntaba, irónico, por los sueños de Kant, de Descartes, de Hegel. ¿Qué clase de sueños no tendrían esos monstruos de razón? Toda la represión mental de sus sistemas había de tener, sin duda, un revés caótico, doliente y atribulado. Cómo negar la mitad en sombra de la vida, si están ahí los sueños. Hay una época de la existencia en que uno decide ser sólo sus sueños, y el surrealismo es una adolescencia en cuanto que quiere alimentarse de sueños. Hay una madurez, un clasicismo —a cualquier edad de la vida— en que optamos por nuestra razón, por nuestro rigor, por nuestra estatura. Qué más da. Tan pueril es vivir de sueños como vivir de silogismos. Claro que se vive de lo que se puede, y tarda uno en aprender a vivir de realidades, de cosas, de objetos, como viven los seres naturales. El hombre es un ser de lejanías, dijo el otro. Sí, el hombre es un ser de utopías, de distancias, de «proyectos líricos». El hombre tiene que aprender a ser criatura de cercanías, pastor de lo inmediato.

Mis sueños sólo me dan una versión embrollada de lo que tengo muy claro. Cuando sueño soy el exégeta confuso de mí mismo, el amanuense indescifrable y pelmazo que quiere anotar todo y todo lo embarulla. El sueño le pone a mi vida un comentario ocioso y oscuro, sin secreto, pero con sombra.

Estoy en esto con monsieur Sartre, que le niega al sueño todo significado y le atribuye la imposibilidad de formular una sola imagen coherente, porque en cuanto formulo una imagen coherente «ya estoy despierto». No me interesan mis sueños como no me interesa ya, casi, mi pasado. De la prosa de la vida hago en sueños poemas surrealistas. Breton vive de mí y sale por la noche a comerme en porciones. A la mierda con Breton. Sé que consisto en una cloaca, un légamo, una putrefacción, pero me aburre, ya, constatarlo, y he perdido la fascinación de mis propias heces, que es una fascinación infantil perpetuada en el poeta, el neurótico y el psicoanalista. Sólo necesita recurrir a sus sueños la gente sin imaginación. A Breton y a Freud seguro que no se les ocurría nada, nunca. Tan primitivo es interpretar los sueños hacia el pasado como era interpretarlos hacia el futuro, en tiempos de José. La linterna sorda del soñar no alumbraba ni un adarme de futuro, y sobre el pasado sólo proyecta sombras confusas, bultos y versiones equívocas de lo que estaba claro. Soñar con mi madre muerta o con calefacciones que debía encender de pequeño, y los miles de escaleras que debía subir, no es sino repetir tediosamente, en una película mala y con los rollos cambiados, una vida que no deseo recordar. Ya es bastante surrealista que se le muera a uno la madre mientras tiene que subir miles y miles de escaleras como recadero. ¿Qué surrealismo le puede añadir el sueño a una realidad tan poco real?

Me arranco, pues, de la selva pantanosa de los sueños y me resumo como puedo, recojo porciones de realidad que yacen tristes por la habitación, me doblo por la mitad y mis riñones, cargados de pasado y de licores, gimen dulcemente. Ya estoy en pie.

La primera felicidad del día es haber escapado a los peligros pueriles del sueño, a los terrores convencionales de la pesadilla. Más vale la lucidez mediocre que el delirio. Casi siempre tiene uno malos sueños, pero todavía nos queda la imaginación imprescindible para inventar la realidad machadianamente, aunque con menos moscas y menos mugre que la realidad inventada por el poeta arábigo-soriano-andaluz. Me duele el ojo derecho, como todas las mañanas, pues la prosa leída la noche anterior está ahí, cuajada, enconada en el ojo, en ese ojo que trabaja y sufre, y nada me ha pasado al cerebro, sino que un libro entero se me ha quedado bajo el párpado y me presiona el trigémino. Otro accidente diario es la erección innecesaria, agresiva y ostentosa que padece uno después de varias horas de cama. No habría en el mundo

destinataria digna de tales erecciones.

Este alarde eréctil va dirigido contra la nada, contra una mujer inexistente de sombra y sueño, vano fantasma becqueriano de niebla y luz. Es la prepotencia sin deseo, la pura mecánica del sexo que descubre en mí lo que tengo de émbolo, de máquina y de antropoide. Con una mujer delante, todo sería de dimensiones humanas, correcto, eficaz y razonable. Así, no es sino un último alarde innecesario de la selva que me habita, una naturaleza descalabrante, una barbaridad. A este mecanismo que responde solo, a este juego de palancas le hemos puesto literatura, matices, alejandrinos. ¿Qué es el amor cuando ningún amor podrá conseguir una demostración como la que consigue la presión del paquete intestinal y las féculas contra la espina dorsal?

Afortunadamente, la realidad borra en mí al antropoide como la lucidez borra los sueños. Ya no soy Breton ni un mono desnudo. Justamente entre ambos estoy yo mismo, urbano, ciudadano, razonable, correcto y discretamente perfumado.

Mi rostro en el espejo. El pelo deshecho. El tiempo subió sus hilos a tu pelo, dice el poeta. Canas, hilvanes blancos por donde nos vamos deshilvanando, deshilachando, y se ve lo mal hechos que estábamos, lo de prisa que nos cosieron las costureras. El pelo se va, se irá, se cae, poco o mucho, pero se cae.

Me gustaba llevarlo en melena rebelde, sobre la frente, como los héroes infantiles, cuando niño, pero la abuela me pelaba al cero, en los veranos tórridos, y se me filtraba la brisa morada de la tarde por la cabeza desnuda, dejándome aterida la imaginación. Luego lo he llevado como me ha dado la gana, peinado hacia adelante, hacia atrás, enmelenado, con patillas o sin patillas, y he jugado a hacerme una peluca con el propio pelo, que es a lo que juega todo el que se hace una cabeza, eso que se llamaba antes «hacerse una cabeza», del mismo modo que los calvos juegan a hacerse un pelo propio con el peluquín. La filosofía occidental —Hegel, Marx, Descartes— es una filosofía de raya al medio, y la filosofía oriental es pelona, de cabeza rapada. Yo, que no soy filósofo, he cambiado de peinado como de sistema mental y de concepción del mundo, cuando me ha dado la gana, pero los peines salen cargados como carretas de heno, algunas temporadas, cargadas de pelo, y es cuando hay que volver al dermatólogo, ponerse turbantes de espuma, como un fakir de los espejos del baño, o frotarse, locionarse, refregarse. Eso es bueno, porque el pelo se cae de todas maneras, pero se acelera el riego periférico del cerebro, y quizá también el otro, de modo que un lavado de cerebro no es una metáfora soviético-germánica, sino que efectivamente se tienen las ideas más claras o más escasas el día en que se ha lavado uno la cabeza.

Se pierde lo rubio del pelo como se pierde lo rubio del alma, el estofado de oro con que nos decoró la vida en un principio. El pelo duda hasta quedar en un castaño mediocre, a los ojos, todo marrón corriente, que es el color de los que no vamos a llegar nunca a nada. Era mi pelo rubio trival por donde pasaban palomas femeninas como manos, vientos de primavera, ráfagas, y hoy sólo pasan peines tristes, y el rastrillado de las ideas, que un día me alborotó la cabellera de metáforas, y que hoy me va dejando la cabeza como un campo sembrado, roturado, hasta que vuelva a ser jardín salvaje. Porque uno empieza queriéndose hacer un peinado ideológico irreprochable, y se tarda en llegar al saludable abandono de la peluquería y la jardinería. Con un jardín salvaje por cabeza es como más libre se va por la vida.

Mas todavía me doy lacas, champúes, lociones, colonias, y así me va. El pelo era el penacho de la imaginación, y a medida que tenemos menos imaginación vamos teniendo menos pelo. La frente entra profundamente en la cabeza, como si yo pensase más que antes, aunque la verdad es que pienso menos. Todo lo que antes hacía nido en mi pelo —sueños, aves, bocas, cielos, fuegos— pasa ahora de largo, me sobrevuela, y sólo en muy raros días se siente uno la cabeza poblada, habitada, y piensa que algún pájaro raro ha hecho nido en ella con mimbres de pelo y de amor.

Da miedo mirarse al espejo, peinarse, siquiera sea con los dedos, porque no se vaya el

pájaro raro de la idea, de la cosa. Es el momento de ponerse a escribir, porque el pájaro picapinos me picotea en la prosa como yo picoteo en la máquina, el pájaro carpintero quiere construir algo, no se sabe qué, hasta que de pronto, en un cambio de folio, en un cambio de párrafo, comprende uno que el pájaro ha volado, que ya no está. O sea, que estoy escribiendo solo, a solas, que me ha dejado aquí, convertido en un mecanógrafo. Que ya no hay pájaro o nunca lo hubo. Inútil seguir tecleando. Tapo la máquina y leo lo escrito, o lo rompo. Y a esperar que venga otra vez el pájaro, que no es la inspiración, desde luego, ni tampoco el Espíritu Santo, sino realmente eso, un pájaro de vuelo e idea.

Algo raro que se posó en mi frente la noche anterior, cuando me asomé al tempero, que ha dormido en mí toda la pesadilla y que por la mañana está callado y no rompe a cantar, porque espera a que rompa yo. Y cuando yo voy y canto, él se vuela, quizás porque le ha asustado la máquina de escribir con su caligrafía de ametralladora. Bueno, pues uno teme quedarse sin pelo y quedarse sin pájaro para siempre, y será el momento de darse el tiro en la sien limpia, porque cuando la vida nos retira el pelo de la cabeza, parece que nos invita a darnos el tiro limpiamente.

El pelo, el pelo. El pelo era antorcha que lucía en la noche lírica de mi adolescencia. Ahora es una antorcha apagada que queda triste y estoposa en la claridad diurna de la lucidez adulta. Por mi pelo han pasado mareas y épocas. Un pelo es como un mar, una cabellera es un océano, una melena es agua que pasa, río en el que no se bañarán dos veces las manos desnudas de la mujer. El pelo era música, y ahora salen del peine largos hilos de cabellos dejando en el aire un arpa deshilachada.

Hay que cuidarse el pelo. Todo yo me convierto en un guardapelo, en un guardabosques del bosque raleado de mi pelo. Pero el pelo se irá y tendré que convivir con un calvo desconocido, silencioso y feo.

¿Cómo he llegado a tener esta cara? Veo un niño rubio y ceñudo, en la litografía amarillenta del pasado. Veo un colegial de rostro blanco y como plano, en aquella foto escolar —posguerra, frío, escuela pobre, niños tatuados por el salvajismo de la miseria, la bola del mundo, el patio desconchado—, veo un adolescente presuntuoso, de pelo alto y ojos tristes. Ahora, el pelo que huye, la mirada rota, la nariz que se va redondeando y alargando al mismo tiempo, en la prematura avaricia de la muerte, la boca amarga, el rostro pentagonal, la sombra de la barba, los pómulos, todavía altos. Es como si la vida hubiese querido tener primero un niño chino, y luego un adolescente pálido, y después, cambiando de idea, un hombre miope, amargo y duro, porque hay una mano de sombra que va remodelando mi cara, moldeando mi expresión, haciendo y borrando bocetos sucesivos del que fui, del que soy, del que seré.

Al final, como la muerte tiene mal gusto, se quedará con mi peor gesto, con el más estúpido, torcido y loco, y lo perpetuará para siempre, aunque esto es un decir, pues en cuanto te entierran la vida sigue su tarea por dentro de la muerte, y te pueblas de otras vidas menores, y evolucionas hacia la esbeltez del esqueleto o la peguntosidad del légamo, hasta quedar hecho un dandy de hueso o un sapo de tierra. No es cierto que nada se detenga con la muerte. Sólo que se cierra la carpeta de apuntes de la vida y tu rostro deja de ser tu rostro, porque no somos sino una sucesión de esbozos, y tras el último esbozo viene la máscara, la calavera.

¿Hay algo más falso que una calavera? Es lo que mejor nos disfraza. Por dentro de la calavera está el personaje mirando el mundo, y la calavera nos mira con ojos de antifaz, porque la calavera no es la verdad de un rostro, sino la máscara última. «Rosa, sueño de nadie bajo tantos párpados», escribe Rilke. La calavera es máscara de nadie bajo tantas máscaras.

Lo que nos aterra de la calavera es descubrir que es también una máscara, la máscara que se pone la nada, el disfraz con que nos mira nadie. Que no me conoces, que no me conoces. Y no hay a quién conocer. La calavera se ha utilizado mucho como

máscara en el carnaval y en la pintura. Llevamos la verdad por fuera, la carne, y la máscara por dentro, como no queriendo dar la cara en el más allá. Todo cementerio es una reunión de enmascarados. El esqueleto tiene cara de ladrón, usa antifaz y por eso no nos inspira ninguna confianza. Los muertos no son de fiar, y los esqueletos son muy de temer.

Mi cara, de momento, no es esquelética, y busco en ella al niño que pasó por aquí, pero ya no lo encuentro. Busco al muerto que seré, al anciano que querrá creerse glorioso, y tampoco lo veo. Es inútil forzar el destino, violentar los catalejos del tiempo. Uno ve lo que ve y nada más. A veces, cuando menos lo esperas, te encuentras cadáver en los espejos de un salón o descubres en las grandes damas la descarnadura del futuro, pero si trata uno de hacer eso metódicamente, a voluntad, la carne se cierra y sonríe, se hace compacta y presente; hay como una autodefensa del hoy, nuestro cuerpo ignora su mañana y asume actitud de rosa cuando queremos hacer metafísica con él. La carne no se deja literaturizar. A veces, si la cogemos distraída, es transparente y permite ver el hueso y la nada. Pero si hacemos esto con premeditación y miramos de reojo nuestra carne o la de otro hombre o mujer, se cierran filas, se armoniza la figura, se espesan los colores. La vida es opaca para la muerte. Gracias a eso vivimos.

Esa majadería de que a cierta edad todo hombre es responsable de su rostro. Yo no estoy descontento de mi rostro. Lo que antes no me gustaba de él, ya lo he asumido y se ha prestigiado por su propia permanencia. Los rasgos físicos se sacralizan por la repetición. Una nariz deforme, característica de una familia, va pasando de padres a hijos, cruza como un pequeño esquife los mares de la herencia, y ya no es fea ni bonita. Es sacral, porque su propia repetición, su manera mágica de reencarnar la ha salvado de la vulgaridad, la ha ritualizado a los ojos de la familia y de los habituales. Lo que persiste se perfecciona.

Los años dan nobleza, sin duda. Todo joven es un *parvenu* de la fisiología. Esto no es una manera de consolarse. No hay nada como la juventud. La juventud es una divina vulgaridad. Los años estilizan, aristocratizan, dignifican un poco, y llegan incluso a individualizarnos. Pero preferíamos la democracia gloriosa de la juventud a estas distinciones y medallas de edad que nos pone la vida. En la mujer joven se ama y se busca el tiempo, el poco tiempo, el milagro de la edad, algo general y anónimo, se busca el esplendor de la especie. No es posible encontrar a la mujer bajo el brillo de sus pocos años. Luego, el brillo decae y aparece una señora, un ser humano, una vida. Pero eso ya nos interesa menos a los grandes egoístas líricos. No por mero azacaneo sexual, sino porque uno cree más en la lírica que en la psicología, prefiere deslumbrarse a comprender, en amor. La mujer hecha es un abismo humano al que no nos apetece arrojarlos. La ninfa es un remolino de luz y carne. No sé lo que las mujeres pensarán de esta cara, de mi cara. En todo caso, la mujer, más civilizada en el amor, menos lírica, prefiere leer un rostro, prefiere un rostro legible —como lo es ya el mío a esta edad.

Mi cuerpo blanco y desnudo. ¿Por qué tan blanco? El vello es sobre todo él un bosque nevado. A mi abuela le gustaba yo por blanco, de niño. Decía que mi blancura me salvaba de mi fealdad. Las abuelas nos crean estos traumas, le dicen al niño estas cosas crudas que no sirven para nada sino para destruirle la urdimbre afectiva, maestro Rof, pero una abuela recia y castellanoleonesa suele ser todo lo contrario de una urdimbre afectiva.

Blanco, digo, blanco de leche, de lirio, de blancura incurable. Ahora la gente blanca se pone al sol para teñirse. Mal hecho. Eso da cáncer. El bronceado es un vestido, un disfraz. Una mujer muy blanca está más desnuda. El pigmento, natural o adquirido, viste, reviste. La carne es ya como el alma, la carne blanca.

Lo que he puesto en las alcobas del amor ha sido una sombra pálida, y lo que más

siento, de mi muerte, es que se me irá la blancura, se disipará este conglomerado de nada, perderá densidad esta ausencia de color, verdeamarilla en la cara y lechal en el cuerpo. Las mujeres se decepcionan de tanta blancura, al principio, porque todavía funciona el mito del macho moreno, pero luego se acostumbran y aman lo blanco, pues lo blanco captura más que lo oscuro, es más íntimo y cansa menos. La morenez estraga.

La rubia es menos pecado, dijo alguien. Lo rubio es menos pecado. Y lo blanco ya no es pecado en absoluto. Los seres blancos nos conservamos virginales y liliales después de todas las aberraciones. No hay quien pueda con lo blanco. La mujer oscura siempre es más pecadora, está como teñida de pecado original. La mujer blanca es siempre el cristal que atraviesa el rayo de luz sin romperlo ni mancharlo. ¿Es esto que digo un racismo de los colores?

Qué difícil no caer en alguna clase de racismo.

Me salvo por el vello, pese a todo. Sin vello sería insoportable, digo yo. La mujer quiere un poco de selva. La desnudez es la selva que llevamos aún en nosotros. La carne es el último paraíso perdido e imposible. Tiene que haber naturaleza en el cuerpo, boscosidad, porque el sexo es, ante todo, una recuperación de los orígenes, y esos cuerpos desnaturalizados por un exceso de cuidado y artificio han borrado de sí la selva. Ya no son nada.

La manigua, para el hombre civilizado, es una mujer.

Y a la inversa. La selva, para el cuerpo, es otro cuerpo. Lo que nos queda de bosquimanos es lo que nos queda de futuro. Me da pena, digo, pensar que se perderá esta blancura, se diluirá en el aire de mi muerte, como un humo muy blanco, y nada más. No me duele perder los brazos, las piernas, la vida, el corazón, el sexo, la pituitaria. Me duele perder lo blanco, dejar de ser blanco al dejar de ser yo. Me duele más la muerte de mi blancura que mi propia muerte.

Atendamos a los últimos signos naturales de nuestro cuerpo. Somos un jeroglífico, un código cartesiano que la civilización va leyendo. Estamos ya casi completamente descifrados. Cuando el jeroglífico haya sido descifrado por completo, el hombre no tendrá ningún futuro. Nuestro futuro es nuestro enigma, la renta que vamos consumiendo. Pero se camina, necesariamente, hacia la claridad. Así debe ser. Que la humanidad se aclare definitivamente, y que yo muera todavía en sombra. No morir completamente en limpio, completamente descifrado. Quedar como un código a medias, incompleto, fragmentado y sugestivo.

Que la blancura de mi piel no sea explícita, demasiado explícita. ¡Ah!, los enigmas de lo blanco, ¡ah!, las oscuridades de la luz.

Si la mayor luz es la menor sombra, la mayor blancura es la menor tiniebla. No estoy en blanco por ser muy blanco. Cuidado conmigo. Soy el que soy. Enigmas de la nieve, de la espuma, de la nube. Formas de lo blanco, galerías interiores de un cuerpo claro.

Hace falta mucha simplicidad para tomar por claro lo blanco. Lo blanco no es lo claro ni lo simple. Lo blanco es tan enigmático, inexplicable e inmutable como lo negro. Lo blanco es lo negro. Lo negro es lo blanco. Lo que nos horroriza es el absoluto. Lo blanco y lo negro son absolutos. Se soporta mejor la amenidad de lo verde —el verde ameno, decían los clásicos—, el lirismo de lo azul, la vida de lo rojo, el movimiento de lo amarillo. Lo que no se soporta es el absoluto, que nos angustia y nos ciega. No estamos hechos para el absoluto, quizá por la sencilla razón de que el absoluto no existe, es una abstracción mental que nos ahoga.

Por eso se asfixian los místicos.

Einstein descubrió que la luz, expandiéndose a contra corriente de la gravedad, degenera hacia el rojo. Lo rojo, pues, es una tragedia, una degeneración o una transformación. Incluso simbólicamente, en simbología ideológica, lo rojo es sinónimo de transformación dialéctica, de lucha contra la gravedad de la Historia y del mundo. Lo

rojo es dinámico. Así, según Einstein, lo blanco sería el comienzo del proceso, la luz sin esfuerzo, a favor de la corriente. ¿Significa eso mi blancura? Contra ello he luchado, quizá sin saberlo. Lo blanco como punto de partida. Pero hay que pasar por todos los colores, tráfuga del arco iris, peatón del espectro solar.

En el sueño, en el amor, en el despertar, mi cuerpo blanco y desnudo.

Un antropoide vive y se despereza cada mañana en mi genitalidad. El antropoide, al despertar, se las promete muy felices, supone, sin duda, que le espera una jornada de selva y fornicaciones. Hay que ir persuadiéndole gradualmente, a fuerza de espuma y alejandrinos, de que las cosas van a ser de otra forma, porque lo que le espera, realmente, es una jornada de teléfonos, pantalones, tés ni fríos ni calientes, taxímetros y conversaciones crepusculares.

El antropoide se rebela, o se rebelaba, pero todo es en vano. Está aprendiendo a no arrojarse inmediatamente sobre las señoritas que le caen al lado en el cine, en el teatro, en el concierto o en la cena. Alguna vez trata de forzar a la miss que se ha quedado dormida en mi biblioteca, expurgando mis libros para una tesina, o le corta la yugular con el filo de una hoja de papel biblia, pero generalmente se está quieto y melancólico. A las damas les asusta el antropoide, en principio, o hacen como que les asusta, aunque en realidad siempre le encuentran a uno poco antropoidal, llegada la hora de la verdad. El antropoide, que siempre anda buscando ocasiones de reproducirse, cuando la ocasión se presenta huye por donde puede y me deja solo con la dama, y ya no soy más que un escritor cansado y miope.

A medida que yo me voy haciendo un poco antropoidal, con los años, por la inercia del eterno retorno, el antropoide se va humanizando, se va civilizando, se torna filosófico y melancólico. El día que se me muera mi antropoide me habré convertido en un bibliotecario y estaré definitivamente acabado. Hay que llevar el antropoide como el domador lleva su tigre, pasearlo por la vida.

Al antropoide le aburre que yo lea periódicos, y se pone a mirar para otro lado. Está impaciente por arrojarse al cuello de alguna mujer. Se pasa uno la vida tratando de educar al antropoide, y cuando lo tienes casi completamente urbanizado, resulta que eres tú mismo, que es lo mejor de ti lo que empieza a fallar, a selvaticarse, a rebelarse. Hubo un tiempo en que el antropoide quiso ser poeta, pero echaba muchos borrones. No pude hacer de él un amanuense. Luego abandonó definitivamente sus actividades espirituales y se ha pasado la vida queriendo volver al bosque, olfateando la llamada de la selva. La mano del antropoide es la misma que escribió los sonetos de Shakespeare, porque hay quien consigue mayores domesticaciones con su antropoide, y toda la cultura es un ejercicio circense en el sentido de que se obtiene domesticando a una fiera, educando a una bestia, humanizando a un mono. El antropoide me traiciona mucho por la nariz, y de nada vale que uno esté leyendo o escribiendo, aséptico, porque el antropoide usa libremente de mi pituitaria y olfatea mujeres por doquier. Tememos al antropoide, es cierto, pero lo que más tememos, en el fondo, es que se nos muera.

He conseguido que aprenda muchas cosas, que lea a Nietzsche —que tampoco era mal antropoide— y a Juan Ramón, que goce a Proust y recite a Quevedo, pero no he conseguido que le guste la música. Al fin y al cabo, la literatura y la pintura —también le gusta la pintura— son artes selváticas, maniguas de palabras y colores, pero la música, aunque Nietzsche la sienta tan dionisiaca, es una estilización de algo, no se sabe bien de qué, y el antropoide no está para estilizaciones.

Come correctamente, aunque no siempre, y puede transformar una cópula en un poema, una masturbación en un ensayo y un grito en una sonrisa. Me da pena, ya, verle tan bien educado, tan correcto, tan resignado. La melancolía del hombre adulto es una melancolía de domador. Lo mismo que debe sentir el domador, si es sensible, cuando ha conseguido someter al viejo tigre, urbanizar al noble león. Las mujeres

vienen buscando al antropoide, aunque no lo digan, y sólo una perversión de la cultura les ha hecho preferir al antropoide que sabe versos, citas y títulos de libros. Uno siempre queda un poco monosabio, con una mujer, si sabe cosas, porque ellas ponen en evidencia al mono, lo hacen aparecer, y una vez el mono en escena, lo mejor es que se comporte como tal.

Lo que nos da inseguridad frente a la mujer es que su sola presencia suscita al antropoide y uno se da cuenta de eso, o no se da cuenta, pero comprende que todo lo que diga y haga como escritor, como hombre, como intelectual, como amigo, como ciudadano, quedará un poco postizo, falso, circense, porque el antropoide ya está ahí y no hace sino recitar su papel o el nuestro. «Pues lo hace muy bien este antropoide, parece un académico», es lo más que pueden pensar ellas, secretamente. Porque ellas tampoco pueden dejar de ver y mirar al antropoide, aunque vengán buscando de buena fe al escritor, al amigo, al desconocido. Toda situación entre hombre y mujer es siempre tensa y falsa porque hay un tercero entre ellos, un antropoide que va y viene, se impacienta e interrumpe de vez en cuando: «Bueno, empezamos o qué».

Sólo cuando se ha dado suelta al antropoide y él ha liberado lo poco que le queda de tal, la mujer y el hombre vuelven a verse como ciudadanos, desasistidos ya de toda boscosidad, desvalidos en la cultura, arrojados del paraíso, convertidas en libros todas las manzanas del árbol de la ciencia. Ahora estamos más a gusto, pero más tristes. Melancólicos. Los latinistas lo llaman tristeza post coitum. Es que se ha ido el antropoide.

Las manos, mis manos, una mano más oscura y la otra más clara, como si yo hubiera tenido un abuelo marqués y otro metalúrgico. Las manos tienen todavía el molde de la mano cainita, la estructura de la mano asesina y depredadora del antropoide, del primer hombre, del último homínido. De modo que no hay manos inocentes. Manos blancas, que no ofenden. Quizá son las que más ofenden. Mi mano derecha está más trabajada, ha vivido más, tiene como mayor biografía. Mi mano izquierda es más femenina, más sensible, posa y vuela. Marta y María, las manos.

No hay igualdad en la vida. La discriminación la llevamos en nosotros. Una mano es siempre más aristocrática que la otra. Y la otra mano es más laboral, más violenta, más sufrida. ¿Cómo superar eso? Hay que llegar a un mundo de ambidextros. Los obreros trabajan con las dos manos, han conseguido la paz y la reconciliación entre sus manos, que quizás es la mayor y mejor paz que el hombre puede conseguir en sí mismo. El intelectual, el burócrata, el que escribe, el que habla, tiene una mano pública, activa, laboriosa, y la otra mano —generalmente la izquierda— como muerta, amortajada de blancura, momificada, posada. Eso revela el desequilibrio de nuestra vida, el desnivel de nuestra alma.

Las manos, en la infancia, fueron como garras que la madre, cada cierto tiempo, tenía que lavar, pulir, recortar, limar, para devolverles su calidad de manos, su humanidad. Hemos tenido épocas de cuidarnos mucho las manos y épocas de olvidarlas casi por completo. La mano se hace ladrona por sí misma, o se afemina, o se cierra con violencia. Realmente, vamos detrás de nuestra mano, que nos arrastra y quiere cumplir su destino.

La mano ha escrito ondulantes alejandrinos, milagrosos pentagramas, pero su forma se la ha dado la violencia, la caza y el crimen. Es la mano de un primate haciendo pendolismo. La cultura no ha conformado la mano como la guerra. Nuestra mano es una herramienta y un arma. Tiene el molde de la violencia. Por eso, cuando redacta leyes, suelen salirle violentas, y cuando redacta poemas suelen salirle mentiras. Tenemos las manos sucias de sangre, las manos del hombre han matado mucho. La guerra y el crimen no son sino un volver a lavarse las manos en la sangre primera de las destrucciones prehistóricas, en la garganta caliente y roja del hermano o del carnero.

El que trabaja con las manos, el que vive por sus manos es más fiel a la estructura y el destino de la mano. Yo, que he reducido mis manos al picoteo del teclado, al ademán de la conversación, al secreto de la caricia, tengo las manos atrofiadas. Manos de pianista, se dice. La garra de la selva ha conseguido tensar los arcos de la música, y las manos van pasando lentamente de la luz a la sombra, o de la sombra a la luz, de la selva al salón, de la cacería a la cultura, del crimen al poema. Hemos hecho toda la cultura con manos de asesino. Para coger la pluma, a la mano le sobran dedos y al hombre le sobran manos.

Las manos juegan en el amor. Son importantes. Las manos tienen un código, hablan en el amor, y actúan. Las manos, en el amor, son aves, y los pies son piedras. Es muy fácil que la mano se torne garra sobre el cuerpo de una mujer. Ir a la mujer con manos de pianista mejor que con manos de ladrón. Que la mujer no se sienta saqueada, sino templada, pulsada, afinada.

Las manos de la mujer nos fascinan. Manos donde ella se hace masculina, vigorosa, autónoma, o las manos de la niña, de la ninfa, colegiales y con olor a aula. Manos oscuras de mujer, con las uñas claras como joyas. Lírica bisutería de las uñas.

Nada descubre nuestro cuerpo, lo inventa, lo crea, como las manos de una mujer. El incurable protagonismo masculino ha hecho un tópico y un mito de la mano del hombre poseyendo el cuerpo de la mujer. Pero la mujer también sabe y puede y quiere descubrir al hombre, crearlo con sus manos. Unas manos de mujer me dan la medida de mi vida, la dimensión de mi pecho, la realidad de mi cuerpo, el contorno de mi mente. El propio cuerpo es una nebulosa hasta que las manos de una mujer lo crean, lo modelan, lo definen, lo concretan. El cuerpo flota y unas manos de mujer le dan realidad. Asimismo, yo puedo ir creando un ser con mis manos, con mis caricias. Ella no tenía conciencia de sí hasta que yo la he acariciado. El acto mítico, bíblico y genésico de la creación manual y alfarera de la vida por Dios, se repite continuamente (o cobra su única realidad histórica, de la que ha nacido el mito) cuando un ser crea a otro ser con sus manos, cuando un hombre crea a una mujer o una mujer a un hombre. Despierta el que estaba dormido, el barro se hace persona. Dentro del léxico cotidiano de una vida, yo hago amanecer un ser distinto, «deseado y deseante», con mis manos, modelo la forma de su anhelo. Las manos, en el amor, son creadoras. Envidiamos al hombre que realmente crea con sus manos, y la única creatividad de nuestras manos mentalizadas está en el amor, en el sexo, en el contacto. La mano asesina se hace mano creadora y liberadora cuando un cuerpo se revuelve y despierta bajo ella. La mano, hacha, arma y herramienta, mi mano, tiene días de paloma, días de mano de Dios y días de garra, que es cuando la escondo, cuando las escondo y me las lavo mucho, por borrarles la sangre de no sé qué crimen remoto o futuro de la especie. La calavera. ¿Pero y el esqueleto, el resto del hueso, ese personaje de cal y fósforo que me habita, ese individuo duro y feo en que consisto? El hueso, adonde el amor no llega, dijo el poeta. Al hueso no llega nada. Ni el amor, ni la belleza, ni el pensamiento ni la emoción. Al hueso sólo llegan los golpes. Medulas que han gloriosamente ardidido. Por dentro del hueso, la médula o medula, que es como el alma del hueso, el cable eléctrico que va forrado de cal. Somos una obra de albañilería, una chapuza cósmica, y parece que diversos gremios han trabajado en nosotros. Estarnos alicatados y barnizados como una imagen antigua o un piso moderno. En cuanto me observo un poco —hay que partir del cuerpo, más que del alma, para reflexionar, aconsejaba Nietzsche—, caigo en la cuenta de que unos albañiles, fresadores, mecánicos, pintores, electricistas y carpinteros han trabajado en mí.

Todavía puedo seguir el rastro de esa tropa laboral y alegre que me hizo. Peritos electricistas de mono azul terminaron todos los empalmes de mi cerebro. Ebanistas de fina gubia modelaron mis pies. Leñadores expertos me hicieron las uñas y escayolistas delicados me compusieron el esqueleto. Somos una albañilería inspirada.

Una albañilería divina, diría el místico o el lírico. Pero eso ya es pasarse. No se trata de vestir a Dios de albañil, sino de comprender que los más viejos, nobles y humildes oficios tienen su modelo y origen en la naturaleza misma, y que el hombre, si no es la medida de todas las cosas, es al menos una maqueta bien intencionada del Universo.

Hablemos del esqueleto, de mi esqueleto, que es el que mejor conozco, y aun así no lo conozco nada, pues el esqueleto es el gran desconocido. «El muerto que seré se asombra de estar vivo», escribió un poeta francés. «Qué vocación de muerto en mi esqueleto», entrevé un poeta español. Si los filósofos nos han hablado siempre del alma, los poetas han preferido hablar del cuerpo, y por eso han acertado más.

El alma es la paloma loca que vuela por los ramajes del esqueleto, que va de un palo a otro, perseguida por los metafísicos bujarrones. Más amo a un árbol que a un hombre, escribió Beethoven. (Yo, que no entiendo de música, esta frase es lo único que entiendo de Beethoven.) Más amo a un cuerpo que a un alma. El alma es una diadema que nunca vemos (quizá porque la llevamos en la frente) y el cuerpo es uno mismo, en cambio. Pero parejo al cuerpo hay otro señor, el esqueleto, que vive su vida y no está muerto, ni mucho menos. Sé lo que le gusta a mi cuerpo, pero no sé lo que le gusta a mi esqueleto, y querría saberlo para darle gusto de vez en cuando.

¿Es deportista, es intelectual, quiere esqueletos de mujer adolescente, le gusta leer o jugar a la gallina ciega? Del cuerpo sabemos poco, pero del esqueleto, como individuo, no sabemos nada. Desde que se hacen radiografías, el esqueleto ha aprendido a posar y uno sale de la clínica con la tranquilidad de saber que tiene un esqueleto, un armazón, algo sólido por dentro, pues siempre nos habíamos sospechado desmedulados y desvertebrados. El cuerpo despierta al beso y la caricia. El esqueleto sólo despierta al golpe, lo que nos hace sospechar si nuestro cuerpo es hedonista, epicureísta, un poco panteísta (un pagano mutilado, diría Cioran), comprensivo, tolerante, pacifista y terrenal, nuestro esqueleto seguramente es un tío asceta y antipático, un ermitaño, un solitario, un contemplativo, un místico sin tentaciones, que se pasa el día rezando entre dientes (para eso tiene dientes) lo que nosotros no rezamos.

Al momento de darte un golpe comprendes que llevas por dentro una dureza inhumana, y lo que más desconcierta de los golpes no es la contusión, sino la conciencia repentina de ser uno tan duro, tan inflexible, tan terco fisiológicamente. No somos una unidad, ni siquiera una unidad política, los hombres, porque la carne tolerante lleva por dentro un esqueleto intransigente, un tío integrista que está siempre firme.

Lo que caracteriza al esqueleto, en un primer esbozo de psicología esquelética, es el no dar su brazo de hueso a torcer, la intransigencia, la intolerancia. Se dobla por aquí o por allá, mediante un mecanismo de locomotora, pero no le pida usted que se doble por otro sitio, porque se rompe.

El esqueleto es algún antepasado nuestro que llevamos dentro, y cuando vemos una radiografía de nuestro esqueleto pensamos en cómo se parece al abuelo, pues del abuelo sólo recordamos el día que le cambiaron de sepultura y hubo de trasladar sus restos, pura huesa. Llevamos dentro al antepasado, no sólo en el alma, como han visto ya los pensadores, sino también en el cuerpo, físicamente. Y el antepasado se aburre, y él es quien se avergüenza de nuestras fornicaciones, y no toma alcohol ni lee el periódico. Quisiera ir a la guerra, en todo caso, pues para eso es tan duro, tan firme. El esqueleto es un poco militar, siempre, y lo hemos convertido en un militar retirado que toma café, se retrepa en los divanes, lee libros y pierde el tiempo con mujeres. Sólo los contorsionistas han conseguido una cultura de su esqueleto, pero es, evidentemente, una cultura circense y elemental.

Dice Pitigrilli que la elegancia es una cuestión de esqueleto. Cierto. La función más noble del esqueleto es la de percha. Sólo así se redime un poco. Se vaporará mi carne

y quedará el esqueleto, el antepasado, ése que ya no soy yo. La carne es actualidad y el hueso es eternidad. ¿Qué es la eternidad? Cal y fosfato. Luego los huesos también se deshacen o se pierden. El antepasado, que era muy ordenado, no puede soportar que se le pierda un hueso. Pero yo —¿quién?— me alegro.

Pero el niño está ahí, dorado de sí mismo, vivo, mirado desde los rincones por todos los gastos de la muerte, haciendo hablar a las cosas, gozoso de la locuacidad de los objetos y las esquinas, asomado al culo de la vida, viendo el revés de todo, encontrándole al mundo púas musicales, resortes de payaso. El niño, su vida breve, el oro de su pelo, sin tiempo por detrás ni por delante, amenazado, fugaz e inverosímil como una manzana en el mar, reciente todavía de aquel parto a última hora de la tarde, cuando me mire a mí mismo en su llanto boca abajo.

La primera niñez, la época que perdemos de nuestra vida, de la que nunca sabemos nada, sólo se recupera con el hijo, con él vuelve a vivirse. Gracias al hijo podemos asistir a nuestra propia infancia, a nuestro propio nacimiento y yo miraba aquellos ojos cerrados, aquel llanto rosáceo, y me veía a mí mismo, por fin, en el revés del tiempo. El niño, su debilísimo desnudo, su crueldad rosa, fe total en la vida, sin pasado ni futuro, presente completo, y cómo se ha ido abriendo paso a través del idioma, cómo ha ido abriendo frondas, tomando palabras, y llega ya hasta mí, venido de la manigua que nos separaba, del bosque de los nombres y las letras, y está ya de este lado, habitante del alfabeto.

Nunca llevamos a un niño de la mano. Siempre nos lleva él a nosotros, nos trae. Aprender a dejarse llevar por el niño, confiarse a su mano, loto que emerge en los estanques de la infancia. El niño nos lleva hasta los reinos de lo pequeño, acude a nuestra propia infancia dormida, nos mete por el sendero más estrecho, transitado sólo por la hormiga, la sansanica, el clavo solitario y la piedra rodadora.

Ir con él por la calle, por el campo. Y nos da la medida de nuestro exilio, porque él sí pertenece a los cielos viajeros, a la luz del día, al estallido de la hora, y nosotros ya no. Nosotros nos hemos distanciado con el pensamiento, la reflexión, la impaciencia y el orden. El niño, que no tiene programas, se incorpora inmediatamente al clima, entra a formar parte de la meteorología, es natural en la naturaleza, y todo le sonrío, como dijo el poeta que los líquidos sonrío a los niños.

Inútil intentar hacerse como uno de estos pequeñuelos, no ya con afán de pureza moral, sino con afán de elementalidad natural. Imposible, porque el niño, ya digo, es la medida de mi exilio, y mi hijo ha nacido de mí para vivir todo lo que ya no puedo vivir yo, los cambios de tiempo, el sol y la sombra, los prodigios de la basura y la minuciosidad del campo. Qué torpe para lo sencillo, qué hábil para lo inesperado. Crueldad y ternura son en él una misma cosa, y destripa el mundo porque lo ama, y sus pasos menudos van tomando posesión del planeta con levedad y amor, porque aunque el niño apenas si le pesa a la tierra, es más de la tierra que nosotros, viajeros ya por los aires convencionales de la reflexión y el miedo. Todo le recibe como si le esperase desde siempre, y puede mirar a los perros y a los gatos frente a frente, lo cual nosotros no hacemos nunca. El niño pasa del sueño a la vigilia dentro de una misma palabra, sin ruptura, sin trauma, y va por la casa despertando a lo que siempre estuvo dormido, hasta que él llegó: los picaportes, los cierres de los armarios, el fondo de las vasijas y el revés de los objetos.

Hay una dimensión del hogar que sólo descubre el niño. De la persona descomunal que le toma en brazos, sólo le interesa un botón determinado. Del mar sólo le interesa una concha. Sabe reducir lo enorme a su medida, compendiar el mundo y entenderse con lo inmenso mediante lo pequeño.

Por la noche, entra en el sueño como en una gruta viva. Cualquier postura es buena, y el dormir le sorprende siempre yendo a hacer algo, en además de tirarle a la luz de su túnica o apresar el agua por la garganta. Toco su pelo de luz, su rostro simple a la

mirada, pero minucioso al tacto, su piel de queso que ama, su carne que huele a calle, a frío, a actualidad furiosa, y aparto el dolor de que el niño haya nacido, pueda morir. Sólo quiero sentir en mí este cuajaron de existencia, esta ráfaga de animalidad que le ha robado al hombre retazos de lenguaje, este amago de humanidad que todavía se asoma a las cuevas húmedas de las otras especies y conversa con ellas.

El niño participa de la fruta, del gato y del hombre. Es un cruce de individuo, manzana y felino. Ansía tanto la vida y no sabe que está dentro de la vida, de que en él se han logrado y detenido corrientes de siglos y que le habita la actualidad. No verle, de vez en cuando, como hijo, sino como milagro de las cosechas, como creación momentánea del tiempo. Todas las fuerzas de la vida pasan por él y con esta misma materia que se ha hecho un niño podría haberse hecho un tigre, un frutal o un regato. La reunión de días y electricidades, de energías y semillas que ha producido un niño, igual podría liberarse y producir un crepúsculo, una cosecha, una descarga o un puma.

Lo que palpo en el niño son fuerzas heterogéneas y hermosas que en él se armonizan indeciblemente. Más que a un proyecto, parece deberse a un encuentro. Y como todavía participa de las corrientes generales de que ha sido hecho, reconoce en seguida la hermandad de las cáscaras, los pescados y el légamo. Es una pulpa salvaje en la que se han hincado suavemente los peines lentos del idioma.

ES domingo y la gente ha desaparecido dentro de la iglesia. En una mañana así, mientras la humanidad conversaba con Dios, el poeta conversaba con su burro. Yo voy por la calle llevando a mi hijo de la mano. Converso con mi hijo, a cuyos ojos se asoma un borrico de inocencia y obstinación.

Todo está fuera. Nada hay adentro. Es una mañana de exterioridades. Lo que el mundo es, ahí está. Los secretos del universo; sus claves pueriles y últimas tiemblan en el aire fino de la mañana. En redes de luz y cielo coletean las verdades primeras. Altares de sol, deidades de roca, firmamentos vacíos y sucesivos, esa anchura fresca que la humanidad ha dejado en torno, encerrándose en la iglesia. Mi hijo y yo paseamos por un mundo más extenso, por unas calles que dan directamente al mar azul del cielo. No hemos encontrado a nadie a nuestro paso. Ni siquiera a Dios. El niño toma cosas del suelo, se encara con la musaraña de paso, sigue el rabo de un perro como la oscilación secreta del universo. Los perros y mi hijo, criaturas sin Dios, seres hozadores y puros, visitantes de todos los rincones.

Me adentro, con el niño de la mano, en la profundidad de la mañana, en la hondura sin misterio del día, en la lentitud ligera de la hora. Vamos, venimos. Las iglesias tienen en torno un cerco de silencio. Qué holgados, el niño y yo, en un mundo vacío, en las barriadas del cielo, tan solas. Hacia el norte podemos pisar hierba de suburbio, triángulos de pobreza, los flecos sucios y pobres de la sierra lejana y cercana.

No hay presencias implacables que nos amenacen, no hay dioses del domingo que nos vigilen, nada entre el mundo y nosotros. Nadie ensombrece los montes con su magnificencia, nadie oscurece la nieve, el sol, el día. Nada nos mira desde ningún sitio y todo nos ve sin mirarnos. Somos el hombre y el niño que están en el mundo. El niño es compacto, breve, provisional, tan amenazado, con una biografía de fruta y una cultura de ave. Yo soy confuso, difuso, neblinoso, pero el aire de la mañana me aclara, me afina, me simplifica, me fortalece. El niño va al encuentro de las cosas, y yo, al reencuentro. Los perros nos miran y nos ven, quizá, como perros.

El quiosco de los latones brillantes, los colores, los juguetes, las semillas, flores de anís pobre y artillería de chocolate triste. Un vaho de algo que se guisa, se cuece, se asa, se fríe, se sufre. El quiosco, para el niño, es la cultura, toda la cultura, el haz apretado de las posibilidades, los sueños, la guerra, el relato, la velocidad y la risa. El quiosco es la Historia Universal del niño. Y toda mi Historia Universal, la cultura, la guerra, la ciencia, lo escrito y lo pensado se me reducen a un quiosco de semillas, de juguetes, de periódicos. En la mañana inmensa, el quiosquillo de la cultura, todo el arsenal de las guerras y la filosofía. El niño lleva en las manos raíces, armas, frutos secos, objetos, cosas, realidades. Yo llevo periódicos, sólo periódicos, palabras, palabras, palabras. Letra impresa, tipografía menuda, el hilo del caracol humano, la repetición y la oclusión. De regreso, las gentes que vuelven de la iglesia, asociaciones madreporicas de familias, la dicha lenta que traen entre todos, un sol de costumbre y rebaño, porque ninguno ha captado nada, quizá, pero entre todos reúnen sus nadas y crean algo, acuerdan sus dudas y crean una fe. Se dispersan en pastelerías, comercios, portales, santificados y apetitosos, pasando de la unción y la penumbra al aura de las cocinas, de la nada catacumbal a la totalidad del día. Han muerto durante media hora, han ejercido sus esqueletos, han estado de pie, sentados, arrodillados, hablando, en silencio, pero procurando siempre ser muertos que hablan, muertos que se sientan o se arrodillan, para mayor unción. Y ahora, involuntariamente, se dejan coger por la realidad, sus vidas los esperaban a la puerta de la iglesia y se hundieron precipitadamente en el día, huyen sin saberlo del hueco que los ha tenido presos. Llenan la calle.

La mañana perdió su anchura. Mi niño ya no es único. Lo miro entre los niños. Todavía paseamos despacio, y los cuatro puntos cardinales nos tocan, pero el milagro ha cesado. El milagro que las gentes buscaban en el interior, en la sombra, y que nosotros

hemos vivido fuera, al aire libre, en las calles, de cara al campo.

Se ponen de espaldas a la vida, de cara a la pared de los sepulcros, y este retener el aliento durante minutos, este contener la respiración de la vida les permite luego sumergirse gozosamente en la luz. Nosotros, sin esos ejercicios de gimnasia espiritual, hemos vagabundado por las calles, como los perros, hemos perreado directamente, y nuestro tiempo no tiene velos de penumbra. Somos un hombre y un niño que se adentran naturalmente en lo más escarpado de la luz.

ROTAS las uñas, rota la laca de las uñas, en picos, un esmalte morado sobre la uña pálida y filamentosa, tengo que hacerme las uñas, con tanto jabón y tanta sosa, la uña chata, mellada, y la pintura rosa o malva o morada o violeta —nunca más aquel encarnado de cuando la fiesta, que a él no le había gustado nada—, y la yema del dedo, entumecida, de un rojo oscuro, de un rosa prieto y sucio. Así, cinco yemas, cinco uñas, cinco en cada mano, la pintura saltada, seca, la cascarilla descascarillada, llegar a tiempo, terminar el fregado, el barrido, el lavado, y llegar a tiempo al autobús, la camioneta, llegar a tiempo y salir para el pueblo, lo de todas las semanas.

Los platos con bordes de selva y cacería, las tazas con reborde de maleza, la vajilla pintada, la porcelana con escenas de caza y pastoreo, los platos rotos, siempre rompe usted algún plato, los vasos con bordecillo de oro, saltado también en algún punto, como las uñas de la muchacha, como la pintura de las uñas. Pero ahora está sentada, quieta, inmóvil, densa, pensativa. Fregar, barrer, lavar, limpiar. Pero inmóvil, ahora, el pelo rico y tirante, los ojos suaves de sueño, la nariz carnosa, la boca grande y resignada, todavía un poco infantil. Los pies torcidos en el bienestar, las manos cruzadas, o caídas sobre el halda, o abrazadas a ella misma, a los hombros de percal. Las manos grandes, pesadas, de bordes anchos, con las uñas pintadas de malva, de rosa, de morado, y la pintura rota en picos, de una manera geométrica y caprichosa. Llegar a tiempo al autobús.

Los antebrazos con pelo. La moza grande, suavemente hombruna, adolescente, silenciosa. Un calor de cocina, una insistencia de grifo mal cerrado, una atmósfera de barredura. Fregar, barrer, lavar, limpiar. Ahora está inmóvil, en la banqueta, y el bordecito de puntilla en la manga, por mitad del brazo. La puntilla con picos doblados con picos arrugados, con picos como mínimas bolas sucias, y algún trecho de puntilla blanco, limpio, planchado, impecable. Hundida en su cuerpo, perdida en la salud de su cuerpo, confundida con el calor de la cocina. No siente el cuerpo. Su cuerpo es una confusión rosa que sólo se siente a sí mismo en las manos. El cuerpo está perdido, dormido, disperso, reunido sin forma en su propio regazo. Las manos, concretas, duras, pesadas, se dibujan con fuerza en toda esa vaguedad. Las manos. Mueve un poco las manos, se mira las falanges oscurecidas, las falanginas, las falangetas, y recuerda estos nombres raros, estas palabras divertidas, de la escuela, el pueblo, la infancia.

Se mira las uñas rotas, cinco pétalos quebrados y duros, debajo la uña pálida y fija, debajo la carne blanca, rosa por el otro lado, rosa por la yema del dedo, la yema abultada, tierna en unas zonas, dura en otras, insensible en algún punto. Lavar la ropa, fregar la vajilla, limpiar la alfombra, barrer el pasillo. Ahora está quieta, con el cuerpo dormido, quizá despierto allá en lo hondo, ese hormigueo agazapado, ese deseo, esa inquietud errante. Él dijo que no le gustaban las uñas coloradas. Tengo que hacerme las uñas. Llegar a tiempo al autobús, viajar hasta el pueblo cercano, como todas las semanas. El autobús espera con un temblor irregular de su viejo motor.

Los platos de rebordes ilustrados, la sopera como todo un día de caza, las tazas y los tazones, escenas dispersas de la gran cacería general. La gran sopera, sí, es el resumen, la apoteosis cinegética de todo lo que ha ido pasando en cada taza, en cada plato, en cada tazón, en cada pocillo. No deja usted una taza sana, hija mía. A los platos, a las tazas, se les desprende fácilmente un triangulito del borde, como si se les cayese un diente. Y yo qué culpa tengo. El baile del pueblo, atender a la madre, la ropa del padre, lava la ropa de tu padre, el calor de él, un calor seco y áspero. La vaguedad rosa del cuerpo va despertando. Las uñas rotas —tengo que hacerme las uñas—, el esmalte saltado, las uñas de un color malva, agrio, ex alegre, duro.

Mirando de nuevo una carne profunda, la llaga secreta, la respiración submarina de los sexos, triste avidez en que mi boca genital se deshumaniza, se vaginiza en el diálogo pútrido con esa ciega herida tornada a su vez en boca, horriblemente, y diciéndome

palabras de légamo, silencios de pelo, sonrisas de sangre. Sabor de matadero y secretos eréctiles que me vuelven a dar, por un momento, el párrafo oscuro, acre y herido que es un cuerpo de mujer.

VENGO del noroeste, verde, monstruoso, musical. Vengo del agua extensa y el infinito nublado, horas verdes paradas sobre el bosque, rutas cambiantes a través del mundo, qué rincones de luz, de agua, de tiempo, entrevistados al paso, en la carrera, qué orbes pequeños, claros y quietos, para quedarse eternamente.

Biografías redondas, cuajadas de un vistazo. Es el paisaje quien viaja. Un pescador, una mujer por un camino, un niño en el barro. Toda una vida vista en un momento. Los montes pasan como música, los bosques cantan como orfeones, los cielos viajan como rías. Pero si nos paramos, si echo pie a tierra, el mundo es inmenso, quieto, solemne. Pasamos de un tiempo a otro tiempo. La eternidad se hace lentísima. Ya no hay música ni coros ni viaje. Sólo la perpetuidad oscura de un cielo devorado por los altos bosques y las crudas montañas. Ahora ya no soy el señor fugaz de vidas y haciendas, sino que desaparezco: soy la mirada ciudadana y cansada que no puede coger en su red débil el pez inmenso y coleteante del mundo.

La mar o el mar. Volver. Hubiera querido ser una de esas pequeñas vidas, completas dentro de una cabaña, una barca, un regato. Mas no pertenezco a esto. La naturaleza, tan soñada de lejos, tan leída, sólo me da, aquí, la dimensión de mi soledad. Es del tamaño de lo que no soy. Puedo escribirlo todo, pero la literatura es la distancia definitiva que perpetuamos entre nosotros y las cosas. (La literatura ya no es para mí, como antaño —ay— una manera de posesión y fornicación con el mundo, sino la secularización de mi aislamiento.) Rías, cielos, vidas, lluvias, mares, montes, bosques donde nunca fui ni soy ni seré libre. Respiro hondamente y el mundo me traspasa.

Luego tristemente, se retira de mí.

Estoy oyendo crecer a mi hijo.

(EL caballo blanco y heráldico lo presidía todo, instaurada su blancura y su poder en aquella confusión de bufones, calzas, dueñas, santos, vírgenes, músicos dorados y verdes, diablos rojos y amarillos, profetas grises y aventados, dioses azules y fulgurantes. El caballo estaba allí, pasando por la algarada del Renacimiento, pisando los ropones, iluminando las sombras del pecado, ennobleciendo y bestializando al mismo tiempo todo aquel conjunto armonioso y caótico, solemne y callejero, de clérigos, damas, capitanes del cielo y arcángeles del barro.

Yo, niño espectador, niño atónito, lo miraba todo desde mi paño rojo y blanco, y me veía, vestido de monaguillo de lujo, como una prolongación del cuadro, uno más entre aquellos personajes que vivían su fiesta renacentista, pagana y católica, en la gran sacristía de la parroquia, entre el cielo y la tierra, entre la cúpula menor de aquella nave, varadero de nubes santas, y el piso a grandes losas blancas y negras. Los dorados, los candelabros, los hachones, los restos de altares y la ruina de las Vírgenes poblaban la sacristía de una suerte de desorden y hermosura que eran como el caos de todo lo que en el gran cuadro estaba armonizado, entero, joven, vigente y tonante. Mi vestidura larga, blanca, roja, de monaguillo, me permitía entrar con alas de hopalanda en el cuadro enorme, hasta el costado de aquel caballo de yeso vivo, de harina musculada, de blancura y plata. Miraba yo, en las penumbras de la sacristía, con ojos de espectador nuevo y atónito, la plenitud de un mundo que en torno mío era ruina, recuerdo, remiendo, nada.

La realidad en torno también se componía de libros de oro y vasijas ilustres, pero todo estaba ya como vencido y cubierto por una pátina de pasado que en el cuadro se tornaba actualidad y color. No sabía el niño atento quién podía haber pintado aquello, ni siquiera se planteaba el que alguien lo hubiese pintado, sino que lo asumía como una realidad fascinante, como un cine natural y mágico, y era como estar viendo al mismo tiempo el pasado brillante de las cosas, tan presente, y su presente ruinoso, tan pasado.

Espectador sin límites ni limitaciones, entonces, como no he vuelto a serlo nunca, tomado por el cuadro en su remolino de dioses, hombres y mujeres, o bien disfrutador único del descenso de todas aquellas pinturas a la realidad, su toma de posesión de la sacristía, de la iglesia y del mundo, su moverse en torno mío con ritmo de olores y rapidez de música. No sabía entonces el nombre del artista, ni ahora os lo diría, aunque lo supiese, porque entonces volveríamos a los límites, a las distancias, al arte como espectáculo, contemplación, erudición, catálogo, y habríamos perdido aquella facultad mágica y silvestre, niña y eterna, de participar del arte como de la vida, como de otra vida más armoniosa, caliente, verdadera y prometedora al mismo tiempo.

En el invierno, cuando la iglesia estaba fría, hacían iglesias de la gran sacristía y entonces podía uno pasarse misas enteras [que eran in misas perdidas] mirando para el cuadro, viviendo su grandeza de caballo blanco y su alegría de músicos borrachos y reinas semidesnudas. Lo que uno perdía del culto, lo que uno perdía de liturgia, de misa, de cielo, de salvación, lo ganaba de arte, de historia, de historia del arte, de tierra poblada, humana y divina. Nunca más este monaguillo que os habla y que hoy sigue oficiando no más que de monaguillo en las misas del arte y de la cultura, nunca, digo, ha vuelto él, ha vuelto uno, he vuelto yo a mirar un cuadro, a vivir un cuadro como entonces, como aquel cuadro, sin limitaciones de espectador ni de crítico. Porque en la iglesia grande, en la iglesia de verdad estaba el Cristo yacente de Gregorio Fernández, un cuerpo de brillo y realidad, con lágrimas duras y pies labrados, pero aquel Cristo sólo se me hizo humano la noche en que al abuelo le vino fuerte la bronquitis y las mujeres de la casa le tenían desnudo y le ponían ventosas en el pecho grande y viejo, sobre el que se clavaba, como en el Cristo, una barba dura. A pesar de que enterramos al abuelo y de que yo podía seguir viéndole en el Cristo yacente de Gregorio Fernández, aquello no fue, ni parecido, como lo del cuadro.

Y el Cristo tenía la llaga del costado, como el abuelo, y parecía que respiraba con dificultad en su hornacina, y miraba con los ojos entornados, miraba con lo blanco de los ojos, que es como miran los muertos, viendo entre los párpados una zona que no es del cielo ni de la tierra.

Pero yo quería volver al cuadro, volver a la vida de aquella pintura que no era vida pintada sino pintura vivible, y ya supe entonces, tan pronto y para siempre, que el arte real y verdadero, el arte de Gregorio Fernández y etcétera, no era lo mío, y lo siento por el abuelo, pobre abuelo, pero mi vida, mi futuro estaba en aquel mundo complicado, coloreado, del cuadro de la sacristía, en aquel Renacimiento de colores con pies, música con alas y caballos casi maternos. Amo un cuadro, desde entonces, entiendo un cuadro y lo penetro y traspaso sus límites cuando vuelve a ser el cuadro de mi infancia, de mis tiempos de monaguillo, aquel Renacimiento de sacristía, aquel barroco para el que las beatas, sin duda, no miraban, nunca, pero que tenían un caballo blanco y virginal que triunfaba de todas las beatas. En Goya y en Picasso hay caballos así, hay colores así, y luego he leído que Goya pintaba con amarillos de tortilla de patata, pero mis límites de espectador estaban entonces entre el cuadro de la sacristía y el Cristo de Gregorio Fernández, y me quedaba muy lejos, y tan cerca, el Berruguete del museo o de San Benito, unos hombres, unas mujeres y unos santos con las formas violentadas por el pecado o por el amor de Dios.)

Pensiones de sombra, horas perdidas, sillones de cuero sintético en el recibidor, penumbra, flores de plástico, corredores, espejos pentagonales con un trébol grabado en cada ángulo, el mensaje oloriento de la cocina, mesas inseguras, y las hojas de los periódicos de la semana, en el retrete, en un clavillo, cuidadosamente cortadas e igualadas, formando un nuevo periódico, un diario insólito que nunca hubiera previsto el redactor-jefe, y que se podía ir hojeando mientras uno apretaba el intestino, se miraba las rodillas duras y un poco en punta, o el borde de los zapatos —estos zapatos están ya escoñados— y por la ventanilla alta, que daba a un laberinto de patios entelarañados y gatos y tejados, entraba el rumor de la ciudad, oleaje de los coches, una estampita de cielo azul —aquí, por lo me nos, nunca nos falta el cielo azul, que es una alegría y una bendición de Dios— y la música de las radios y el lenguaje didáctico y suficiente de las televisiones. Había que ganar la lucha por la vida, duelo literario, o gritar horrorizado, baudelerianamente, antes de sucumbir.

El hombre de la pensión estaba en la cocina, haciendo los crucigramas del periódico, dando de comer al canario, yendo a mear de vez en cuando, hablando por teléfono con la tienda de comestibles porque era un solterón haragán, y las mujeres de la pensión, sus hermanas, andaban azacaneando por la casa, también solteronas, habla doras y menudas, con batas de flores sobre sus rebecas negras, y en una habitación había un pianista tísico que tocaba en una boite afrocubana, y en otra habitación estaba el seminarista huido leyendo a San Agustín y masturbándose, y en otra habitación estaba yo mismo, a lo mejor, con dolor de estómago o de corazón, escribiendo mentalmente el libro que escribe uno durante toda la vida, sin escribirlo, con las neuronas, desde el útero materno, y en cuya elaboración y maduración nos cogerá la muerte.

No sé si el adiós a la juventud perdida o el retrato del joven malvado o la crónica de la vida airada, pero en las pensiones se adensaba la verdad de la capital, el alma pobre de la ciudad, ese fondo de retrete, piorrea, nicotina, oratoria y amancebamiento que tiene la política y la literatura, porque habías venido a eso, a hundirte en el légamo caliente de la vida, a respirar la halitosis de los grandes maestros, a vivir en un clima de muela picada y pasar por todo y salir en los periódicos, volverte del revés y dejar por el mundo todo el saco de tipografía que traías en los riñones desde siempre.

O bien las pensiones con espejo en el armario, con armario en la habitación, con habitación individual que una noche había que compartir con el opositor de paso y otra noche con el carcelario recién salido de la cárcel. Las pensiones son los viveros

políticos, literarios y teatrales de la ciudad, en las pensiones céntricas y ahogadas escribieron los que escribieron la Historia del país, y el historiador de derechas estaba paredaño del historiador de izquierdas, y los que luego, pasados los años, coinciden en la Academia o en el Parlamento, fueron primero compañeros de pensión, compañeros de retrete, vecinos de alcoba, y llevan dentro todo el resentimiento de café malo y meretrices crueles que los marcó en su juventud.

Digamos que el medio siglo corría ya por su segunda mitad y el espejo de la pensión reflejaba a un muchacho borroso, tan borroso como en la fotografía del colegio —aquella mañana de enero, en el patio—, y él se miraba allí las gafas insuficientes, el pelo apaisado, la boca delicada, el traje desvaído, la corbata fatigada, y las lágrimas, las lagrimas pueriles, las últimas lágrimas y el último temblor de chopo intelectual azotado por el viento primaveral del futuro.

Camas de buena familia, camas sobredoradas y barrocas donde habían dormido y engendrado los mejores matrimonios del barrio, y que ahora se veían prostituidas, como hijas de notario, en el ir y venir de los huéspedes, entregadas una noche al extranjero del cine y otra noche al señor de provincias. Camas con historia, donde uno dormía mal, o demasiado bien, sintiéndose primogénito de una gran familia, amaneciendo con dosel y estucados, irónicamente, cuando lo que había que hacer era echarse a la calle a ganar unas pesetas.

Eras el intruso de una vida, el usurpador de una intimidad burguesa que las tornas habían convertido en hospedaje, y te movías entre muebles rococó y finas columnatas, y dormías en una cama grande, familiar, arropado con las sábanas y los edredones que la señora viuda no había tenido más remedio que poner en alquiler. Se habían quedado frías de tantos muertos, aquellas sábanas, de modo que nos daban más escalofrío que intimidad, y hubiéramos querido por un momento, antes de echarnos descalzos al frío del pasillo, que el engaño se prolongase, que la mentira se hiciese verdad. Habríamos querido ser el vástago perezoso y dormilón de una dinastía burguesa.

O las camas escuetas y mortuorias de otras pensiones, los catres con bultos, estrechos, con los colchones rellenos de patatas, quizá, camas cuarteleras que nos disponían mejor a la pelea, a la lucha por la vida, camas que nos expulsaban hacia la calle con su dureza, su irregularidad y su insolidaridad. Nunca una cama propia, conseguida, íntima, de modo que estábamos poco tiempo en la cama, pues las patronas, por otra parte, nunca querían huéspedes camastrones.

El sexo, aquella cosa dulce que gemía en la infancia, aquel interior de flor que cantaba apenas, aquel secreto vegetal y pequeño, que fue alcanzando frondosidades de placer, urgencias de dolor, que llegó a proliferar, alumbrar, quemar como un verano o una primavera, clandestinos. Aquello. El sexo, la cosa, aquella cosa, la planta tímida que gemía de amor contra las tipografías austeras del catecismo, contra la severidad de las familias y la legión de los pecados. Aquello.

Clave del tiempo, suspiro de la carne que luego sería la carne entera, reguerillo de vida en que más tarde se anegaría la vida toda. Nos habían dicho que había que lavarlo, cuidarlo, manipularlo, deshojarlo, sino que era lo secreto, lo callado, desde que perdió la grao primera de la infancia, su inocencia de ameba, y fue cobrando agresividad y fuego. De modo que le quitábamos sarros con la uña, en la escuela fría de posguerra, y fue la gran potencia orinadora que podía calentar las manos, cruzar la calle y asustar a las niñas.

Empezó a torturarse a sí mismo, a desearse a sí mismo, violado de alpacas y hopalandas, fornicador de vírgenes de lienzo, doncel de retrete y mujeronas de vacío. Parece que la vida va a ir por un camino y el sexo por otro. Se tarda en aprender que el sexo es el camino, que no hay más que un camino. Un árbol nunca visto de deseo proliferación apuntaba en el alma, y una vergüenza de salitre nos abrasaba la ropa, y de eso se pasa al sexo como agresión, como exhibición, que es otra forma de sufrirlo.

Qué difícil y qué tarde la asunción del sexo, su verdad, su plenitud, la invasión pacífica y placentera, la aceptación.

No era un enemigo que llevabas en la carne, ni un secreto, ni un mal. Era la fuente cegada que habrías de convertir en fuente serena. Pero eso no lo enseñaban. De modo que fue pasando, clandestino, por mujeres oscuras, cuerpos velados, manos de sangre, por la floración temblorosa de las enfermedades y el percal eucarístico de las novias. Tardaría en navegar dulcemente las aguas rosa, el tiempo de tina mujer, el silencio de toda una tarde. Tardaría en ser la flor violenta de las primaveras interiores, mas hoy está dueño de sí, lleno de recuerdos, heroico de pieles, dentaduras, noches, sangres, ninfas y reptiles. Hizo su biografía, respunteó el mundo, ha perdido su calidad de arma y su rubor de planta, y florece maduro, pleno, vegetal y lírico en la penumbra del futuro.

Qué seguridad, qué paz, qué silencio varón emana de él, me viene cuando trabajo. Dejar que la invasión del cuerpo se consuma, que todo el cuerpo se haga sexo, para que todo el sexo, en seguida, se haga alma. Luchar contra él es hostigarlo, sitiario, enfurecerlo. Debe desbordar las laderas de la carne, es el Nilo que llevamos en el alma, y cuando ha bañado plácidamente el mundo nos deja serenos, seguros y luminosos. El sexo es una flor o un monstruo. Se puede optar, en la vida, por llevar oculto un monstruo o por llevar erguida una flor. Casi todo el mundo opta por el monstruo, lo esconde, lo hostiga, lo alimenta o lo mata.

Pero el sexo, que tiene vocación de flor, sufre mucho con su encarnadura de monstruo. Algo va a crecer en el cuerpo. Un rosal o un reptil. Podemos nosotros decidir su naturaleza. Nos han enseñado a decidir que sea reptil. ¿Por qué no dejar que sea rosal?

La gente vive con su reptil, con su cloaca, y eso les sale a los ojos en la cara. Un rosal vergonzante en seguida se queda en sólo sus espinas. Luz a los rosales. Podrían pasear por la vida un lirio vivo, una orquídea alegre, y pasan de contrabando un nido de víboras. La culpa, el mal, esa herencia literaria y atemorizada que traemos de los siempre La vida es demasiado buena o demasiado mala. La vida hay que pagarla. No hemos aprendido la gratuidad de la vida. Cuando aprendamos que la vida es gratuita le perderemos el miedo sexo.

Pero se nace con conciencia de débito, con sentido de culpa, con heredada sensación de deuda. La vida es gratuita y eso es todo.

Gratuita en todos los sentidos.

No cuesta nada porque no sirve para nada. No hay que pagarla con sangre, justificarla con miedo o recaudarla en actos. Hay que prestarse a ella y dejar que se haga con nosotros. El sexo es la moneda con que hemos decidido pagar y cobrar la vida. Renunciar al sexo, o mortificarlo, o llenarlo de culpabilidad, es la manera de pagar la vida con el sexo. Utilizar el sexo, agotarlo, urgirlo, es la manera de cobrarse en sexo la vida. Nunca aprenderemos que la vida es sexo, que el sexo no es una moneda, que no se trata de una contraprestación, sino de dejar que los manantiales del ser corran libres y colorean el mundo. Hemos amonedado el sexo, lo hemos convertido en rehén, en préstamo. Es lo más caro que tenemos, somos nosotros, y por eso queremos domarlo, que sirva para comprar algo, la inmortalidad, el perdón, la vida misma. Pero el sexo, que soy yo, que es uno, que es la vida, sufre con estas fragmentaciones. Miro mi sexo, liberado ya de su condición mercantil, metafísica, negociadora. Miro mi sexo, que ya no es una moneda ni un arma. Que no quiere comprar la vida ni la muerte, ni forzar nada, sino sólo iluminar el mundo, iluminarme, poner claridades dentro de la sombra femenina, acarrear luz a la luz y noche a la noche.

No sabe que la Historia conspira contra él. Luce inocente en la carne con su salud de émbolo o de tigre.

Pero los ojos, mis ojos, los ojos que me miro y que me miran, en el espejo, los ojos por

los que he visto el mundo, por los que el mundo se ha asomado a mí. El exterior me conforma a través de los ojos estoy lleno de lo que he visto, de lo que he mirado.

Ojos castaños, un poco achinados, antaño, ojos cansados, hoy reducidos detrás de las gafas, ojo izquierdo con menos luz, que matiza y precisa mejor lo pequeño, el hormiguero de las letras, en un libro, ojo derecho, más activo, agresivo, más cansado y congestionado, por el que ha ido pasando, doliente, toda la cultura del mundo y se ha quedado en él, embotada, escociéndome, como otras veces he dicho. Hilvano el mundo con los ojos.

Ojos que imaginan cuando leen que ven lo que crean con su lectura, que ven incluso lo no visible y le dan precisión plástica a los conceptos, a los pensamientos leídos. Los ojos pastan en el libro y a veces, al cerrar el libro, los ojos se quedan dentro, como hojas frescas, y ando ciego por la vida, sin ojos, sin ver el mundo, porque los ojos siguen mirando lo que han leído, se han enterrado en letra impresa. Luego, cuando soy dueño de mis ojos, miro con ellos el mundo, y los paisajes vienen a los ojos en remolino. Cuando uno es consciente de sus ojos, es como el mar mirando el mundo. Los ojos son lo más acuático que nos queda de haber nacido del agua, y cuando un hombre mira la tierra firme, la montaña, es siempre una criatura del mar, es el mar-criatura quien contempla la sequedad mortal del planeta.

En mis ojos vive siempre una mujer. La mirada es la única forma de posesión completa, total. Ver vivir a la mujer, verla moverse, dentro de una armonía que la circunda, tenerla apresada en la retina, en la pupila, sin que ella lo sepa. Cae el cuerpo de mujer desconocida en el círculo del ojo, y vive en él, sin dolor, lo habita dulcemente. Mirar a la mujer.

El tacto es ciego, el olfato es galopante. La boca es frenética. El oído es torpe. Sólo el ojo alcanza la totalidad. Reconstruir una mujer a partir de su voz, de su contacto, de su sabor, de su olor. Eso es la imaginación. La imaginación es el vuelo de un sentido a través de todos los otros. La imaginación es la sinestesia, el olfato que quiere ser tacto, el tacto que quiere ser mirada. La imaginación nace de una limitación. La mirada, quizás, es menos imaginativa porque posee más. Pero la mirada necesita imaginar lo que ve, redondear y colorear el cuerpo de la mujer, acercar lo que está lejos, alejar lo que está cerca. No basta con mirar. Hay que sobremirar, sobrever. Hay que interiorizar lo que está afuera y verlo hacia adentro.

Mirar a otros ojos da miedo. Los ojos queman los ojos. El mal de ojo, decían los antiguos. ¿Y qué es el mal de ojo sino los ojos del mal? Los ojos se refrescan mirando el mundo y se queman mirando otros ojos. Nada nos abrasa como una mirada. La mirada del odio, la mirada del amor, la mirada de la pregunta. Sé que mis ojos pueden incendiar el mundo. Sé que otros ojos pueden incendiarme. Sólo otros ojos. Unos ojos de mujer.

Los ojos son espadas. Espadas en alto. En el amor, los ojos son lagos que se comunican, que se trasvasan. Ojos de mujer y de hombre. Pero en la vida vamos agrediendo y sangrando con los ojos, por los ojos. Fósforo de ojos, mirada fosfórica, el brillo de los ojos en la oscuridad del cuerpo, ojos fluviales en la sequedad de la carne. Peces, los ojos, que navegan por la luz o me navegan el cuerpo. ¡Ah!, la agresividad de los ojos. Los ojos, arma blanca.

Aprender a mirar los ojos, a mirar lentamente, profundamente, aprender a escuchar con los ojos. Nadie puede soportar la interrogación del silencio, se ha escrito. Nadie puede soportar la interrogación de los ojos. Los ojos nos descubren y nos encubren. Cuánto tiempo tarda un hombre en ser dueño de sus ojos, cuánto tiempo he tardado yo en habitar mis ojos, vivir en ellos, poblarlos. Porque generalmente huimos la región de los ojos, demasiado clara, y nos agazapamos en los sótanos del cuerpo. Hay que irse a vivir a los ojos como a lo alto de la claraboya, a las claras buhardillas de la casa, a los cielos del cuerpo. Estar en mis ojos para que se me vea y para ver. Instalarse en los

ojos como en las estancias más soleadas del cuerpo.

Mis ojos, que han visto el mundo, reposan en una carne de mujer, de mujer desconocida. Bajo el sol, entre la sombra, lejos o cerca, ese cuerpo de mujer cuyo espesor deducen los ojos, esos miembros que hay que mirar hasta que pierden coherencia, sentido, convencionalidad —como lo pierde una palabra muy repetida—, y son ya sólo forma libre, volumen gratuito, pulpa de vida, existencia cuajada, materia involuntaria, alimento para el ojo. Desencantado de lo profundo, resido en mis ojos.

Ha venido el verano y se ha llevado al niño hacia otros soles, hacia otros veranos, arboledas de sombra en que se me pierde, tan amenazado siempre, playas desvariantes, mares que le acogen en su gran barba blanca, en su vejez clamorosa como una eternidad.

Niño mío, hijo, fruta fugaz, manzana en el mar, siempre lo he dicho, milagro instantáneo, doblemente imposible, estoy aquí, en el desorden de tu ausencia, entre los colores, animales, objetos, hierros, ruedas y seres de tu mundo, tan muertos sin ti, juguetes de un sol solo que apenas los roza, y me mira tu ausencia desde todas las paredes, encarnas en fotografías cuando halago el tacto de la nada. No estás.

Si algún día no estuvieras del todo, niño, cómo sería eso, cómo sería el mundo, todo él cuarto de juegos abandonado, planeta infantil vacío, el universo reducido a la ausencia de un niño. Voy y vengo ahora, con mis tropelías de adulto, entre la quietud de toda tu actividad. Tropezco cosas que dejaste caídas, deshago con los pies, involuntariamente, un resto de tu juego interrumpido, y la pizarra me mira con su negror, pero tomar una tiza y escribir en ella una letra o dibujar un lobo, sería convocarte, estremecer el mundo de ondulaciones, y no me atrevo a hacerlo.

Qué callada la casa, sin ti, qué madre la casa, qué útero sombrío recordándote. Tu ausencia queda dibujada en un orden que es un desorden, y el flash de otros veranos fija en las paredes tu brevísima biografía de osos, playas, disfraces, mares y desayunos.

Los leones más fieros, los pájaros más metálicos remiten ya a ti dulcemente. Tu secreto emparentamiento con la selva llena de ternura las fieras de las revistas, y te recuerdo más violentamente cuando un animal pasa a mi lado, aparece en una página o se escribe en letra impresa. Con eso basta. Los animales, para la infancia, son signos, un leopardo vale por una letra y una jirafa por una palabra. El lenguaje para entenderse contigo son los bichos, y yo hablo gustoso ese lenguaje por que tú me entiendas, por entenderte. Ni mimos ni enseñanzas ni diminutivos. Es natural el niño porque maneja cosas, mejor que ideas, porque para él no existen las ideas. Las cosas mejores y más vivas son los bichos, de modo que tu lenguaje está hecho de ellos. Eres puro porque jamás has formulado una idea, aún, y discurre con objetos, te mueves entre realidades y te expresas mediante patos salvajes y lobos amigos. Fauna convencional que hemos acuñado para ti y para mí. Con la presencia de un perro en la calle me viene lo que tienes de perro, hijo, lo que tienes de bestia natural y directa, de ser errátil, y no hay nada como el parentesco de los niños con los animales, ese niño secreto de los ojos del gato, esa fiera rosada de tu cuerpo.

Estoy aquí, transitando la ausencia de un niño, pulsando la soledad, y me siento gigantesco y melancólico en el mundo menudo que él ha dejado. La melancolía de los gigantes, sí, me invade a los pies de lo pequeño, y quiero que el niño vuelva para que le vaya dando cuerda, desordenadamente, al reloj-búho y a todas las cosas que, a su paso, se llenan de ojos y reojos, le miran y hacen tic-tac. El mundo hace tic-tac cuando juega un niño. El universo es un tic-tac de luz y sombra. Tengo miedo, ahora, de tocar el desorden frágil y abandonado de tus juegos, hijo, porque no se me desmorone el alma y por no rectificar el azar sagrado de tu vida.

EL olfato, los olores, ese mundo complejo que se aleja y se acerca, todo lo que yo he disfrutado con la pituitaria, mi entendimiento del mundo como olor. Con los ojos cansados, con el tacto seco, con el gusto saturado, con el oído torpe, se me aguza siempre el olfato, porque un sentido puede suplir a todos los otros, interpretarlos, poetizarlos, y digo ahora el olor de un pelo de mujer puesto a secar al sol.

Cuando no tengas fe ni yerba de ayer secándose al sol. Fe, no me queda demasiada. Cuando no tengas un cabello de mujer secándose al sol. ¡Ay! Cambiar mucho de colonias, para que el olfato no se sature. No es un lujo el perfume, el agua de colonia. Oler es una actividad poética. El olfato es quizá el sentido más lírico. «Perro como yo», titula Malaparte un poema en prosa sobre los olores y las capacidades olfativas del perro. Todo lo que nos perdemos por no ser perros. Hay que dar los olores en lo que se escribe. Antes, cuando era; un escritor joven y responsable, quería describir minuciosamente las situaciones, los lugares. Luego comprende uno que basta con dar un olor o un color. Al lector le basta. Al lector le sirve esto mucho más. Dice Baroja de una calle que era larga y olía a pan. Ya está. Un largo olor a pan. Para qué más.

El arte descriptivo, minucioso, es pueril y pesado. El arte expresivo, expresionista, aísla rasgos y gana, no sólo en economía, sino en eficacia, porque arte es reducir las cosas a uno solo de sus rasgos, enriquecer el universo empobreciéndole, quitarle precisión para otorgarle sugerencia.

El olor de mi hijo, el olor tierno y callejero de los niños. El olor de un libro, el olor de cada libro, ese enjambre de abejas tipográficas que nos marea y nos fascina cuando hundimos en él la nariz. El olor de una mujer, cada una con su olor. Los seres tienen aura, que es el olor. Por el olor somos mágicos. El olor es lo único que no puede poseerse, es la fragancia de una personalidad, y por eso desasosiega trastorna.

Drogarse de olor. Nada me excita y me predispone a escribir como un olor nuevo, profundo, grato, sugerente, punzante. El drogadicto es un incapaz. El mundo es la gran droga. Todo estimula, todo alucina. Los alucinógenos son una falta de imaginación. Los que sufrimos la alucinación constante de la realidad no necesitamos alucinógenos. Adónde puede llevarme un olor, hasta dónde. Schiller olía una manzana para ponerse a escribir, dicen. El otro ojeaba el Código Civil. ¿No sería olerlo, lo que hacía? ¿No sería que se drogaba del olor de la letra impresa y apretada del Código?

La literatura y la pintura son vertiginosas porque huelen. El olor a vinagre de la tinta de la infancia. El olor acre y selvático de los libros. El perfume fresco y denso de la pintura, la fragancia de los colores, que deben mirarse con los ojos cerrados. ¿Qué es lo que le falta a la pintura de los museos? ¿Le falta intimidad, actualidad, autenticidad? Le falta el olor. La pintura muerta ya no huele, ha perdido una de sus dimensiones, porque la pintura tiene tres dimensiones, y la tercera es la olfativa. La música no huele. Por eso, quizá, no me dice nada. El olor y el sabor, tan unidos, son las claves más íntimas de la vida. Hay que gustar todo eso con los ojos cerrados. Mirar una cosa es exteriorizarla, pienso ahora. Hay que ver sin mirar. Hay que oler. El olfato, quizás, es la mirada del alma.

Escribo este libro en verano, cruzado de mares y viajes, pero quisiera entrar con él en el invierno, quisiera que se crease de climas y fríos; que la vida pase por su fondo, que sea un libro practicable, no hermético, no cerrado, no completo, sino disponible y meteorológico.

Escribo este libro en verano, con huidas al mar, con caídas jubilosas en la naturaleza. El verano es lírico porque tiene un tiempo más grande, es «la estación total», y la duración de sus días es como un amago de eternidad que nos glorifica un poco. El verano es el único trasunto posible del paraíso perdido. El paraíso perdido no está en el espacio, sino en el tiempo, sometido al eterno retorno de las estaciones. Verano es duración. Estío es eternidad razonable.

Cada verano, con la vuelta a la naturaleza —siquiera sea una vuelta amagada y

tímida—, se nos replantean los viejos mitos. Al principio, el mar era mar y el cielo era cielo, abandonado todo a la inocencia de sus colores. Luego, con la cultura, lo fuimos poblando de referencias ajenas y fiebres personales. Pasa el tiempo, se desvanece la erudición, nos baja a nosotros la fiebre creadora y la naturaleza vuelve a ser, como al principio de nuestra vida, un vaso sencillo y hondo, claro y limpio, sin mitos, fiebres ni interpretaciones. Qué difícil rescatar la naturaleza de la cultura. Sólo el contemplador lo consigue. Qué difícil la contemplación. La naturaleza se la han repartido los poetas y los cazadores. El poeta la envilece de metáforas y el cazador, el deportista, la humilla con su esfuerzo y su sudor. Ni creador ni hombre de presa, el que ha llegado a contemplador puro, el que se ha licenciado de roca o tronco de árbol, es el único que la vive, el único en quien ella vive.

Ahora, con el cansancio de mi cultura y la de los demás, descubro que esto no es un final, sino un principio. Ahora, curado de alusiones literarias, es cuando el mundo se me abre solo, enorme, armonioso y tosco.

No hay otra resurrección de la carne que el verano. Todas las teologías están hechas a imagen y semejanza del calendario. No tenemos otra referencia. El clima y sus variaciones son la única biografía universal posible. Va uno pasando de los libros a la meteorología, con los años. Me exilio de la cultura en el buen tiempo. Claro que sueño con volver, como todos los exiliados. Pero es bueno retardar el regreso. Escribo este libro en verano y le dan todas las luces del día, pero habrá que exponerle también a otros temperos, porque un libro debe ser un cuajarón de tiempo, una concentración de vida. Y el pivote del libro, el pequeño pivote, que es el hijo, soportará en sí el girar del tiempo y las palabras en torno suyo, la rotación del libro y del mundo.

¿Por qué no una novela? La novela es un compromiso burgués, monsieur. La novela es fruta de invierno, de habitaciones cerradas, escritores con pipa y horas laboriosas. El libro, mi libro, como el verano, debe tener las ventanas abiertas, las puertas abiertas, y debe hacer mucha vida en la calle. Tampoco la anotación puntual de los diarios, esa burocracia del sentimiento a que se someten algunos escritores, llenándose de pupitres interiores. No. Sucesivas iluminaciones concéntricas, rueda de instantes, un faenar con el presente, hasta agotarlo. Llegar, si es posible —cruzando túneles— hasta otro verano.

Caigo a veces sobre mi propio pecho, me rueda la cabeza por la batana de raíces que es el torso, llamas y ramas que combaten en mí, lucha quieta y eterna, conflicto de mi torso, humo lento y crudo que me puebla. El pecho, que se ha adensado de nombres, de años, y donde ahora se hunden los aceros del tiempo, como finas raíces, y donde han dormido despiertas las mujeres que querían escuchar mi interior de árbol, mi hondura de tronco vivo, o las aguas oscuras y verdes de la sangre.

Pecho adonde viene mi hijo con su cabeza leve, hélice de palabras y pelos, a dormitar un cuento o narrar un sueño. Dejo la mano en mi pecho y hago amistad conmigo mismo. En el verano vuelve a ser el pecho una proa a la que acuden mares del cielo, pero en invierno se cierra, se vuelve sobre sí mismo y lo olvido. Caigo a veces sobre mi propio pecho, mapa de mi vida, y gimo.

La anchura de un hombre, la libertad de un cuerpo, la hospitalidad de mi pecho, que se ha hecho hondo con la vida, pozo inverso en cuyo fondo canta un corazón que antes arreglaba relojes y ahora colecciona guijarros. Pecho todavía fuerte, todavía erguido, que espera la muerte como la esperan las maderas, ignorándola. Presiento su decadencia, la caída de sus hojas, el vuelo asustado de las aves que lo habitan, y tengo en los ojos un brillo de hachas venideras que lo van a talar en el bosque del porvenir. Se ha ensanchado el pecho, que en la adolescencia fue tenue y pasajero, y corren por su musgo las lagartijas de los días, y a veces una mano de mujer, o una boca, caen en él, como en un enlosado viejo y tibio, y me dejan una pesantez de flor en lo que tengo de tumba.

Y termino en mis pies, concluyo de esa manera repartida y minuciosa, pies que viajaron tanto, que subieron escaleras de sombra hasta el crepúsculo, los pies del niño viajero, recadero, cartero, ascendiendo siempre, ascendiendo, a través de noches, maderamen, carcomas, peldaños, sombras y claraboyas, escaleras interminables por donde iba mi infancia mientras los parientes morían, tosían las madres, nevaba la vida y florecían libros en mi ignorancia. Pies delgados, ahora, pies de pianista, por qué no decir pies de pianista, como se dice manos de pianista, esto que he escrito alguna vez a propósito de las manos y escribo ahora a propósito de los pies. Marfil, caminos, palidez y cansancio de mis pies, la rueda caminante que me lleva, en mis manos hay un escritor cansado, pero en mis pies duerme un escritor inédito y original. ¿Por qué no escribir con los pies, como esos inválidos que traen las revistas?

La mano ha matado, está maleada y fatigada. El pie es virginal, ocioso, y podría escribir con más pureza, novedad y silencio. Que las ideas pasasen por todo el cuerpo, llegando matizadas y enriquecidas, al pie. Sería otra prosa, otro estilo, otro ritmo de escritura, más lento y terreno. Pies de pianista, sí, porque también los pianistas tienen pies y los usan y la música es una cosa que funciona a pedal, como el ciclismo, lo cual ya debiera hacernos sospechar de Juan Sebastián Bach.

Decirlo una vez más. Escribirlo una vez más. La salud es un delicado equilibrio de deflagraciones. La cabeza que suena, los ojos que duelen, los oídos que pitan, la garganta que escuece, el vientre que sufre, los enfisemas, los vértigos, el insomnio, el miedo, las caries, las infiltraciones hiliares, las arritmias, la tos. Estamos vivos de milagro. Lo científico sería morir en seguida.

La casa, mi casa, el vacío encallado, el barco bacaladero en que nos hemos quedado para siempre. Porque vives otras casas, las amueblas, las habitas, y algo te dice que no son tu casa. Entrás y sales en ellas. Pero un día encuentras la casa, tu casa, la que te esperaba, ésa que teje en seguida en torno de ti su silencio, sus sombras, su polvo, su tiempo, y de la que ya no vas a salir nunca, a la que volverás siempre. La casa que empieza a cerrarse como una tumba en torno de ti. Cómo se adensa la casa, navío encallado, carabela varada, buque fantasma en los mares del norte, orientada siempre hacia el Norte, efectivamente, con frío y sombra. La casa, las paredes, los cuadros, mis retratos, los libros, el rumor de la nevera, hielo sagrado del hogar, motor de la vida, hélice polar del barco helado, telas de la costumbre, vidrios del día, cerámica del pasado, maderas de la constancia. Viaja la casa, no se está quieta, en realidad, un día da su proa a soles vivos y otro día a mares del cielo, oscuros y perdidos. Adónde va la casa, adónde nos lleva, tan lenta, desplazándose cuando dormimos, entregada a qué corrientes submarinas, la casa. Nos vive ella a nosotros, se nutre de nuestra presencia, engrosa sus paredes, modela sus lechos, nos habla con su boca de fuego, en la chimenea, nos cuenta el tiempo en relojes, es la bodega altísima de un barco que va por el cielo y somos la tripulación oscura, los fogoneros de ese submarino astral, pero eso sólo de vez en cuando, porque diariamente crece, se cierra, va pareciéndose a nosotros mismos, flor de cemento y música en que vivimos, libando muerte, y ese cabeceo de planta o de barco que tiene a veces.

¿Adónde va la casa?

Los libros, cómo crecen los libros en la casa, aquellos primeros libros de la madre, secos y polvorientos, que me han acompañado por pensiones, viajes, noches, años, cómo proliferaron. Apenas los veo ahora entre el farallón de los libros, pared maestra, muro de letra impresa que ha modificado la estructura de la casa, y ese hormigón con que se pegan las páginas de algunos libros que no volvemos a leer jamás. Los libros respiran, como las flores, y nos van matando, nos van secando el aire, pero los cuido, los ordeno, los desordeno, y crecen. Me olvido de su distribución, pero ellos solos se barajan y vuelven a su geometría lógica de biblioteca, y sé, sin querer saberlo, dónde está cada uno, porque el paso de la vida es el irse convirtiendo uno de poeta en

bibliotecario.

Tomar un libro es como quitarle un ladrillo a la muralla, puede venirse abajo toda la construcción y demolerlos. Nos amparamos, ya, en una pared de tipografía que nos resguarda de los vientos de la vida, celda de papel en la que uno va siendo el monje de sus propias religiones heterodoxas. Puedo abrir un libro y encontrarme dentro de él, porque uno no es sino la señal de lector puesta entre las páginas de la novela de la propia vida, o puedo mirar y olvidar mis propios libros, los que yo he escrito, rectángulos de ignorancia y obstinación, cajas de puros sin puros.

La marea de los libros, su silencio en la noche, su olor a engrudo y memoria, esa sustancia de celulosa y oro que rodea y limita ya mi vida. Cómo escapar a los libros. Son el enladrillado de mi alma. Para no verlos, para no sentirlos, abro un libro y leo.

Pelar una naranja, descortezar el mundo, desvendar el seno de una momia adolescente. Me como una naranja y tengo un día anaranjado. En rigor, una naranja me devora por dentro. Necesita de mí para transformarse en otra cosa, para sobrevivir, y cuelga ya, naranja otra vez, al final de los tiempos, del árbol dorado de mi vida.

Toda depredación es una redención. Todo canibalismo es una ascunción. Voy a comerme otra naranja. La naranja me ha iluminado los interiores como un sol en gajos, y ha quedado ahí la ese rosa y blanca de su cáscara. Qué nalga breve y pugnaz del mundo acaricio en la naranja. Se reparte su sabor, su olor, su química, por todo mi cuerpo, y aprendo más de la vida, del mundo, del tiempo, gracias a la naranja, que en todos los libros de Kant y Platón. Llevo ya dentro un fanal anaranjado, y siglos de experiencia, sabiduría, decantación, licores, azúcares metafísicos y veranos líricos, que estaban empaquetados en la naranja, que la habían hecho posible. Comer una naranja, desvendar el seno dorado y egipcio de una adolescente. Si hay que creer en algo, creo en la naranja.

ALGUNAS veces me quedo dentro de unos servicios públicos, aseos los llaman en algunos sitios, aseos pone encima de la flecha indicadora. Hay que quedarse así, quieto, en un inodoro conocido o desconocido, en el baño de casa o en los servicios de una cafetería, en el ataúd vertical y acondicionado del retrete hasta que la palabra water se disuelva en el aire, sintiendo cómo la vida se detiene. Paredes de azulejo muy menudo, tres azulejos caídos en algún sitio, tres cuadraditos de cal y yeso y pared y tiempo, por donde asoma la crudeza de la construcción, tres huecos de una simetría casual y natural, Klee y Mondrian sentados en la taza, el uno o el otro encarnados en mí, mirando el juego de cuadraditos, buscando más huecos, más cuadraditos caídos, la geometría deficiente, gris y vivida de la pared, en un clima de nalga, orín, silencio y rumor, y las cañerías, las tuberías que tragan agua de vez en cuando, como un reptil dormido que respira o hace la digestión, ese buche de agua negra que pasa por la garganta de la tubería cada cierto tiempo, y afuera el rumor de la ciudad, se llena uno de beatitud y de pronto comprende que no está oyendo nada, que la ciudad se apaga, que ya no existe, pero a lo mejor perdura el rumor del bar, el escándalo de la barra, gritos y gambas, o la conversación de dos parroquianos, ahí fuera, mientras dan suelta a su ácido úrico, vamos a ver si nos dan de comer, y que llevo un hambre que no veas, y yo aquí, sentado en la taza, o de pie, mirando la bombilla negra, el rollo de papel higiénico, tan soso, tan servicial, tan maltratado, un grifo cerca del suelo, que no cierra ni abre nada, el polvo y la puerta.

En la puerta hay inscripciones, roturas, nombres, marcas de bolígrafo, manchas marrones, quemaduras pequeñas, crueldades, el rastro de toda la tribu defecadora que ha pasado por aquí. Una sexualidad elemental, la torpeza de unos órganos genitales que parecen pintados, efectivamente, con los órganos genitales, alguna alusión política, confusa, directa, un nombre de mujer, Petri, una pe demasiado grande, el tipo empezó con entusiasmo, con grandiosidad que luego desfallece en las otras letras, terminadas de cualquier manera. Qué poco dura el amor.

O hubo algo más urgente. Petri. Alguien ha querido perfeccionar la tarea grabando otro nombre a navaja, trabajando la madera de la puerta, pero también se ha cansado y se ha ido, y al final se ha liado a dibujar ligeramente las letras con la punta del arma, sin ahondar, uno quisiera llevarse estas puertas de retrete, estos relieves, qué exquisitez, el gusto decadente por lo popular, por lo espontáneo, por lo enigmático, ese arte que ahora se ha puesto de moda, todos juegan a imitar la casualidad de la vida, ya es bastante haber visto, haber sabido ver el arte que hace la vida, la emoción que tiene el tiempo fragmentario de la gente, llevarse la puerta, salir cargado con ella, transportar el tablón por las calles, como un carpintero o un antropólogo, si le pones una firma puede valer mucho dinero en una sala de exposiciones, pero todo eso ha quedado fuera, la cultura, la vida, mi vida, aquí sólo es una puerta de verdad, un aglomerado de realidad, madera artificial sintética contrachapeada que me separa del mundo, me aísla, me entierra, que constituye mi soledad, instaura una individualidad que no tengo, divide el tiempo, mientras el mundo desaparece afuera y sólo me envía olores de guiso, de distancia, de mediodía, de gente. Puedo desencadenar la caída de las aguas, la catarata ruidosa, una catástrofe de cisterna que todo se lo lleva y echa de nuevo sobre mí la actualidad.

Y escribo, cada mañana, me siento a la máquina, dejo que fluidos oscuros, luminosidades de la noche asciendan a mí, y todo el torrente del idioma pasa a través de algo, de alguien, porque escribir es tuna cosa pasiva, receptiva, contra lo que se cree, así como leer es algo activo, creativo, voluntarista.

Sólo una cuestión de trance. Dicen los modernos lingüistas que no hablamos una lengua, sino que la lengua habla a través de nosotros. Es el río del idioma lo que se pone en movimiento cuando me siento a la máquina. El mundo se expresa a través de mí. Sólo somos dueños de aquellas sensaciones que no tratamos de racionalizar. Que

el curso de las cosas me lleve, que la lengua universal hable por mí. Puedo tratar de dominarla, de ordenarla, de modificarla. Y entonces habré construido algo, habré trabajado, habré disecado el mundo y la palabra. Hay que hacerse transparente —la transparencia, Dios, la transparencia, pedía el poeta— para que el mundo pase a través de tuno configurado como discurso. Los surrealistas, intentando la escritura automática, no hicieron sino exasperar la única escritura posible. La inspiración. Pues claro que existe la inspiración. Sólo que no es algo externo, ese rayo de luz que baja del cielo en los cuadros místicos, esa ninfa de luna que revolotea en torno de los poetas profanos. La inspiración es la comunicatividad, la transparencia, el acertar a desaparecer entre la escritura y el mundo. Hay días en que se levanta uno transparente, y entonces conviene aprovecharlos para escribir.

Si no hay transparencia no hay escritura. Puede haber un trabajo de amanuense, pero nada más. El hombre, el escritor, tiene que elegirse transparente o pendolista. Casi todos optan por el pendolista, porque tienen voluntad de poder y porque les parece más lucido. Escribir es una prestidigitación en cuanto que consiste en desaparecerse, como los ilusionistas del cabaret. Hay días en que el ilusionista no está en forma, se encuentra opaco, se queda en el sitio. El escritor tiene que dejar pasar la luz del mundo sobre la cuartilla, el sol sobre la escritura. Casi todos los escritores estorban a su obra, están delante de ella, echan su sombra de sombrones encima de la prosa.

La prosa es prosa porque tiene sombra, la sombra del tío que está encima. Si no tiene sombras es poesía. El que luego le reconozcan a uno por lo que escribe es otra cosa, entra ya en la mera profesionalidad, en la anécdota cultural. ¿Y el estilo? El estilo es la modulación: que toma el lenguaje al pasar por nosotros, como la curva que adopta el agua en una jarra. Sobre todo, no echar sombra. Si no se encuentra usted transparente, no escriba. Váyase a la compra y hágale los recados a su esposa. El mundo se hace lenguaje en ti, en mí. Peor que echar borrones es echar sombras. El mundo se describe a sí mismo, como vemos funcionar a los teletipos. No hay más que pasar de vez en cuando y arrancar la hoja.

Escribo por el placer de desaparecer. Es mi forma de transparencia. Todos hemos querido ser invisibles alguna vez. El éxtasis, la levitación. El mundo y la escritura se intercambian reflejos, luces, y yo estoy en medio, entre dos fuegos, desaparecido, sin peso. Escribir ausentarse. Escribir es perder peso. Un adelgazamiento súbito. Qué insoportables, luego, mis setenta u ochenta kilos.

En la noche, cuando el mundo se reduce al redondel de luz de la lámpara, y todo el resto del mundo es incógnito, extenso en círculo de sombra y nada, de astros y fábricas, abro un libro y quedo ahí preso en la luz, leyendo. ¿Qué hago yo con un libro en la mano? ¿Qué es un libro? Un objeto rectangular, una caja practicable, una sucesión de signos monótonamente ordenados. El libro es sólo el pentagrama del aria que ha de cantar el lector. En el libro no hay nada. Todo lo pongo yo. Leer es crear. Lo activo, lo creativo, es leer, no escribir. De esos signos, de esa tipografía hormigueante y seca, mi imaginación levanta un mundo, un bosque, una idea, y continuamente salen volando pájaros de entre las páginas del libro. La noche es un mal músico que afina y desafina su instrumento, mi hijo duerme cerca, respirando un aire suyo, un mundo suyo, duerme como en el vientre de la ballena de la noche, devorado y resguardado, esperando a ser devuelto por la boca, intacto, a los mares fríos de la mañana. Yo leo. Abro el libro y mundos dóciles vienen a mis ojos, un hombre, el pensador, el prosista, empieza a trabajar para mí, ordena su telar, hace su lino de ideas, de palabras. El espectáculo de su laboriosidad está siempre detrás de lo que hace. Me es ya muy difícil leer sin estar viendo constantemente al obrero que pone ladrillos estilísticos ante mí. Así como cuando escribo desaparezco, cuando leo me es nítidamente evidente el que escribió, el que escribe.

Quizá la literatura sea eso. Desaparecer en la escritura y reaparecer, gloriosamente, al

ser leído. Por eso no hay que hacer demasiado evidente el esfuerzo del pensamiento al escribir. Para no entorpecer la resurrección de la carne que glorifica al autor cuando es leído. Toda lectura tiene, por lo menos, este doble fondo. Hay una superficie de prosa, de ideas, y debajo, como una figura inmovilizada dentro del hielo, está el autor.

Lo apasionante, quizá, de la lectura, no es lo que se lee, sino la posibilidad de asistir al espectáculo único de un hombre trabajando, creando con palabras su cesto de mimbres bien trabados, moviendo su linterna, haciéndose una luz que se le oscurece por un lado cuando la ensancha por otro. La gente se para a ver a los obreros que trabajan en la calle. El lector también tiene algo de mirón. Me he parado a ver trabajar a un hombre. Está abriendo una zanja de ideas, está levantando una tapia de palabras. A medida que somos más escépticos sobre lo que leemos, se nos transparenta más el faenar del autor, vemos más al hombre.

Ya no creemos en las abstracciones. Las ideas pierden rigor, las palabras pierden color, y esta transparencia o debilitación de la prosa nos permite contemplar detrás al que trabaja. Importa —y es lo más moral de un libro—, el espectáculo del hombre trabajador, su ejemplo de laboriosidad, su ir y venir por el taller de las palabras, importan sus caídas, sus olvidos, sus vueltas atrás, sus levitaciones.

Hay un hombre que ha querido hacerse su verdad y comunicárnosla. Hay un hombre que necesita afirmarse modificando el mundo, que necesita explicarse el mundo para explicarse a sí mismo. Hay un hombre que vive y muere en su libro, náufrago en el propio mar que él ha creado.

¿Por qué se escribe un libro? Por vanidad, por inseguridad, por satisfacción, por pasión ciega y creadora, por amor a la verdad, que siempre es la verdad de uno. Por amor a la belleza, que también —ay— es siempre la de uno, la que uno puede ver. Es apasionante un hombre haciendo cualquier cosa: un libro o un tonel, una tuerca o un surco.

A cierta edad, se fatiga el lector y le sustituye un mirón que llevamos dentro y que, más que nada, lo que quiere es ver trabajar.

De pie en la noche, asomado al cielo, de espaldas a la ciudad, veo venir los nortes y los astros. De espalda, sí, a la ciudad. La ciudad es un chaqué devorado, una copa de angustia, un guante en el barro. Yo le di a la ciudad mis ojos primeros, mi corazón de viento. Yo era el violinista adolescente que prodigaba su música por las calles cuando ya todo el mundo había cerrado sus puertas y dormía o fornicaba. Ahora, de espaldas a la osamenta desguazada y luciente de la ciudad, tengo la raíz de cada estrella, noches barajadas, el sueño de un niño, cuerpos resignados, un libro que he encolado esta tarde, porque se estaba deshojando, y todo el silencio que me envía el campo.

Las barriadas del cielo, la soledad de un hombre, pero no, ya, la pureza, el ideal, lo esencial conseguido, poeta. Era lirismo adolescente. No hay unidad, no hay bellezas esenciales, poesía sola. De espaldas a todo, poeta de mis años de oro, la dimensión caída del mundo, la incertidumbre del hijo, la obra en marcha hacia ninguna parte, el sexo y el miedo.

Nada acendrado, nada glorioso. Sólo una paz de barrio y ya es bastante. Sólo el paso minucioso de la muerte por la vida, este abandono vecinal, paraíso menor con estrellas altas, aviones ciegos, tiestos regados, y el gotear lento, dulce, callado, del cielo en la tierra. Un solo goterón de tiempo, de noche, de silencio, a punto siempre de caer. Una inminencia sin prisa. Esa gota, cuando caiga, será ya el día.

Las ninfas, con sus ojos ligeros y sus bocas de agua, las ninfas, siempre a contracorriente de mi vida, pasan, pasan, y hay la ninfa de cada mañana, efébrica y sonriente, y la ninfa de cada atardecer, seria, sola, dura, con su descuido de muchacho y su belleza venidera. Las ninfas, obsesión de tu vida, la luz se curva en ellas, el día canta en la estopa adolescente de su pelo. Ninfas que han pasado por tu vida, ninfas por las que has pasado, la niña lírica con su aura de colegio, la llama rubia que me

incendió el tiempo para siempre.

O las viejas amantes, que te daban aún su tristeza, su fidelidad, un perfume de hogar, duplicidades tristes, su frecuencia, su costumbre, amarlas en altas buhardillas con hedor de patio, en atardeceres adúlteros, la melancolía semanal de sus cuerpos, la soledad de sus cuartos, tan cuajada de desencanto, siempre en una red de medias cosidas, y las palabras viejas que venían de sus bocas. Las viejas amantes, tan fieles, una ropa con sudor de mujer que se enfría en la memoria y huele.

Recuerda a Serena, escribe su nombre, aparta el espejo en que ella vivía, el clima verde de su cuerpo, la luz dorada que traía en la tarde, una armonía de vasija, un amor fuerte y solo, su boca de tragedia y sus manos precisas, flores de papel, libros, guerrilleros en las paredes, películas en sus ojos y el gemido salvaje, profundo, que conseguiste, al fin, alumbrar en su carne de oro y fidelidad.

Cuántas veces, tendido, a esa hora del atardecer, después del amor, cuando una mujer, ardida ya, ha dejado de ser ella y se mueve como bulto o rumor por la casa, pienso, medito, existo, no existo ni medito, espero, no espero, oigo cantar a los niños en la calle, viejos niños de siempre, el que yo fui, niños del atardecer en la ciudad, tristes entre las luces, un rumor de barrio muy habitado, y esa línea fina en que se convierte el mundo, ido el deseo, rota la tensión, caído el vuelo.

La mujer, no sé qué mujer, bulto de vida, tenía el cuerpo lleno de hogueras que he ido apagando, como se apaga un monte, y ahora, ensombrecida o inexistente, anda por los fondos últimos de la casa, de la tarde, mientras yo no existo sobre esta cama fría, y levito en la paz, el hueco, el silencio y la lucidez del post-coito. Es un momento de suprema apertura, de honda disponibilidad, de clara luz, y sólo por eso valdría el amor, por haber llegado a este puerto de sombra donde nada me anda, a este estado —la única beatitud posible— de no desear, de no estar, de no ser. Los proyectos, el ruido de sables, todo eso está ahí, retirado, agazapado, esperando que yo me ponga en pie para invadirme y llenarme de armas, pero ahora, mientras demoro mi vida y abandono mi cuerpo, apenas existo y la tarde viene a llenar, como un agua sin prisa, los huecos de mí que voy dejando.

Sólo quiero esto, escuchar a los niños, vagamente, ser el que desde la sombra acecha sus juegos dispersos de última hora, y saber que una mujer vieja está entrando en una tienda con luces cansadas y legumbres dormidas, a pedir medio kilo de algo. Ah, esa paz del atardecer, cuando todos se han desceñido sus armas y, por fin, el mundo vuelve a hacer sonar la música lentísima de sus ejes, y podemos escuchar, siquiera sea a intervalos, la luminotecnia del cielo y la respiración de los enfermos. Estiro el instante, estoy entre la inmensidad del cielo y el cuerpo apagado de una mujer que espera. El amor, a la mujer, se le apaga lentamente. Lo cuida en sí misma, lo mima, lo restaña. A mí, el amor me deja una gran oquedad, una hermosa disponibilidad, me deja el pecho abierto y los ojos inmensos, y el mundo todo acude a llenarme, a cruzar, sin romperlo ni mancharlo, el cristal en que me he simplificado.

Qué hora de silencio, cuántas veces repetida, en mi existencia, esta ocasión humilde en que, tendido por la enfermedad o el sexo, la marea alta del atardecer me sorprende, náufrago, y me acuna. El poema se escribe solo en mí y nunca he querido escribirlo, salvo cuando era niño y torpe. Cómo creer en nada. Sólo hay un poco de paz, una cita de estrellas, en esta tregua morada del anochecer, antes de que los cuerpos sean sacos abultados y mal cerrados, antes de que los corazones sean piedras en el fondo del sueño. La vida se me vacía y veo muy claro el libro que nunca escribiré, y veo al hijo, única punzada entre los latidos de mi corazón, y veo el tiempo, cinta dulce que se desanuda infinitamente.

Hay una supresión de espacios, una caída de perspectivas, y son éstos los mismos anocheceres de la infancia con miedo y caballos, los mismos de la adolescencia con enfermedades y versos. Cómo me rejuvenece todo para la muerte. Más que irnos

barroquizando, el tiempo nos va desnudando. Todo es un ir retornando a la niñez, a la sencillez, porque la muerte no crece en nuestras condecoraciones de vida y dolor. La muerte nos toma niños, puros, solos, y pienso que es en estos momentos cuando puedo morir.

Acumulamos cosas levantando un baluarte contra la muerte. A la delicia de no tener nada sobreviene en seguida el espanto de estar disponibles, prestos para la partida. Hay que echar anclas, amarras, anudarse desesperadamente a la vida. Pero me quedo así, indefenso, sin deseo ni futuro, entre el pasado y la muerte, entre el niño y la nada. Alguien ha visto la literatura como la infancia recuperada. Por eso escribo, porque escribir es jugar y jugar es ser niño esencial. Sólo quiero la infancia, la mía y la del mundo, la de mi hijo y la de todos los hijos, sólo quiero el juego, el girar del planeta por toda aventura. Asisto, sin verlos, a los juegos de esos niños de la calle, y no soy el observador sonriente, condescendiente, qué torpeza, sino el ámbito humano en que ellos juegan, la humanidad toda que atiende a su juego, el cielo y la tierra, la ciudad y las luces. Salvado del deseo por la fogata reciente, estéticamente purificado por el sexo (gran purificador de belleza) escucho mi vida reducida a su mínima y última posibilidad, soy lo menos posible y, salvado del tiempo por unos momentos, salvado en el espacio, soy todo el anochecer tibio y la tiniebla azul en que los niños juegan.

OCTUBRE. Se perfecciona la redondez del mundo. Los árboles son violines cuya música es el azul del cielo. El bosque juega con mi hijo como un tigre verde con un jilguero. Somos el interior de una lentísima manzana cayendo silenciosamente en el tiempo.

MIRO a veces los días que pasan como huecos, la luz adolescente que se seca en las copas, el relieve del tiempo granado en las muchachas y el milagro de todo que cuaja sin ser visto. Miro el oro caliente que queda abandonado cuando los niños pierden su inocencia en la tarde, y recojo despacio, con manos de mendigo, el color de la música y el aire de la vida.

TU cuerpo es un hermoso fragmento
de no sé qué grandeza rota.
El cesto de frutas de tu vida
se renueva por sí solo todos los días.
En tu boca destrozada habla la tristeza del martes
y en tus dedos minuciosos arden páginas de luz.
Le abultas al mundo como una planta excesiva
y dejas magnitudes de olor por donde nadie pasa.
Has oxidado el aire con tu cansancio,
has enterrado todos los clarinetes,
tienes senos destruidos como la antigüedad
y muslos de cosecha que le pesan al día.
Busco en tu alma un tabaco de infancia,
busco en tu sexo un mar desalentado,
y comprendo que los muertos, realquilando tu casa, hacen un poco más alegre
el destrozo del amor y el abandono azul de la cocina.

VUELVO de los viajes, hijo, vuelvo del mundo, todo hierro y vino, y te encuentro aquí, en la entraña tierna, en el interior fresco de la fruta que es tu vida. Porque, cuando lejos, te siento siempre, detrás de todo lo que siento, te vivo, detrás de todo lo que vivo, y basta que me aleje en un país extraño para que te conviertas en el centro débil y cálido del mundo que gira. Ciudades, trenes, aceros, días, mujeres, ropajes, frutas, máquinas vivas, todo gira en torno a ti, que eres el interior dulce y pajaril de la vida. Viajar es andarse por las ramas, exiliarse del centro, rotar en torno a un interior que nos reclama. Cuando vuelvo a ti, a tus ojos que luchan contra la noche, a tu voz que se abre naturalmente, como un loto en la superficie del agua de la vida, siento que he recobrado el centro tibio del planeta. Qué frío afuera, hijo, qué desolación de ciudades de piedra, cielos caídos, tiempos deshechos, gentes vegetales y días de mineral y ruido.

Qué bien aquí. El mundo, ahora lo sé, tiene un adentro de lana y conversación, de risa y juego, en el que tú habitas, muy recóndito. Basta con que me aleje un poco para que te conviertas en el centro del cielo y de la tierra. Y escucho tu voz, la incoherencia volátil de lo que dices, con mucho más sentido y música que todos los sistemas leídos y debatidos. No importa que imites al mundo en tus juegos. Es el juego y el milagro lo que te hace surtidor secreto. Todo cae inmensamente mientras tú subes muy poco a poco. El mundo es un derrumbe poderoso y triste, inverso a cada uno de los latidos de tu estatua hacia la luz.

Cuando leo, en la soledad de la casa, en el silencio de la noche o en la blancura absorta de la tarde, el niño duerme, y todo reposa en su sueño, y el discurso del libro corre por sobre ese lecho cándido del sueño de un niño. Cómo se apoya el mundo, tan caído y pesado, en la levedad del dormir infantil. Es su sueño el rumor del mundo, la levedad última de la vida, y las batallas de la prosa que leo se enzarzan sobre la inocencia doble de un niño dormido.

Mi hijo en el mercado, entre el fragor de la fruta, quemado por todas las hogueras de lo fresco, iluminado por todos los olores del campo. La fruta —ay— le contagia por un momento su salud, y el niño ríe, mira, toca, corre, sintiendo y sin saber un mundo natural, el bosque podado en que se encuentra, esa consecuencia de bosque que es un cesto de fruta, una frutería. Mi hijo en el mercado, entre el crimen matinal de las carnes, el naufragio azteca de los pescados y, sobre todo, entre los fuegos quietos de la fruta, que le abrasa de verdes, de rojos, de malvas, de amarillos. Él, fruta que habla, calabaza que vive, está ahora entre los dos fuegos, entre los mil fuegos fríos de la fruta, y grita, chilla, ríe, vive, lleno de pronto de parientes naturales, primo de los melocotones, hermano de los tomates, con momentos de hortaliza y momentos de exquisita fruta tropical. Es como si le hubiéramos traído de visita a una casa de mucha familia, a un hogar con muchos niños. Como cuando se reencuentra con la hueste ruidosa de los primos. Qué fragor de colores en el mercado de fruta. El niño corre entre las frutas, entre los niños, entre los primos, entre los albaricoques.

Las letras, el alfabeto, la escala de las vocales, el niño, a la sombra de la madre, pájaro ligero por el árbol de la gramática. Salta, va, viene, se equivoca de rama, vuelve a saltar, dice la a, la e, ríe con la i, se asusta con la u, vive.

Por ahí empieza la historia, hijo, empieza la cultura, el mundo de los hombres, ese juego largo que hemos inventado para aplazar la muerte. Las letras, insectos simpáticos y tenaces, juegan contigo como hormigas difíciles. Estás empezando a pulsar las letras, las teclas de un piano que resuena en cinco o diez mil años de historia.

Cada letra tiene un eco de lenguajes pasados, de idiomas milenarios, que tú despiertas inocentemente, como cantando dentro de una catacumba. Eres el paleontólogo ingenuo de nuestro mundo de jeroglíficos. Somos tus antepasados remotos, esfinges egipcias, dioses griegos, estatuas etruscas, dialectos nubios. Me siento —ay— más del

lado de la Antigüedad que del lado de tu vida reciente. Se me incorpora una cultura de siglos que contempla impávida, fósil, tu pajareo alegre por sobre las losas del pasado. Cada letra es una losa que pisas, cada palabra es una tumba. Estás jugando en el cementerio, como los niños de aquella película, porque las palabras son cadáveres, enterramientos, embalsamamientos de cosas. Tú, que eres todavía del reino fresco de las cosas, te internas ahora, sin saberlo, en el reino sombrío de las palabras, de los signos.

Pero los signos y las palabras, para ti, también son cosas, porque estás saludable de realidad, y juegas con las letras como con insectos o guijarros. No sé si vale la pena arrancarte del mundo de las cosas. No sé si vas a perdurar en el mundo de las ideas ni en ningún mundo, hijo, pero asisto, dolorido y consternado, a ese cruce de fronteras, a esa confluencia de atrios que atraviesas alegremente, de la mano de la madre.

Vienes del pájaro y vas a la catacumba. Vienes de la hortaliza y vas al concepto. No sabes, hijo, cuánto cuesta, luego, volver a reconquistar las cosas, que el idioma sea otra vez voluptuosidad, descubrimiento, fruta, y no diccionario. Es un largo camino de vuelta el que inicias ahora. ¿Vas a tener tiempo de recorrerlo?

Quisiera hacer yo contigo ese camino, hijo. No podremos ni tú ni yo, seguramente. No vamos a sobrevivir ninguno de los dos, quizá, tú por prematuro y yo por tardío. Me alegra, me entristece, me duele, me desconcierta verte jugar con fuego, con el fuego apagado y triste de las palabras, que en tus manos y en tu voz vuelve a ser resplandor, llama, alegría, quemazón, locura, canto.

Mi a no es tu a. Mi a es lúgubre y sabia. Tu a es una nota de luz en tu paladar, en el paladar claro del mundo. Qué juego de luces y sombras. A veces el idioma se cierne sobre ti y me asusto. A veces echas tú sobre él un desconcierto alegre de juego. Qué miedo, qué alegría, qué susto, qué tristeza, verte aprender las letras.

Aquella tarde de primavera o de otoño —qué primavera otoñal, qué otoño abribeño—, cuando estábamos en la linde del campo y la ciudad, un cementerio al fondo, grande, inmenso, vertical, valle de muertos y cipreses, y el niño en la luz del domingo, náufrago entre amapolas, trigos del suburbio, panojas y panochas, escombros, gentes merendadoras y solitarias, un barrio grande y feo que terminaba allí, y el eslabón de la ciudad por el otro lado, hacia el Este, con su avanzada de cementerio, metiendo ya los muertos en el campo.

Cómo corrió el niño, cómo cantó, cómo jugó. Cómo le veía yo, sobre el fondo irreal y preciso del cementerio, en la fiesta pobre, buscando caminos entre los escombros, flores entre las piedras, piedras entre las flores. Un cielo morado que pronto se hizo nocturno, y el alivio vago que sentí al tomar al niño de la mano y volver con él a la ciudad, rescatándole de no sé qué lejanías de muertos y campos.

Así tantas veces, a la vuelta de la fiesta triste, con el niño enarbolado, en los brazos, pesado de sueño, entre las gentes ociosas, por trenes, autobuses, tranvías, desmontes, regresando a casa, llevando contra el pecho el bulto de su cansancio, como a la ida, en la alegría de las primeras horas, había llevado el haz de sus risas y sus luces, que se me iban por todas partes. Cómo envejece un niño en un día de fiesta. Cómo le marchita un domingo.

HIJO, salto que da el día
hacia otro día.
Pimpirincoja,
zapateta,
pingaleta en el aire
hacia otro aire.
Por ti van las semanas
a patacoja,
sin pisar raya.
El que pisa raya pisa medalla.
Cuando no sabe el mundo
qué paso dar,
y todo está en suspenso,
como trabado,
saltas tú a pies juntillas,
salvas la zanja,
y vuelve el día a correr,
claro en tu agua.

EL tiempo es un caballo que llora como una máquina sentimental. Escribo en la copa del árbol de los días poemas en prosa y libros de colores. Mi hijo se ha dormido en lo más profundo de sus zapatos y hay un reloj de pulsera fornicando en algún sitio con la eternidad. Espero que una mujer desnuda me llame por teléfono para invitarme a la vernisage de sus pechos. Octubre es lúcido como un matemático y extenso como la actualidad. No sé qué voy a hacer esta tarde, pero me gustaría amar a una muchacha que no tuviera un empleo fijo, o sentarme a leer en el parque, bajo la luz de los eclipses. Sea como fuere, enjabono mi cuerpo y me siento a esperar que la teoría de la relatividad llame a mi puerta.

TE conozco, decía la muchacha, yo te conozco, decía vagamente en la niebla, con gruesos labios de vacío. Y estaba en su matorral de bruma, junto al perro ardiente, y me miraba, te conozco, yo te conozco, en la mañana fría, muy fría, enredada de brumas, y había en la arboleda emboscadas de niebla, y yo, con mi dolor, mi miedo, mi soledad, mi incertidumbre, me detuve ante ella, recuerdo, lleno de un deseo pálido y súbito. Te conozco, yo te conozco, y tenía el pelo fuerte y partido, los ojos negros y duros, el rostro rejuvenecido por el frío, una precisión de estatua adolescente, una borrosidad de lenguaje y de niebla. El perro, a su lado, era un fuego en forma de perro, una hoguera-perro ardiendo en la mañana helada, llamando por los ojos y la boca. Te conozco, yo te conozco, decía.

Pude haber dado un paso adelante, haber tocado con mi mano la ausencia de aquel rostro, haber deshecho la imagen, reduciéndola a arenisca de realidad, de verdad. Pero mi mano quedó en el aire, sin peso, acechada por el perro, rehuida por la muchacha, y nos separamos. Te conozco, yo te conozco. Era una mujer agreste en el corazón helado de la ciudad, era una arcilla con más salud que hermosura. Pero qué lejana era. Siempre habrá quedado por realizar mi amor, mi deseo por aquella criatura emparentada a su odioso perro, en una de las mañanas más frías y dolorosas de mi vida.

La sangre de la herida, el dolor vagando por el cuerpo como un murciélago gris y ciego, la fiebre, el miedo, el miedo, eso soy yo, eso eres. ¿Qué otra cosa, si no? Llegamos a generar una sustancia de consistencia variable, más bien mediocre, que es la imaginación, la literatura, la estética, el lirismo, el bien, la fe en el hombre, la Historia, la libertad, la justicia. Pero basta esa gota de sangre, ese quejido mudo de mi cuerpo, ese goteo rojo de la vida, para que todo se borre y yo me reduzca a mi dolor. Se contrae el ser como el gusano amenazado. Yo no soy mi dolor, decía el poeta. Ya lo creo que sí. El dolor, la sangre, la fiebre, el miedo, los heraldos negros de la muerte, tan lejana, tan distraída, ahuyentan en un momento todos los pájaros de la cabeza.

Miro mi gota de sangre, la miseria que doy de mí, y observo con, una repugnancia apasionada, con un amor sórdido de animal por su, animalidad, la efusión de la vida en la muerte, de la muerte en la vida. Qué presto a desanudarme en la nada, qué flojo por todas partes el saco de mi vida. Soy agua en una cesta, fardo de lluvia que gotea muerte por todas partes.

¿Y el suicidio? Hace falta mucha fe en la vida para suicidarse. El suicidio es la máxima afirmación de la vida. Si alguna vez me suicido, no será por falta de fe, sino todo lo contrario. Sólo hay suicidios apasionados. De momento, resido en el escepticismo. Resido hasta que una gota de sangre, un tiburón de miedo me corre por el cuerpo. El cuerpo es una máquina de vivir y resulta inútil advertirle continuamente que la muerte no importa. El cuerpo no tiene más que una dirección. No se puede persuadir a la flecha en el aire de que cambie de orientación.

Estoy aquí con mi miedo. Soy un intestino que sangra o un corazón que enrojece de fiebre. La filosofía, el arte, las ideas y la belleza no son sino treguas entre enfermedad y enfermedad. Y las enfermedades no son sino treguas de la muerte.

Recojo mi sangre con amor y desprecio. Pero en el remolino de horror, cuando sólo eres piedra de dolor y miedo, mineral de espanto nace, como una flor en la roca, la imaginación, la metáfora metaforizando sobre la enfermedad, la visión distanciada de uno mismo. Y la distancia es estética. La estética es distancia. ¿El espanto puede dar lirios? Ya lo creo. ¿Qué soy, entonces, quién soy? Tanta fisiología ha originado lo inefable. Tanto fruto de muerte ha dado una flor de sueño la imaginación, la belleza siniestra del mundo mirado por mí. El pensamiento no es sino una continuación de las necesidades de la selva. Pero la emoción lírica se sale de todas las necesidades. Ahí está hombre; en la emoción lírica, en el sentimiento lírico.

¿Esta sangre, entonces? Toco mi sangre dura, toco mi cuerpo herido, y me reconforto

de evidencias, aunque sea esto la evidencia de la muerte.

QUÉ hoguera de sol, el mediodía, qué domingo de humo y aviones. Mi hijo, por entre las fogatas blancas del otoño, con un pito, una chifla, un globo, algo, pasando veladuras de humo, bloques de cielo, multitudes sentadas a comer, una gloria de carne quemada y un techo de aviones de plata y velocidad. Qué domingo de noviembre, claro y frío, por los pueblos en fiesta, por los merenderos en llamas, viendo al niño marchar, inmortal por un momento, rubio de mediodía, ciego de luz, a través del campo, del agua, del humo, del aire, del mundo.

Fuimos felices, un momento, los tres, en la nube gorda y grande de la carne quemada, en la fogarada densa del domingo.

ÉRAMOS líricos y blancos, dos almas esbeltas en una primavera de papel —recuerda—, y ahora la vida nos ha reunido, abrasados ya de días, sazonados de muerte. Éramos aquellos que acrecentaban la luz, y, un día, uno de esos días que transcurren en la sombra, la vida nos reunió. Qué encontronazo de almas, qué manera de consumir, tardíamente, aquello sólo iniciado. El tiempo te había madurado para mí. Mil mujeres que eras o habías sido se interponían entre tú y yo pero las íbamos asesinando con disparos de alcohol y cuchillos de voz, hasta que volvíamos al tiempo recobrado. No sé. El sol que forjó tus pecas como un florecimiento sin motivo, había apagado tus ojos y recontado tu pelo, pero conseguí, conseguimos, que fueses la misma. Piedra un poco más dolorida, dabas la misma agua de tu voz fresca, la misma claridad de tu sonido líquido.

Quiero probar los cuerpos que ha probado ya la muerte con una primera glotonería que aún —ay— no anuncia nada. Quiero que después del primer lengüetazo de la muerte sobre mi carne, otras bocas vengan a santificarla de vida. Quise recontar las pecas de tu cuerpo, en un día lejano, cuando nos encontramos y venías no sé si de pasado o del futuro. Hombres, luces, miedos, amores habían pasado por tu cuerpo, que me reconoció, pese a todo, como el mar reconocería la primera embarcación —madera y sueño— que lo surcó en los albores.

El pasado se nos enredaba con el presente, la vida con la muerte, pero asistí en tus ojos cansados al espectáculo de la perpetuidad de ciertas cosas leves, como la pardosidad de cierto verdor o la lentitud de ciertas miradas. En un universo insensato y cambiante, fascinante, de pronto, el espectáculo íntimo de una fijeza, el que una voz siga cayendo de las mismas cataratas de espuma, el que uno ojos sigan recogiendo las mismas luces doradas y ámbar, con olvido de todas las demás.

Qué piedra de fidelidad es ésa. A qué responde la identidad de un ser, de una mujer, cuyas células, cuya vida, cuyo corazón se mueven cada día. Algunos dirían que eso es el alma. Explicación que no explica nada. Otro nombre para el misterio. Qué obstinadamente somos nosotros mismos. Basta dejar de ver a un ser, reencontrarlo en el tiempo, para comprobar con estupefacción que vive preso de su voz, sus movimientos y su risa. O que vuelve sobre todo ello asiduamente, amorosamente, sin saberlo. Somos la piedra y el mar que la pule. Nos redondeamos a diario, viviendo. Cada vez es uno más sí mismo. Algunos filósofos lo llaman individuación. Otro nombre para el alma. Estamos tan fijos como un árbol, tan definidos como una piedra. Los grandes cambios en nosotros mismos son ondulaciones leves a flor de agua, a flor de piel. Cambian los sentimientos, pone banderas negras la experiencia, pero hay una piedra luminosa de donde nace la mirada, hay un agua estremecida de donde nace la risa, que son siempre iguales en la caverna del ser.

Eso encontré en ti, en ella, en su cuerpo, en su vivir. Pude asomarme a la caverna verde de su ser ella, al mismo fondo fresco de entonces. Profundicé más que antaño, fui mucho más adentro, pero, después de mi retirada, su fondo claro y oscuro, verde y vivo, seguía intacto, adolescente, igual que entonces. Había llegado yo a lo que no muda. No había llegado a ninguna parte.

Rebanada intensa, tu cuerpo, loca pecosidad, zarza de pecas, fiesta dorada, blanca y roja, que ahora recuerdo, tan lejana, tan cercana, como abrevadero loco de mi vida. Haber mordido, al fin, el grito roto de tu vida, el hilo dulce de tu alma, en una devoración larga y profunda que te deshace en nombres, ayes, besos. Era un verdor de días, una boca de luz, una manzana. Y la pesada gloria de tu cuerpo, tina tierra caliente y trabajada de la que vuelan pájaros de voz.

EL Metro, ya sabes, la noche rápida y fulgente, las filtraciones, los escapes, la vida, fracasado es el que a los cuarenta años viaja en Metro, recuerda, el que tiene una moneda la cambia, el que tiene u moneda la cambia, te lo decías en la conciencia, lo repetían las ruedas del Metro, el traqueteo, farallones de sombra, paredes human el descenso al Metro, qué inmersión en la catacumba rauda de los tiempos.

Volver al Metro. Cuando una ciudad tiene acacias, soles provincianos, cerveza, cuando una ciudad ignora el intestino férreo que le corre por el alma, el hombre de la calle, dicen, el hombre de debajo de la calle, y dabas la peseta, entonces el Metro valía una peseta, y te daban un billetito, un cartoncito, algo, consérvese a disposición de cualquier empleado de la compañía, consérvese a disposición de cualquier empleado de la compañía, era cuando entrabas en el Metro batiendo fuerte las puertas de hierro, inmenso útero latiente de multitud, de olores, de vendedoras, de carteles, y la mirada negra de empleado, bajo la gorra metropolitana y descosida, dando suelta al gas, al pitido, abriendo y cerrando las compuertas como una guillotina horizontal para el monstruo humano de mil cabezas.

Amor en el Metro, toda la charcutería de las manos aferradas a alta barra despintada, prohibido subir y bajar en marcha, antes entrar dejen salir, prohibido vender en los coches, y el bajorrelieve de los rostros, la arcilla de la vida repartida en caras, muecas, cansancios, risas, estupefacciones y bocas. Macerados de profundidad herméticos de velocidad, obstinadamente desconocidos, mayoría silenciosa de allá arriba, nocturnidad de aquí abajo, cada cabeza con su aureola de olor, de sufrimiento, de pelo, el alma como una colonia pobre, el cuerpo como un saco muy usado, y las flores profundas de la axila, y el orín secreto de los años.

Viajar en Metro con un papel en el bolsillo, con el recado de vida, con la carta de recomendación o la factura del mueble, y el aluvión de las madres, los funcionarios, la juventud y los mendigos. Todo un panel de ciudad, todo un mural de caras en el vagón, humanidad al temple, color bombilla, y la catástrofe rauda del Metro, su torpeza de hierros contra hierros, hasta la sonrisa inesperada de la muchacha pobre, el sol de las profundidades en un pelo de mujer o el agua quieta y cómplice de las miradas, entre tú y yo.

Viene de todo al Metro, ya sabes, de modo que cuidado con los hombres de mirada verde que miran al hombre, como leíste una vez, y sálvate en esa cara obrera, en ese zarzal de pecas, en la niña planchadora, recadera, oficiala, aprendiz, en la muchacha sin empleo lijo que tiene el perfil estremecido por los reflejos subterráneos y los ojos llenos de anuncios. Te acercabas a ella cuando se removía la humanidad del Metro, y vuestro silencio comunicante sonaba ya más que todas las conversaciones del vagón a ése que le den por donde le gusta, te prometo que me quedan cinco duros, macho, estoy volcado, éste siempre corto de pasta, usted verá, doña Águeda, qué hacemos con él si en el Seguro no le dan la baja y el corazón lo tiene cada día más hinchado.

Un bloque de silencio entre tú y yo, una barra de silencio en torno de la cual saltaban las conversaciones intermitentes y desdentadas del Metro, hasta la estación final, o aquélla adonde tú te bajabas, con un giro leve del perfil, que no sé si era una invitación o una despedida, pero yo me iba detrás y salíamos a una plaza con jubilados, a un barrio grande y poblado, con muchos camiones escorados y muchos toneles de vino desguazados en mitad de la calle. Era tu barrio, y qué difícil romper el acero de silencio que se había forjado entre nosotros, después de haberte visto subir las escaleras del Metro con prisa de gacela obrera, y tus piernas de andar y bailar, y un paraíso suburbial, con huertos y talleres. Pero no es verdad que me dieras la mano áspera y niña, y me salvaras para siempre entre tus soles y tus girasoles de barrio, sino que estoy aquí para siempre, otra vez en el Metro, siempre en el Metro, como no es verdad que otra vida pase a través de mí, otro tiempo más claro, el que tiene una moneda la cambia, el que tiene una moneda la cambia, la vida sólo es el sueño alto y soleado de

los que vamos en el Metro, de los que imaginan un allá arriba con niños y buen tiempo. El hombre del Metro sueña una ciudad de sol y ocio a la que nunca sale, la ciudad de las estatuas y los bares es una pesadilla del hombre de allá abajo, del viajero hundido, del que va en el Metro, tú, yo, asiento reservado para caballeros mutilados, todos caballeros mutilados, las madres terribles con la bolsa de la compra abultada, como otro embarazo, y la chica leyendo un libro gordo, y el de los recados silbando en el Metro y el sembrado de cabezas que tengo de bajo de mí, una calva con mapas, una pelambreira con brillos, los cuatro pelos sobre un cráneo blanco y lechoso, la huella de las tenacillas en un pelo gris de mujer, como una ceniza en olas tenues de resignación, y el maíz violento de un pelo de muchacha, cebada adolescente que perfuma e ilumina. No, la ciudad no existe, la ciudad una locura, una invención, una esperanza, una mentira. La sueña desde allá abajo los que van en Metro, ánimas del purgatorio en túnel, justos en multitud, limbo húmedo, catacumba veloz. No existimos, no tomamos café, no hacemos el amor. Sólo nos sueña, desde lo profundo, un hombre silencioso que va en Metro.

EN atardeceres con niebla, cuando yo salía por la ciudad, entre una multitud de ojos luminosos, vagos y flotantes, mirado por todas las máquinas de la ciudad, y subía a tu casa, llegaba entre panaderías y discotecas, iba en un ascensor viejo, lento, que pasaba patios hondos, casas sin pared, envigados al aire, tendedores inmensos, y así hasta el silencio de una alcoba verde con señores de barba impresa, peces colgados del techo, una cesta con fruta podrida, el viento en la terraza, y un libro abierto y sangrante. Tu pelo de costumbre, partido en dos, peinado por la soledad, y tus ojos de alcohol, un tabaco profundo y cansado, la arcilla apasionada de tu rostro, la boca rota y grande, historias de amor, recuerdos de recuerdos, manos duras y tibias, un cuerpo lleno de sexo y resentimiento, y mientras se consumaba la novela de las palabras, de los reproches, de los sueños, yo me enamoraba de tu pie breve, práctico, escueto, sin otra belleza que su esquematismo.

Todo el cansancio de las viejas psicologías, la historia triste del amor, los juegos del corazón, eso que estudiaban con minuciosidad y aplicación los novelistas del pasado, a la luz de sus quinqués burgueses, y yo en silencio, o monologando contigo, y enamorado realmente de tu pie, pensando en tu pie, sin atreverme a decir que la vida da igual, que los sentimientos son reversibles y que la única realidad reclamante, viva y concreta, era en aquel momento tu pie desnudo, puro como una piedra, seguro como un pequeño animal, dorado como un verano.

Son cosas que pasan. Eras la ciega vasija, algo con belleza de recipiente y eco de cansancio, o eras la violinista pálida, mucho más blanca que tú misma, el amor en habitaciones asimétricas, el desnudo descarnado de las bombillas, el agua fría que venía a nuestro encuentro en las cocinas deshabitadas, un olor a óleo y vecindad, o el bar con bocadillos antiguos, o aquella melena rubia que tenías, que tenía, ya no tu pelo partido y oscuro, sino un derramamiento de oro y música, un cuerpo largo, blando y enfermo, viajando por mi cuerpo, los tactos de una boca sabia, la destrucción como coito, la ruina de una arquitectura joven, qué oscura fiesta de sangre y luz.

O eras el zarzal de pecas —quién eras, quién eres, a quién hablo qué escribo—, la manzana caída, un amor con muchos espejos, muebles ahogantes, muñecos, la mirada seca y pueril de cualquier adorno, y un cuerpo recobrado, una gloria a punto de arder, una risa que todavía ilumina tu carne optimista y cansada. No sé quién digo qué desdoblamiento, qué poliformismo, siempre un claro coro de mujeres en tu vida, en aquella vida, siempre la mujer, espada de fuego, arcángel aguerrido, cuerpo desnudo, cercándote la vida, iluminándote. Pero recuerdo los regresos, ya en la noche, niebla en la niebla, con el cuerpo vivo de latigazos, los ojos quemados de la cercanía de la carne y la nariz ebria de mezclados perfumes y sangres.

Regresabas de qué mujer, de qué batalla, otra vez solo en la noche de los faros, y la luz de un cuerpo se iba apagando en mi pensamiento, y me hacía opaco, pesado, oscuro, verdadero. Renovado fuego natural donde ibas poniendo a arder los días, como viejos leños crepitantes y marcados, talando el hondo bosque que tú eras. Reconociéndote.

Serena, breve y ágil, mira pasar la noche con ojos quietos, fuma en silencio, y su perfil de vasija se ilumina con las luces de la fiesta y del alcohol. Todo arde en torno de ella y el fuego apenas roza el granito de su tristeza. Serena, silenciosamente, mira pasar el tiempo, los besos, las manos, las luces, los amores, hasta que la hoguera de la noche es un rescoldo y a sus ojos quietos no llega el sueño ni el amor.

Serena, breve y ágil, visita las tiendas del atardecer, se desnuda en los probadores, se pone y se quita lencerías rojas o blancas, mientras le cantan los espejos de los grandes almacenes en una confusión hebillas y maniqués. Serena consume un tabaco amargo o deja arder su cuerpo desnudo en el espejo del probador, mientras la ciudad se ilumina de paraguas. Serena, alta, larga, blanca, está desnuda al piano, rubia, y da suelta a unas notas como mirlos, o se calienta un té en el pequeño hornillo, o se masturba con el agua de la ducha. Serena grita en el ataque o en el amor, y Beethoven

la mira en silencio, mientras extiende lociones, cremas y luces por su cuerpo blanco. Convive con unos gorriones que duermen en el piano y entierra lámparas debajo de la cama. Serena, ocre y pecosa, ríe o canta en la catarata de los automóviles. Serena, de sidra y risa, habla en la entraña de los trenes, corre en los grandes circuitos vertiginosos, visita la nieve de las alturas o llora un llanto verde y silencioso. Serena, plena y sola, bebe el alcohol de la culpabilidad y duerme entre muñeco y celuloide. Serena rubia, Serena oscura, Serena densa, Serena ligera, serena alta, Serena íntima, unos pasos de mujer por la ciudad, y este canto a la criatura solitaria, a lo femenino eréctil, a la erosión de la luz decantando o consumiendo unos cuerpos.

O esa mujer que venía de su provincia, recargada de viejas elegancias, siempre el mismo ser reencarnado en cuerpos sucesivos, ese desconcertante parecido de la vida consigo misma, caligrafías femeninas de madrugada, amores tristes, el mensaje pálido de una criatura solitaria y mediocre que un día se hace presencia, peinado, pieles, la solemnidad pueril que lo reviste todo, la trascendencia de lo que está viviendo, esa trascendencia de la que yo debería participar o mejor dicho, que yo debiera presidir, mi infinita desgana y lejanía, cuándo seremos libres, olas salvajes sobre una roca ignorada, y no todo el lamentable ceremonial del sentimiento, estas admiraciones que ya de nada me sirven, y, más aún, me hacen sentirme cómicamente terrible, malo, con un satanismo fácil y pequeño que me llena de humillación, de mediocridad y cansancio. El pensamiento de una ninfa, algo que me redima de tales amores, una ducha de juventud y libertad, no sé, quizá, pensaba, estás perdiendo el gusto por la mujer, la capacidad de aventura. Una mujer mediocre es como un libro malo: hacen dudar de la literatura entera, de lo femenino universal. Sombras que retornan a su provincia, fuegos tristes que nunca debiste despertar, y el encuentro, como única y total liberación, con el día claro de invierno, cristal en bruto, bloque de tiempo, domingo helado, heme aquí paseando por la soledad con el cuerpo ausente, sin pasado y sin futuro, limpio de mujer, vacío de lujuria, ni alegre ni triste, motivo tan sólo, todo ya, para el encrespamiento del frío y la momentánea ondulación de lo inmóvil.

El pintor está ahí, el pintor enciende puros, los apaga, toma la gran copa de coñac, la vuelve a dejar, el pintor trabaja con las uñas, con los dedos, con papeles viejos, con herramientas de albañil, con el color directamente, y tiene en torno un coro de galerías vecinales, de casas derruidas, de patios lamentables. El pintor, en lo alto de una escalera antigua y bamboleante, enciende el rojo, matiza el verde, rea el amarillo, inventa el negro, profundiza el naranja, enriquece el gris, sueña el azul. El pintor tiene la cabeza gris, revuelta, roja, poderosa, despeinada, ahogada, terca, y le da al lienzo un viento de alta mar, lo hincha como una vela. Grifos goteantes, paredes enfermas, cocinas vacías, el canto invernal de los retretes, y sólo este calor de pintura, este fuego de colores, un ser que ha nacido, cómico y lírico, gordo y cruel, iluminado y feo, en la acumulación ferviente del óleo.

El pintor enciende puros, bebe coñac, se queja, ríe, baja las escaleras, las sube con pereza, habla por teléfonos desportillados, repite nombres de mujeres, canta, lee periódicos, se duerme de costado, se pelea, sale a la calle, vuelve, compra cosas, vende cosas, ve visiones, ama a la humanidad, o la desprecia, y luego sigue pintando. El pintor está ante mis ojos, activo y duro, entregado al remolino del cuadro, o ultrajado de úlceras, reventón de vino y medicinas, una madurez en fervor, pintando, pintando. Uñas negras de pintura, alma de aguarrás, ojos de tiempo, revoltijo de vida, hijos, amor, pintura, amigos, ventanas, mujeres y enfermedades. El pintor va solitario por calles iluminadas, habla con desconocidos, piensa en el suicidio y en los fantasmas, lee cosas del siglo diecinueve, y tiene corazón bueno y una lucha de colores en la cabeza que va dejando en el cuarto, día a día, hasta que de su soledad alumbraba una persona.

El pintor, el amigo, ante mis ojos, el espectáculo de un hombre ardiendo en los mil fuegos, cómo se consuma y se consume su vida, cómo el fuego que mata es el fuego

que crea. Eso será el arte, quizá: este fuego mortal, domesticado por una mano que lo fija y lo realiza. La materia que lo devora es la materia con que él pinta. Luego, apaga las luces, vuelve a encender una para mirar el cuadro por última vez, cierra la puerta, baja la escalera, sale a la calle, y deja una estela de patios, luces, colores, dolores y palabras. Reina en un mundo de periódicos arrugados, toma cosas en las barras de los bares, mira a las mujeres, orina tristemente y se compra un pincel que no va a usar, o un pantalón de pana para seguir pintando. Una vida en combustión, un fuego alimentado de tabaco, medicinas, palabras, amores y siestas. El pintor está más rodeado de cosas que los otros hombres, más acosado por volúmenes y formas, todo le hace gestos en todo ve fuegos, y he procurado siempre vivir cerca de algún pintor, porque son los seres más encarnizados con la vida, los que están en el reino de las cosas. Hasta las ideas se les corporeizan y les habitan como molduras. El pintor ve más mundo que nosotros, como mejor la fisonomía de la vida, despierta colores y ademanes. Así quisiera uno escribir siempre, con la plasticidad directa del pintor, sin caer en el reino gris y condescendiente de las ideas. El pintor, ante mí, cree ciegamente en los contornos y azota el lienzo, lo castiga para que esté vivo, para que no se le muera, para que sangre sangre negra y heridas verdes.

El escritor está haciendo su largo libro, ese largo libro interminable que hacen algunos escritores. El escritor conduce el coche entre la niebla, contra las luces y las lluvias, conduce con manos rotas, heridas, vendadas, y me habla de su libro, del amor, de la vida. El escritor o la insatisfacción. ¿Qué busca, adónde va, contra qué se debate el perfil de este hombre, atormentado de luces y gestos?

El escritor hiende la noche con su máquina, conduce con manos que le duelen, se toca la nariz, los ojos, habla y habla, su libro, su largo libro, su interminable libro, la mujer, los viajes, una playa inglesa, un paseo por el bosque, palabras en latín, el escritor busca algo, no sé qué, él tampoco lo sabe. Qué clara, qué sin sentido, qué loca la búsqueda de los demás. ¿Y nuestra propia búsqueda? ¿Me ve él a mí como lo veo a él, perdido, inquieto, solo?

Meter la vida en un libro, tomarle medidas al tiempo. Eso es escribir. Darle unas dimensiones convencionales a la existencia. Se manipula el tiempo a efectos artísticos y se reina así, falsamente, secretamente, sobre la propia vida. El tiempo corre cuando se le deja libre. Hay que cazarlo en la ratonera —ratón, el tiempo— de un libro, de un proyecto, de un viaje. El escritor sueña un libro, una mujer, una ciudad lejana e incorrecta. Vamos entre la nieve, entre la lluvia, entre la niebla, dentro de su coche, deshaciendo hielos y luces. ¿Adónde vamos? El escritor no termina nunca su libro. No se terminan los libros por cobardía, por miedo. Cuando yo termino un libro, empiezo otro en seguida. No se puede permitir la sangría del tiempo. Hay otro tipo de escritores, como éste, que alargan toda la vida un mismo libro. El libro, el proyecto. No quedarse sin libro, no quedarse sin proyecto, no quedarse a la intemperie, en la tormentada de los días.

Una mujer, un libro, una ciudad. Los viejos mitos del escritor. La mujer, la ciudad en quien se detiene el tiempo. El libro, hecho con el propio tiempo de la propia vida. El empleo del tiempo. Pero el tiempo se escapa de los libros de las mujeres, de las ciudades. Sigue fluyendo. Cestas para el agua del tiempo. Y el tiempo se escapa. El escritor conduce de prisa, conduce despacio. Se le enciende el pelo de chispas grises. Se le agudiza la nariz, le duelen las manos al volante. Se le crispa la boca, sufre.

El escritor, el amigo. La sangre del escritor es tiempo. La sangre del pintor es luz. El escritor, el pintor, los amigos. Vidas que arden ante mi vida, tiempo que se consume y corre. ¿Asisten ellos al espectáculo de mi tiempo, a la hoguera de mi vida? Damos una luz, al extinguirnos, que sólo ven los demás. Nosotros no la vemos. Vamos en llamas por la vida, y nadie nos avisa del incendio, por no asustarnos. Pero cómo nos ven arder. Como yo veo arder al escritor, al amigo. Vamos entre luces, entre noches, hacia

no sé dónde, por la ciudad, hablando, soñando, dentro del coche, lentamente, contra el hielo, el miedo, la sombra, pasando huecos inmensos de tiempo, calles dormidas, multitudes.

Nieva otra vez.

EL niño en la prisión blanca de la clínica, en manos del dolor, manipulado, pinchado, dolorido, el niño entre los niños que sufren. Han entrado en la vida por el túnel amarillo de la enfermedad. El niño, mi niño, está ahí, sufriente, enfrentado a un miedo, a una magnitud superior, y lo llevan en alas blancas y sucias, lo traen en amas duras y sonoras. Me resisto a amar una creación donde los niños son torturados, escribió el francés, y lo recuerdo siempre, y lo repito, cuando el niño sufre. La creación, siniestra y mayúscula, doliendo en la carne de un niño. El encarnizamiento inútil de la vida contra la vida. Cogido en las fauces del dolor, mirado de cerca por la muerte, al niño se le rompen los ojos en cristales, se le ahuesan las manos, perdida su calidad de flores, y le viene la blancura inhumana del terror. El universo es una geometría inútil, una matemática obstinada y loca, que se cumple ciegamente, que se demuestra a sí misma vanamente, y en todo este juego de fuerzas ociosas hay siempre un niño que sufre, una víctima. El dolor de los niños, el dolor de las plantas, el dolor de las bestias. Qué tres dolores insufribles. El niño sufre como las bestias y como las plantas. Dando vagidos y perfume. La clínica es un corredor verde donde el dolor se hace razonable por n momento. La ciencia ha racionalizado el dolor en una medida discreta, y de eso se envanece. El universo, la creación, prodigiosa máquina de errores, sistema perfecto y cerrado de equivocaciones, es un gran absurdo que equivale a una gran razón. Funciona. Funciona con el dolor y la muerte de los niños, lubricado de sangre niña y fresca. Me llevo al niño, dolorido y lánguido, lejos del gran absurdo organizado, a nuestro pequeño rincón de sinrazones, al cubil de la ternura. Viene aterido de miedo, perplejo de frío, y empieza a poner orden —su orden cálido y anárquico— en las cosas. De pronto, aquello que soñabas siempre, y que luego se ha repetido tanto: una sala inmensa, rebosante, una multitud que te espera, como en los sueños, fronda de cabezas juveniles, hondonada de pechos, la expectación, con algo amenazante en el aire. El público, la gente, las mil cabezas y los miles de ojos que querías tener sobre ti, cuando adolescente, y que efectivamente están ahí, repetidamente, un día, otro, esperando, esperando, esperando qué.

Qué puedo yo decirles, cómo responder a esa expectación. La atención con que soñabas. Ya tienes la atención, y resulta que una multitud es siempre siniestra, aunque venga a beber en ti. Bosque shakesperiano, noche humana, el silencio o el rumor de mar, los inmensos vacíos y las altas montañas que puede generar la multitud, esa masa humana maleable, esa altamar de seres. Cómo hundirse en ellos, cómo pulsar el cuerpo inmenso y múltiple, con una palabra, con un gesto, para que ondule toda la superficie estremecida y poderosa del monstruo.

Soñaba esta atención, el niño, el muchacho, soñaba este silencio para su palabra, esta expectación para sí. Todo se ha cumplido como en sueños, y no es grandioso, ni hermoso, ni embriagante. Es más bien tétrico, sombrío, siniestro. Has conseguido que miles de cabezas se vuelvan hacia ti y no tienes nada que decirles. Es como si fueran a hacer presa de ti, en un momento, iracundos por el engaño, y a destrozarte. El sueño de ideal que portaba el niño, no es sino una sucia necesidad de dominio. Triunfar, lo que dicen triunfar, es sojuzgar. Todo éxito es agresivo. La gloria es un homicidio, la fama es una violencia, la popularidad es una agresión. Imponer un yo a otro yo, entrar en él, violentarlo, torcerlo, hacer que él se torne en mí.

Extraño oficio el del domesticador de multitudes, como el del domesticador de serpientes o elefantes. Hay una fuerza que está ahí, frente a mí, latente y plural. Y consigo hipnotizarla por un momento. ¿Es eso el éxito, una hipnosis? Seguramente sí. Cesará el encanto y serán libres, serán ellos. En la multitud hay muchachos que podrían ser mis amigos, muchachas que podrían ser mis amantes. Esa relación sería cordial, natural, humana, verdadera. La relación que establece la fama es falsa, monstruosa, sucia. Hay un sojuzgamiento. Veo cabezas rubias, cabezas grises, la forma alabeada de la juventud y la ceniza pulcra de la madurez. Nunca me acostumbro

a esta multitud ante mí.

Seré otro, seré agresivo, pulsaré el agua estancada en que los he convertido, en que los he hechizado, hasta que el lago profundo cante o ría conmigo. Pero yo estoy muy en lo hondo, triste, asustado, culpable. Convertir a una multitud en un estanque de ojos es humillar al ser humano, agredir a la especie. Como no tengo con qué responder a la expectación que he provocado con paciencia de años, les haré unas luminarias y que salgan del encantamiento antes de que despierte su conciencia de furia, de multitud, de monstruo. Ha venido el monstruo, sí, a cebarse en mí, me buscan sus ojos y sus bocas como pulpa humana. Porque ellos vienen a destruirme y yo vengo a hechizarles. Vienen a succionar un alma, a agotar una mirada, la mía, a beber en mis ojos como águilas, a atrapar mis palabras como el pez inmenso atrapa pececillos. No saben que les une una clave destructiva, porque la admiración también es destrucción.

Amor y muerte, amor y odio, amor y destrucción. ¿Y este amor de mil hombres por un hombre? La admiración, la expectación. Yo me afirmo a costa de ellos y ellos se nutren de mí, quieren alimentarse de mi alma y mis intestinos. Las admiraciones colectivas son odios sublimados, destrucciones no consumadas. Se asombra la Historia de que la multitud que adora a un líder lo lapide tiempo más tarde. No hay ninguna incoherencia en esto. Es la misma cosa. La adoración es una forma de posesión, y la posesión sólo se consume en la destrucción. O bien se destruye a un hombre, se le asesina en masa, y tiempo más tarde se glorifica su recuerdo.

Sólo podemos adorar aquello que hemos destruido. El cristiano tiene una clave de culpabilidad que es su mejor explicación. Se mata a un hombre, a un Dios, y ya se le puede venerar durante toda la Historia. El asesinato del padre, de los psicoanalistas, es siempre el comienzo de una religión. Toda veneración duradera necesita una levadura de culpa. Han venido a escucharme en multitud, y en multitud podrían lapidarme porque hay un apetito humano por lo humano que sólo se sacia con el delirio o con la sangre. Provocar el delirio de la multitud es defenderse de ella. Cuando cese el delirio, me matarán. El domador entra con una antorcha en la jaula de las fletas. Su vida durará lo que dure la antorcha. El fuego fascina a los leones. Luego necesitarán devorar esa fascinación, devorar al domador. La relación del hombre público con sus seguidores es de este orden. ¿Podría ser más clara, más sencilla, más pura?

No el miedo pueril de los conferenciantes tímidos, sino el miedo hondo que tiene el niño cuando ha despertado al perro dormido. Necesidad de despertarle y terror, luego, de verle despierto. Qué añoranza del incógnito, del anónimo. Qué sosiego, ir por la vida en silencio, saludando sólo a los amigos. Este gran bloque de expectación se deshilacha, luego, al final de mis palabras y me llegan los seres aislados, un estudiante, una anciana, un caballero, una mujer hermosa. Se ha roto el encanto, se ha quebrado el hechizo y ellos vuelven a ser personas, liberados de la acumulación y el bloque. Entonces, la expectación tiene su manifestación pequeña, cotidiana, un libro, una firma, un saludo, una sonrisa, unas palabras, una mano. Es la forma pequeñoburguesa e inocente de la popularidad. No es nada ni sirve para nada. Una cosa urbana, correcta, amable. La tragedia griega de la multitud degenera en comedia de costumbres: el escritor leído y su público. Cómo les amo ahora, cuando son otra vez personas, cuando tienen rostro y voz. Puedo entenderme con ellos. Pero ese fenómeno de ilusionismo, de espiritismo o de circo, que habíamos provocado entre todos, entre ellos y yo, ha sido como un sueño y, por fin, se ha desvanecido.

Qué vértigo, la multitud. Se comprende por un momento el vértigo de los políticos, que les lleva a la cumbre, a la guerra, a la muerte, a la caída. Qué tentadora, qué peligrosa esa multitud a merced de uno. Hay una angustia de inminencia, ante el cuerpo inmenso de la multitud, sólo comparable a la que se produce ante el cuerpo desnudo de la mujer. Demasiado propicio. Son un bosque, esos cientos de personas, y el pirómano secreto que llevamos en la sangre quisiera prender fuego al bosque. Hacer con todo

una manifestación, un himno, una bandera, una apoteosis, una guerra. El escritor, con la multitud, se limita a hacer una conferencia. El político hace un motín. Luego, en mi soledad, entre los libros, los silencios y el hijo, no son trofeos de gloria lo que encuentro en mis manos, sino un vacío, la conciencia de un gran equívoco, de un malentendido ni siquiera trágico. Un malentendido mediocre. Yo no soy el que creen que soy. Ellos no son los que creen que son. Sueñan que me admiran. Sueño que me admiran. Todo lo más, una conjunción de sueños. Nada existe. Yo no quería este destino de hechicero.

Mas la violencia está en la calle, el maretazo oscuro de la política, y pasa otra vez el ala nocturna del miedo, canta la sangre y el dolor, y hay grumos humanos, embolados, atropellos de luz en la luz, de sombra en la sombra. Algo está pasando. Así camina la Historia, hijo. A golpes, a traspies, con latigazos de sangre y gritos de odio. A días veo muy claro el progreso dialéctico del mundo, el ensanchamiento de la humanidad, las luces venideras del futuro. Pero a días todo está negro, hijo, cargado de inminencia, obcecado de fatalidad.

El mundo reposa en la explotación y se desplaza por la guerra. El mundo descansa en el explotado o avanza sobre cadáveres. Puedes elegir entre la esclavitud y la muerte. O ni siquiera eso. Eligen por ti. El hombre sólo ha sabido erigir escaleras de peldaños humanos. Todo se hace a costa de alguien. Enseñar Historia o grandes monumentos es enseñar crímenes. Vivimos sobre el terreno pantanoso de los explotados, pisamos las arenas movedizas de inmensas extensiones de sufrientes. Landas de sangre iluminan nuestro paisaje.

¿Avanzamos en círculo, en línea recta, en zigzag? ¿Avanzamos siquiera? Mira a un obrero de cerca. «Es tan persona que asusta», como dijo alguien de otra cosa. Hay tras él generaciones de esfuerzo, viene del fondo revuelto y gremial de los oficios, las epidemias y el hambre. Qué genealogía de pestes, qué siglos de Historia taraceados en sus manos, en su frente.

El ocio, la belleza, la cultura, borran el pasado. Los que se quieren insignes, nobiliarios, carecen realmente de tradición, de historia, como un objeto demasiado nuevo. En quienes está escrita la Historia es en los pobres. Todo puede leerse en ellos.

Batallas, trabajos, sufrimientos. La historia de las enfermedades y la historia de los monumentos. Todo está en el cuerpo de un obrero. Han movido el mundo. Han hilvanado en su pecho desnudo los fríos prehistóricos, las hambres medievales, la esclavitud romana, el esfuerzo gótico, la hoguera cursiva de las revoluciones y la geometría negra de las cárceles. Mira a un obrero.

La escritura musical de Beethoven y los sonetos miniados de Shakespeare. Todo ha sido escrito sobre la piel del pueblo, porque sin esas columnas de esfuerzo, sin ese subsuelo de sangre, nada se habría mantenido en pie. Pero cada obrero es una mina que estalla. La cultura luce sobre un campo de minas. Así, todo es provisional. Habría que hacer justicia, hijo, de una vez para siempre, no sólo por la justicia misma, no sólo por el hombre, nuestro hermano, sino por abolir la provisionalidad de la Historia, por darle un firme verdadero al mundo. Todo se ha fundado sobre un equívoco, sobre un engaño, sobre un malentendido, sobre una falsedad. De modo que nada se ha fundado verdaderamente. Nos sentimos provisionales porque pisamos víctimas. La Historia no ha empezado. El tiempo y la cultura sólo son un error. Dejaremos de ser provisionales cuando seamos justos.

No sé de qué te hablo, hijo. No sé de qué me hablo. Iba diciendo que hay violencia en la calle. El error, a veces, trata de consumarse. O bien el error aspira a la verdad. Quiere realizarse como error o redimirse en certeza. Hay un malestar en la cultura, como escribió alguien, pero no creo yo que sea otro malestar que el de nuestra provisionalidad. Hemos reducido al pueblo a un sueño. Le negamos su realidad. Y la consecuencia es que pisamos sueños. Nada puede fundarse sobre las aguas del sueño.

Pasan inviernos por la calle, presiento otra vez el aliento del pueblo queriendo cobrar realidad, la realidad que se le niega, queriendo romper el hechizo en que está encantado, como sueño o sombra, como masa o tierra. Pasan carnavales de sangre y comparsas de miedo. ¿Cómo accederemos, hijo, al mediodía?

Por galerías innecesarias, por cavidades húmedas, por domingos sin suerte, busco una y otra vez el cuerpo blanco y lírico, la mujer delgada que azota como un látigo de amor, y a veces, cuando caigo desalentado en cubos de madrugada, cuando desespero sonriente en camas de hojalata, surge, reclamada por mi soledad, la criatura de senos invisibles, de grupa musical, que se somete en el amor con la docilidad primaveral de las ciervas o las yeguas enfermas.

No sé si es el amor o la fuerza de mi soledad apremiante, no sé lo que la trae, no sé lo que te atrae, en tardes embalsamadas de dolor, bajo la sombra de mi vello adusto, y es entonces cuando los milagros del cielo, de un cielo bajo y descielado, se realizan en la tierra, en las grutas altas con claraboya marina, o en el vértigo de los patios donde un niño ha vomitado y una anciana ha secado la sangre del gato que acababa de asesinar.

Nada, por otra parte. La triste comprobación de que estas cosas también ocurren en la vida, un hombre que ha consumado todos sus sueños con extraña precisión de sonámbulo, y ese desnudo de mujer que alumbra, entre la manigua caduca de los viernes, sin demasiada luz, sólo con la claridad de alma que a veces tiene la piel, sólo con la curva tenue, pálida y joven, de un seno no logrado o un muslo desvanecido.

Por lo demás, días enlocados, páginas donde ha dejado su huella dactilar el tiempo o el polvo, abrigos que se caen solos de las perchas, como blandos suicidas, rincones donde viven periódicos atrasados y animales heridos, fiestas en las que arde un árbol inocente y ficheros de mil bocas, como dragones cuadriculados, devorando la perpetuidad del papel y la gomaespuma de la costumbre. Mi interior se alimenta de mi exterior, y viceversa. La muchacha se ha puesto un leotardo de humo porque tiene frío de sótanos en su esqueleto malva.

Por galerías innecesarias, por cavidades húmedas, por domingos sin suerte vuelvo a mi lámpara de siglos, y experimento en el vaivén de una mecedora la facilidad desconcertante con que se va la vida, la complacencia indiferente con que se cumplen los sueños, y esa angustia no excesiva de que todo está al alcance de la mano, que los sueños doloridos del muchacho no eran sino pequeñas realidades extrasemanales a las que volver de vez en cuando. Puesto que todo es así, puedes morir en cualquier momento con grandiosa futilidad, pues ya ves que el tiempo es expeditivo y la vida aligera trámites para quedarse de brazos cruzados, que es lo que más le gusta.

Muchacha, tu cuerpo era como un solo día de primavera tibia, delgado e indiferente, claro y dócil, y pasará entre los calendarios, lucirá un poco más bajo la palidez sombría de mi cuerpo, porque la lámpara muda de tu carne es ignorada por los días de lluvia, las calles malogradas y los vendedores de pobreza.

Estoy viendo vivir a una esfericidad. Glúteo y culo son palabras que le van bien. Esa aglomeración de la e y la u acentuada compone bien la elasticidad, la dureza de lo que se quiere sugerir. Estoy viendo vivir a una esfericidad. A veces ocurre que vas por la calle y la esfericidad se te pone delante. Ella va con su pantalón ceñido, generalmente rojo, y ni siquiera es necesario verle la cara para saber que la tiene adorablemente vulgar, con el pelo marrón corriente, los ojos grandes, pero no profundos, la nariz pequeña y la boca descarada. Una muchacha. Al principio, la esfericidad camina delante de nosotros, reparamos en ella varias veces, pero seguimos con nuestros pensamientos. Hasta que decidimos seguirla.

En la media tarde, solitario por la ciudad, como otras veces, estoy viendo vivir a una esfericidad. Esa aglomeración de e y des, esa elasticidad, esa manera de combarse y de vivir que tiene el cuerpo de la mujer. Naturalmente, no pienso acercarme a la

muchacha, ni hablarle. Pasaron aquellos tiempos. Sería un mal negocio, por otra parte. De lo que se trata es de seguir sus pasos, de ver cómo va y viene eso, cómo salta un poco dentro del pantalón. A la mujer que llevamos a nuestro lado no la vemos bien. La ven mejor los que van por la calle, los que se cruzan con nosotros, los que vienen detrás, sobre todo los que vienen detrás.

De modo que decido ser el que viene detrás. Esto es el arte por el arte, mirar por mirar, seguir por seguir. No tendría nada que decirle a la muchacha, salvo algunas imágenes literarias sobre sus esfericidades posteriores, y esto no iba a entenderlo. Quizá llamaría a un guardia, que tampoco iba a entenderlo.

El desinterés, el platonismo, la gracia de todo esto es que yo la siga un rato, que siga a esa esfericidad, que la vea subir escaleras mecánicas de grandes almacenes, doblarse por la mitad modelando el pantalón, apresurarse en los pasos de peatones, aparecer y desaparecer entre la gente. La esfericidad es perfecta, ni alta ni baja, más bien alta, en todo caso, con relación a la cintura, y más alta aún cuando salta un poco en los andares. La esfericidad es esférica, no alargada, no abombada, y está más cerca de la manzana que de la pera, como debe ser. Dos frescas mitades de manzana, dijo el poeta.

Es la hora de la media tarde, la hora en que yo debiera estar viajando en ese cometa quieto que es el cóctel de cada atardecer, con su cola de luces y damas, de copas y risas, gozando de lo que llamaremos mi pequeña gloria literaria. O sea, lo que me corresponde, aquello a lo que tengo derecho. Uno ha trabajado, ha hecho unos libros, unos artículos, unas cosas. Uno ha tenido constancia, paciencia. Uno debiera estar ahora recaudando todo eso, recibiendo sonrisas, felicitaciones, parabienes, el beso húmedo y falso de la gloria, la copa venenosa de la fama, el picoteo malicioso de la popularidad. Uno ha sido tan estúpidamente paciente como para perder el tiempo y la vida en fabricar rectángulos impresos de grosor variable, nunca con más entidad que una caja de puros llena. Uno podría ir ahora por la vida repartiendo y recibiendo puros.

A la mierda con todo.

Uno está aquí, en mitad de la calle, en invierno, cuando cae la tarde en la ciudad, lejos de la dorada y lamentable galaxia que le corresponde, viendo vivir a una esfericidad. A lo mejor me compro un cucurucho de castañas, y el papel de periódico se calienta en mis manos con el calor de las castañas, y la tipografía atrasada y mentirosa se recrudece, y todo ello me huele a tinta impresa, que es al fin y al cabo el olor de mi vida, de mi trabajo, y las castañas asadas me huelen a infancia, que es mi única verdad.

Como castañas y me alegro cuando no me salen podridas o locas. Como castañas y voy detrás de la esfericidad, y atravesamos, la muchacha y yo, uno detrás del otro —procuro que ella ni siquiera me advierta—, almacenes, tiendas, escaleras, metros, calles, cafeterías. Sólo quiero ver una vez más el prodigio de una adolescencia que se redondea y canta, la vida nerviosa y dura, ese lujo innecesario de la vida que es el cuerpo de la mujer, de la niña, esa curvatura ociosa, perturbadora por gratuita, que tiene de pronto la criatura, un adorno, un asa de la naturaleza que no sirve para nada, que no contribuye a la marcha de las especies ni al comercio de las mercancías. Pero que va siendo una de las pocas verdades diarias y ciertas que atisbo en el disparate de vivir. Como castañas como otras veces voy con una barra de pan en la mano. Llevo el cucurucho de castañas en alto como algunos mediodías llevo el pan, la barra dorada en el día azul. Magritte, que era un surrealista modesto y genial, belga e iluminado, pintaba barras de pan voladoras por el cielo azul.

Me siento un Magritte, un personaje de Magritte, un cuadro de Magritte cuando voy con mi barra de pan a través del mediodía, como con una lanza de oro obrero para arremeter contra los gules del cielo. Vivo dentro de un cuadro de Magritte y soy el vecino que pasa, me fisgo a mí mismo en los escaparates y el pan que llevo en la

mano me emparenta con el pan que iba a comprar en la infancia, porque el pan siempre es el mismo, y vuelvo a ser aquel chico que hacía recados. En lugar de la gloria literaria del mediodía, ir a comprar el pan y pasearlo por la calle, como se pasea un periódico doblado, porque la barra de pan es el periódico doblado, porque la barra de pan es el periódico de la panadería y trae las últimas noticias de lo que pasa en la tahona. En lugar de la gloria literaria del atardecer, un duro de castañas y el ver vivir a esa esfericidad, no porque yo haya renunciado a nada, ni porque hubiese nada a lo que renunciar, sino porque yo soy el hombre de la calle, el señor que pasa, ése que yo veía pasar de niño.

De niño, yo veía pasar a un señor tranquilo, en el atardecer, sin prisa, dueño de sí, y le envidiaba, y quería llegar a ser aquel señor, y creo que ya he llegado o estoy llegando. O sea, que todo consiste en lograr esa despreocupación, esa facundia, esa indiferencia, ese dejarse llevar por el oleaje manso de la ciudad en el anochecer, a ver qué pasa. Con una barra de pan en la mano, poniendo oro en el escudo del mediodía, o con un oscuro revoltijo de castañas en la noche, echando humo, me libero del gran error literario y estoy viendo vivir a esa esfericidad.

Cruzamos luces, noches, esquinas, gentes, y esa doble esfericidad, o esfericidad partida por dos, según los momentos, tiene gracia, agilidad, nerviosismo, altura, juventud, optimismo y alegría. Es conveniente que el pantalón sea rojo, y que ella haya salido a cuerpo, a pesar del frío, y que el pantalón le esté ceñido, ajustado. Lo que le imagino cuando anda, y el movimiento selvático que le imagino cuando se detiene y reposa. En fin, lo demás lo hace la locomoción. Y la inmovilidad escultórica abundancia correcta y graciosa de la vida. Nada más que eso. No quisiera hablar con la muchacha, ya digo. Seguramente iba a decepcionarme, pero tampoco es por eso. Ni siquiera le he visto la cara, apenas. Sólo el perfil, en algún momento, el ojo bosquimano en el rabillo pintado. Aunque la chica fuera genial. Qué pena si fuera genial. Sólo quiero ver vivir dos masas de vida que cantan en libertad, gemelas, parejas, armónicas, imprevisibles. Todo lo más, le haría a la niña las uñas de los pies. Y me pregunto si alguna vez le he hecho las uñas de los pies a una mujer. No sé. Lo he vivido o lo he soñado. Lo he leído o lo he imaginado. Tomar sus pies blancos, de una materia pueril y saludable, hacer algo con aquellas uñas. Pintarlas, cortarlas, no sé.

Acariciar el pie, el pequeño animal, la bestia muda y breve, la alimaña graciosa con sus cinco armas breves. Sólo eso. Los pies de una muchacha, cuatro dedos como cuatro niños dormidos. Un dedo que se quiere más adulto y agresivo, un dedo efébo, con algo del torso desnudo de no sé qué adolescente. Y la coraza de la uña. Un pie de muchacha. Esta muchacha, su prisa, el momento en que desaparecerá de mi vista, para siempre, o el momento en que dejaré de seguirla, sin cansancio ni razón para ello. Qué bien, lejos de la astronomía convencional de las fiestas literarias. Qué lejos del que creen que soy, del que esperan, del que conocen, del que aman, del que odian. Qué bien lejos de mí, de ése en el que torpemente me he convertido. Cómo se aleja, cantando en rojo, esa esfericidad. Los surrealistas creían en el vagar por la ciudad y en el encuentro mágico de la mujer. A mí me basta con la mujer de espalda. Ni siquiera he necesitado verla de frente. Cómo se aleja, viviente y pugnaz, esa grupa de muchacha.

MI madre me cortaba las uñas, tomaba a veces, de tarde en tarde, no sé, la tarea íntima y delicada de recortarme las uñas, de reducir mis garras infantiles, rotas en pico, sucias, feroces, a la curva limpia y breve de una uña humana, cuidada. También me recortaba la cutícula. Como el lento crecer de la cutícula, iba yo creciendo en ella, tapando su vida, eclipsando la media luna blanca de su alma, y ahora soy yo, padre, madre (hay momentos en que el padre es también madre, como la madre es también padre, y la paternidad o la maternidad perfecta han de participar también de lo otro) quien recorta las uñas al hijo. El lento crecer de la cutícula, ese cartílago de bosque que horra las uñas de mi hijo, sus manos llenas de raspones, negruras, picos y flecos. Se las tomo de vez en cuando, como si tomase dos sapos amigos, con flores sucias, se las aprieto, se las lavo del humus del mundo, se las corto y recorto. Eso es la vida, quizá, esa sucesión, ese manicurado familiar, esa intimidad diatrófica, una ternura que viene del fondo de los tiempos. Quién le hacía las uñas a aquella niña de pueblo que fue mi madre, quién era ella cuando me las hacía a mí, y cómo es ella ahora, ella en mí, quien se las hace al niño, a mi hijo. Le corto las uñas al niño, no sólo por cortárselas, sino porque cuando lo hago despierta ella en mí. Hay actos, conjuros, ritos pequeños y secretos que pueden resucitar a un muerto, hacerle vivir dentro de nosotros. Toda imitación es una posesión, dijo alguien. Imitando al muerto, el muerto nos posee. Es la única manera de que vuelva al mundo. No hay otro medio. Mi madre en mí hace las uñas a su hijo, que es el mío. Como yo ya no soy yo, que soy ella, mi hijo es ya el suyo, directamente, desaparecido yo.

Soy enlace, así, entre dos seres que no se encontraron nunca, distantes en el tiempo. Soy el médium que sabe desaparecer cuando ha reunido dos espíritus. Guardo en algún sitio las tijeras pequeñas y melladas con que ella me hacía las uñas. Ya no sirven. Pero no importa. Aparte el fetichismo de los objetos, mediante este ritual sencillo de cortarle las uñas a un niño he conseguido que ella reencarne en mí, y reencarnar yo en el hijo. Están frente a frente, ella y yo. Están ella y yo, en un rincón del hogar, reunidos. Yo, entonces, qué soy, quién soy. Soy el que mira, soy lo que mira, soy la mirada misma del hogar, la conciencia de la familia.

Les veo como les ven las cosas. Como les ven los muebles y los libros que, siendo otros, son los mismos. Están ella y yo. Estamos él y ella. Puedo decirlo de mil maneras. La gramática es cómplice del alma. El alma sabe mucha gramática. Oficio de ternura, homenaje a un niño, ritual en la sombra, y las manos de un niño, que quieren ser bosque, reducidas de nuevo a la realidad rosa y razonable del hogar. Estoy oyendo crecer a mi hijo. Un hijo es la propia infancia recuperada, la pieza suelta del rompecabezas. Lo que no viví en mí lo vivo en él, lo que no recuerdo de mí es él. Él es el trozo que me faltaba de mi vida. Yo soy el trozo que me faltaba de mi madre.

DIBUJA, el niño, escribe, hace sus primeras letras, sus primeras figuras, y es como cuando el hombre primitivo comenzó a miniar la roca de la caverna. Su caligrafía salvaje (en todo niño hay un salvaje perdido) y sus dibujos tienen el temblor de una primera delineación del mundo. Todos los niños dibujan igual, no sólo porque su personalidad no está hecha, sino porque el niño vive en el fondo común y feliz de la especie. Se parecen todos los niños como se parecen todos los folklores y todas las culturas primitivas. Bien sabemos que la individualidad es una conquista o una perversión de la cultura. El niño se mueve todavía en el lógamo anónimo. Todo niño es un anónimo, un primitivo, no porque lo que hace lo haga ingenuamente, sino porque su arte y su escritura nacen todavía del fondo común, indiferenciado, arcádico, de la especie, de la humanidad. Como la artesanía, como la cerámica, lo que hace el niño no tiene nombre propio, no tiene firma, aunque el niño lo firme muy claramente, muy implacablemente, con la tozudez de un nombre recién conquistado.

Ceramista, el niño, artesano anónimo, pertenece al gran gremio de la infancia y nada más. Tiene el estilo párvulo, que es el más puro de los estilos, y de ninguna manera es un naif, como Rousseau no lo era ni pensó nunca serlo. Todo niño, sí, es un salvaje que echa de menos su tribu, que se ha perdido en la jungla de los adultos. Y esas señales que va dejando mi hijo en el papel, en la pizarra, ese rastro de líneas, números y letras, más que un mimetismo de la cultura adulta, es una recreación del mundo desde sus supuestos salvajes, un primer afán de interpretación y entendimiento. El cuatro que dibuja mi hijo no es un cuatro, sino la afirmación de una óptica, una fe de vida. Porque, precisamente por moverse en el reino del anonimato, de lo primitivo y comunitario, el niño no hace signos por los signos, sino que los hace por sí mismo, se afirma, se reclama en cada número, en cada letra. No es esto contradictorio con la idea de anonimato y primitivismo, sino una misma cosa. El arte primitivo afirma colectivamente, se hace por algo y para algo. En él hay un alma común que se expresa.

Sólo en el arte culto, adulto, posterior, el código importa más que el mensaje. El adulto hace un cuatro cuando tiene que contar cuatro. El niño, en su cuatro, pone el alma y la vida. Se lo juega todo en cada cuatro, como el hombre primitivo en cada ciervo.

Él cree que está aprendiendo los números, o quizá ni siquiera lo cree. Lo que está haciendo, en realidad, es dejar huella de sí —de un sí mismo que es aún colectivo, infantil, puro—, señas de identidad, datos de su presente. El cuatro, para el niño, no puede ser un valor abstracto. Para el niño no existe lo abstracto (ni para el hombre: lo abstracto es una ilusión filosófica de la que ya estamos cayendo). El cuatro para el niño, es una silla o una escalera, no sólo por juego y plasticidad, sino por la sencilla razón de que las sillas y las escaleras existen, mientras que los cuatros no existen.

Mi hijo hace su cuatro, su alfabeto, sus fieras, y toda la infancia vuelve a mirarse en su pizarra. Una cosa egipcia y etrusca y salvaje y sensible, que es el primer barro del alma humana, está ya ahí. O desea «que las medicinas no se confundan de niño», entrando así en el animismo primitivo, dándoles alma a las medicinas y quitándosela a sí mismo. Haciendo surrealismo vallejiano, cultura, sin saberlo. Como no existe, en puridad el pensamiento abstracto, lo que yace en el fondo del hombre es el jeroglífico, su escritura natural con imágenes, y nuestro alfabeto y nuestra numeración abstractas toman aire de jeroglífico en el cuaderno del niño, que está realizando el esfuerzo cultural gigantesco, con sus manos torpes y obstinadas, de adaptar un código a otro, de meter en nuestras estrechas abstracciones toda la vastedad de imágenes y formas que es el alma misma de la especie.

Los días se desprenden de mi cuerpo como la carne de los leprosos. La herida del tiempo. El tiempo es una herida, sí. He empezado, hace no sé cuánto, a sentir el tiempo como una celeridad, a ver la vida de principio a fin, estática y completa, mediocre. Pero ese estatismo coincide paradójicamente con la sensación de celeridad,

de prisa. Esto se acaba, pero siempre se está acabando el tiempo. Una congoja que dan los grandes días de sol, una fruta que madura en veinticuatro horas y cae podrida a los valles del tiempo. Nada.

Quizás, en el túnel lluvioso del invierno, el pesimismo y la humedad retienen el tiempo, alargan la vida. Tenemos entonces conciencia de ser desgraciados, o de ser inútiles, y nuestra inutilidad nos hace eternos. Inútilmente eternos. Pero en cuanto asoma la dicha, canta la luz o rueda el sol, el tiempo se deshiela, digamos, el gran iceberg se desliza y se deslíe. Es cuando los días se desprenden de mi cuerpo como la carne de los leprosos. Y son pústulas de oro, vetas enteras de mi vida, geografías de mi cuerpo que entierro para siempre. A veces se consigue la sensación óptica de que el tiempo está quieto, y se da con el fenómeno o el espejismo de lo circular, y un día es igual al otro, y entonces se tiene la angustia de la circunferencia, pero no hay transcurrir, no hay arrastre hacia la muerte.

En una de esas glorietas de tiempo quieto, aparece a veces el escritor, una hilacha de esa vida literaria que está lejos y cerca, un deleznable compañero que no nos ha acompañado nunca en nada. Viene de su fondo de erudiciones húmedas y amores homosexuales, viene de su garita literaria con mohos en los dientes y piedrecillas en el pelo. Trae su alma de tabaco infecto, su sonrisa de niño viejo, sus ojos de chino intelectual, su fracaso, su untuosidad, su elegancia sobada y pobre, y lo que destila es odio y halago, amor y fracaso, resentimiento y melancolía, una agresividad rancia y una adulación innecesaria y mojada. No quiero nada con él, lo escucho, le veo marchar, dentro siempre del proceso de su frustración, cavando sus propios túneles, los que dan a su tumba, volviendo al tronco de árbol podrido del que salió un momento para hacerme esta visita sonriente y enferma. Es uno, son miles. El pudridero literario está lleno de ellos. Locos fijos, envidiosos, perfumados, enanos con miopía, toda clase de tipos, las innumerables formas de la frustración, porque la frustración puede tomar incluso la forma de un triunfo mate, voluntarioso y feo. Tullidos intelectuales, catarrosos de alma, neurasténicos, homosexuales de la sabiduría, tontos. Hay de todo. Y viene uno cualquiera, desvalido y pretencioso, y me deja sobre la mesa su charco de erudición y baba, y se va hacia la noche de los tiempos, fuera de mi luz, lejos de mi luz, en la que se ha quemado las alas un momento, sus sucias alas de volar en las bodegas.

Luego, el tiempo vuelve a cerrarse en torno de mí, como un anillo, mientras escribo, viajo, hago el amor, leo, paseo, sonrío, hablo con mi hijo y voy pasando las hojas de este libro. Pero el sol me arranca los días de la piel. El sol es como una enfermedad. El sol es como una enfermedad. El sol es la gran enfermedad del mundo, y la luz es siempre una recaída. Tengo la conciencia clara de que el tiempo pasa, y esto no se consigue así como así. Duermo mal y también en la noche sé que el tiempo pasa, y así estoy de incómodo. Lo que hay que conseguir —a veces lo consigo— es acompasarse con el tiempo, no ir ni más de prisa ni más despacio que él.

Porque el tiempo tiene un ritmo, un compás, y no hay que perder el compás. Durante unos días consigo ir en sus aguas, placentero, llevado, tranquilo. Y entonces es cuando salen las cosas y mejor se ve el mundo, porque el mundo hay que mirarlo como la orilla del tiempo. Ser un contemplador de orillas.

En un viaje a provincias, en una salida al mundo, en una aventura por el campo, miro esos espacios muertos de las estaciones, el hueco de un vagón de mercancías que estuvo mucho tiempo ahí varado y ha dejado un vacío rectangular y soso. Miro los caminos del campo que van hacia el crepúsculo, esa roca que estampa su gesto contra el cielo, durante siglos, en un manoteo inútil, fijo, largo y grandioso. Miro el campo llano al que le cae una sombra de no se sabe dónde, desde el cielo sin nubes, una sombra como una mancha del sol, por la que se ve que en el sol no todo es luz, que no es luz todo lo que alumbra. Miro el mar del invierno, en las ciudades de allá arriba, la labor

pastoral y feroz de la espuma, su ir devorando la vida y la costa con una paciencia de agua, miro la soledad del mar, el silencio de las rotativas en los periódicos dormidos, el alón cansado y polvoriento de los aviones, mate de estrellas, miro el pan partido con una víctima, el domingo de las oficinas, las formas imprevistas de mi pelo, el campo, que ha dejado sus dientes tristes en mis botas, la torrentera de mis muslos, ese gesto vacío que tienen las mujeres cuando toman conciencia de un hueco en su carne, miro los libros que se adensan de polvo y entornan sus letras en las librerías donde no voy a comprar nada, o esa primera inutilidad de la ropa de invierno en un inesperado día de sol, el abandono húmedo con que nos espera, las papeleras con la satisfacción del deber cumplido, llenas de papeles y cintas de máquinas viejas, los juguetes de lo alto del armario, que mi hijo ni alcanza a ver y que nunca pedirá, la docilidad de las puertas, la serpiente marrón de nuestras interminables defecaciones, el color azul de algunos zócalos, nunca igualado por nadie, los pueblos solitarios, con un palacio abandonado, como un barco hundido hacia arriba, en los aires, por el que pasan peces de sol y aguas de atmósfera. Y nada de eso es el tiempo, sino sólo el paso del tiempo. Miro el descenso de los ascensores visto desde dentro, el despertar de las cocinas, donde la cena de la noche anterior ha tomado ya aspecto de crimen, los perros que me miran mientras defecan en la vía pública, con unos ojos de paz y egoísmo, los quioscos fragantes de actualidad, el desayuno oscuro de las viejas, la hierba que crece a ojos vistas por la mañana, las teclas de mi máquina, como un armonium desguazado, el humo de la comida del mediodía, a través del cual ve mi infancia, el color de tela triste que tienen las cuatro de la tarde, la agonía de las ciudades en el anochecer, cuando un viejo está matando a una vieja sin que nadie lo sepa hasta el día siguiente, miro mi edad en los espejos de las tiendas, el sueño de mi hijo, la lluvia sobre los faros olvidados de un automóvil, la serpiente de grasa dormida en las traseras, y nada de eso es el tiempo.

LA fiebre, ese fuego secreto que mi madre buscaba en sí, que buscaba en mí, como luego me lo buscaba yo mismo, como lo busco ahora en mi hijo.

La fiebre, la llama quieta que crece por la sangre, ese miedo que me asusta como nada, ese quemarse el cuerpo y la vida en un incendio lento y mudo. La fiebre, por qué la fiebre, de dónde, y sus crepúsculos internos agrandándose hasta los ojos, torturando las sienas haciendo restallar las manos.

La fiebre del hijo, el fuego en que me arde, la hoguera inexistente en que se quema, el abismo rojo donde le pierdo. La fiebre y el horror. Cómo se puede vivir en el horror. Se puede. La muerte en torno, la fiebre ondeando sus fatigadas banderas, el miedo. Pero se puede vivir —y esto es lo atroz— en la entrada misma del horror. También el horror puede llegar a ser de alguna manera confortable. Tener a un ser en la muerte es tenerlo ya seguro, a salvo, fijo, como una estrella, libre de todos los peligros, más allá de todas las riadas de la vida.

Comprar una lámpara, un día se sale a comprar una lámpara, tenemos que comprar una lámpara, y se vuelve a casa con la fiebre, con el mal, con el miedo. Esas cosas de que se hace la vida. Dar un paseo, comprar una lámpara. Todo eso que veo ahora, en medio de la noche, tendido, despierto, con los ojos en la tiniebla. El insomne sorprende su propia vida, asiste al curso subterráneo de su existencia, desciende a las bodegas secretas del ser, mira la luz del vivir desde la cámara oscura de la vigilia, ve los días desde la noche, mira la vida desde la muerte. Así lo contemplo todo, ahora, la fiebre del hijo, la confortabilidad del horror, todo lo que nos pasa, y mi vida desaparece en la horizontalidad, sólo soy una mirada sobre el tiempo. La lámpara, comprar una lámpara, a veces, en la casa, falta una lámpara, y se sale, se va a las grandes tiendas, se busca la lámpara entre las lámparas, se habla con dependientas, encargados, gentes, por las catedrales confusas de los bazares, se desenmaraña el lío de músico, ambientadores, precio fijo y sonrisa menstrual de la cajera, y se vuelve a casa con la lámpara. Ya está ahí la lámpara, clara, nueva, tersa, creando un engaño de luz fácil, incendiando pacíficamente la vida. Reponer la lámpara es como reponer el aceite de la lámpara, eso que hacían los antiguos. La casa luce de otra forma, nos vemos todos de otra luz, de otro color, con la sonrisa desentrañada por la lámpara demasiado nueva y refulgente.

La lámpara apagada luce encendida en mi desvelo. El hogar tiene una dimensión nueva con la nueva luz, pero en seguida iremos poblando esas zonas inéditas de la lámpara. Parece que esa luz distinta, como un día de sol, nos salva de algo. Pero la vida va oscureciendo lámparas, matando resplandores. Mi casa es una lámpara nueva y el hijo con fiebre. Mi vida es la luz y la muerte. La sombra y la vida. Y la lámpara.

Hemos puesto una lámpara en el corazón del terror. El niño, los niños. Todos son mis hijos. Haber sido padre una vez es haberlo sido y seguirlo siendo por los siglos de los siglos. Lo glorioso y lo espantoso es que todos son ya mis hijos, que todos son torturados por la vida bajo mi paternidad. Todos los niños son el mismo niño. Sufre uno, sufren todos. Así como mi hijo es hijo de la humanidad, yo soy padre de todos los hijos, a mí me los matan, me los quitan, me los abrasan.

Un niño es una lámpara de vida. Un niño es un aceite inextinguible. Cómo arde y chisporrotea y muere la candela de su vida, el aceite de su risa, en el fuego de la fiebre. Lamparilla, el niño. Niños de luz en el redondel de la lámpara. Luz de niño, carne de lámpara. La luz es el cuerpo de la lámpara. Los niños son lámparas de la vida. Cambiar la lámpara, comprar una lámpara. Y el fuego, el miedo, el insomnio, el terror, el niño, la fiebre, el miedo. Tendido en la oscuridad, solo, veo mi vida como una historia de nubes. Nada existe, nada ha existido, y lo escribo todo para que de alguna manera exista. Si me levanto, si bebo agua, si enciendo la lámpara, si miro en torno, si profano la luz, asisto a la demolición nocturna y secreta de las cosas.

El agua en la boca, repugnante. La sangre en la boca. Las sábanas, tibias de mí,

heladas de noche. Apago la lámpara y, por debajo de mis párpados cerrados, siempre mis ojos abiertos. Por debajo de mis ojos cerrados, siempre mi mirada abierta. Por debajo de mi mirada cerrada, siempre mi alma abierta. Algo mira desde mí cuando ya no miro nada. Cuando ya nada, en mí mira. La noche, el miedo, el niño, la fiebre, la lámpara. Se puede vivir indefinidamente en el terror. Se puede.

Los inmensos telares de la literatura, extendidos ante mí, abiertos, palpitantes, cuando leo o escribo. Salvación única, tarea febril. Ser la lanzadera y el hilo, el ojo que mira y la mano que teje. Quedar convertido en instrumento, en oficio, en tarea. Hacer de la vida un tapiz, porque la muerte no se merece la vida y no hay que reservársela. La literatura es al mismo tiempo el reino de la gran actividad. Todo en él está vivo porque todo está muerto. Cervantes y Proust no van a fallecer nunca. Sus personajes tampoco. Ellos son sus personajes. Como nunca han sido, nunca morirán. La literatura es el reino de la salud perenne. Cuando el mundo se me nubla de dolor, el idioma no es sólo el oficio, sino también la patria. El idioma, la literatura, lo que escribo y lo que leo, lo que me escribe y lo que me lee. Leo a los clásicos en la misma medida en que ellos leen en mí. Leen al hombre que soy ahora, lo interpretan, lo iluminan, cuando yo los estoy leyendo. Aprenden de mí y cobran nueva dimensión con mi lectura. El torrente del pensamiento, de la cultura, es un río en que puedo hundirme a capricho, en que puedo ahogarme para salvarme. Nadie se baña dos veces en el mismo río de palabras. Los idiomas están fluyendo siempre. A ellos vuelvo cuando la vida abrasa. En ellos me refresco y canto. Tengo un alma lustral que va en ellos. Leer o escribir es ya la misma cosa. Es entrar en la rueda que se torna manantial, en el manantial que se torna paisaje, en el paisaje que se torna libro. Algo que viene de muy lejos, muy anterior a mí, y que seguirá fluyendo después que yo muera.

Habito, así, la continuidad de la cultura, el círculo que es la costumbre del infinito. No ser nadie en la cultura. Mejor no ser nadie. Una abeja más en la inmensa colmena de las palabras, un obrero anónimo en los telares del idioma. Toda la torrencera de una lengua ha pasado a través de mí, con sus clásicos, sus primitivos, sus anónimos y sus poetas. Trabajar en literatura es trabajar en un molino inmortal. Tomar contacto con el filo deslumbrante de lo eterno. La literatura, el pensamiento, ahora lo sabemos, no son inmortales por su sentido moral, por sus pretenciosas verdades pretenciosamente enunciadas, sino por esa moral más profunda de la estructura, de la continuidad, del trabajo. La eternidad del idioma es funcional, es continuidad. Está siempre haciéndose y deshaciéndose. Hay tantos mares como idiomas. Trabajo en el idioma y el idioma trabaja en mí. No es una ilusión de eternidad, sino, más sencillamente, un compromiso con la continuidad.

O salgo a la calle, en el día quieto, y el presente es una hoja nueva de árbol, con sol frío, y el día resplandece, pero el dolor arde en su centro, duele en su entraña. Hoja tierna del cielo, presagio de primavera, hielo alegre del domingo, vida mortal y rosa. Es el frescor germinal de una historia, el viento matinal que todavía busca algo por el mundo, y que luego, a la tarde, cansado y vencido, ya no buscará.

Como yo mismo, luego, a la tarde, o en el anochecer puro y lúcido, hablo solo por la calle, converso en voz alta con mi vida, voy y vengo, digo cosas, y el que habla desde mí no es el yo convencional de todos los días, sino que en ese diálogo de loco aflora un golfo malhablado que llevo dentro, canta un paria, se libera el callejeador anónimo, dice tacos, blasfemias, juramentos, ríe y llora, escupe.

No hablar solo para decir sentenciosas verdades, sino para sacar a pasear al pobre patán, al loco que uno es, al chico que voceaba su miedo y su rabia en los anocheceres lóbregos de la infancia. Mis «multitudes interiores» hablan en mí, se quitan la palabra, y luego vuelvo a casa, liberado y silencioso, como si hubiera dejado atrás a toda esa turba callejera que soy yo mismo, en lo más hondo.

Hablar solo, con palabras gordas y elementales, sacar afuera trozos de mis ruinas interiores, pasear en la mano un feldespato de subconsciente, vocablos mineralizados y trozos de madera verbal. Raíces y musgos. Bandas de golfos, gritones callejeros afloran en mí cuando hablo solo. Y no lo hago porque espere hablar a Dios un día, ni porque diga Dios, que siempre está callado, ni por buscar a Dios entre la niebla. Lo hago como abriendo desvanes, aireando baúles, dejando correr todo ese légamo de obscenidades y rencores que es la propia vida. Hablar solo, silbar, cantar, llorar, por las calles negras de una ciudad, a primera hora de la noche. Una cosa que he hecho muchas veces en mi vida. Un paria con las manos en los bolsillos y los bolsillos vacíos. No una soledad metafísica, sino el paseo que se da el barrio alrededor de sí mismo. Y otra vez a casa.

PERO el niño es sagrado. La vida se sacraliza en los niños, tiene su instante celeste y único en la carne dorada del hijo. Hay una acumulación de pureza, una aglomeración de tiempo y presente en el cuerpo desnudo del niño, en su vida desnuda, una decantación de la luz y de la palabra, y por eso la vida es sacrílega cuando profana al niño, cuando atenta contra él. La vida es suicida y necia cuando se encarniza contra el niño, se niega a sí misma, y el mal de los niños tiene todo el horror de una profanación. Un niño enfermo es una blasfemia que profiere la vida. Por el mal de los niños descubrimos que «la vida no es noble, ni buena, ni sagrada». Descubrimos lo que la vida tiene de alimaña ciega, de cebarse en sí misma. Casi todos los movimientos del universo son estúpidos, y el atentado contra la vida del niño es una destrucción de la única sacralidad de la existencia. La biología es blasfematoria. La sacralidad del niño es algo que alumbra milagrosamente en el universo, pero el légame original acaba siempre por decir su palabra horrible contra la vida. Un niño enfermo es la visualización del suicidio incesante de la especie, es, más que un crimen, una profanación, y después de esto sólo queda la mera rutina vegetativa, abolida toda posibilidad de ascensión del hombre a sí mismo.

MÁS allá está el horror, de tan alto, «de tan alto, sin vaivén». Porque en la cima del horror, como en todas las cimas, hay quietud, y es preciso haber llegado a lo más alto del horror para conocer esa quietud mortal, ese sosiego neutro que he conocido yo, esa plenitud inversa donde ya nada se mueve, nada duda, nada canta, sino que el corazón es una piedra desnuda y el pensamiento es una cinta muda.

Del otro lado de las cosas, en la irrealidad que ha marginado el tiempo, me muevo, hablo al hijo, escribo, paseo, compro pan, y la vida, despojada de su levadura de días, es una forma de actualidad espantable, de una precisión zurbaranésca, sin atmósfera. Actualidad total, intemporalidad, vida plena, pero todo en un espejo, movimientos sin música y palabras sin perfume. Sólo por el dolor supremo y por el placer supremo se sale del tiempo, se vive en un regato sin horas. Pero el placer es insostenible, como el dolor, en tanto que el horror —ámbito de lo uno y de lo otro, que no es lo uno ni lo otro— se prolonga indefinidamente y nos da esta única eternidad posible. Sólo se es eterno en el horror.

Es cierto que vivimos de treguas y que sólo tenemos treguas, pero una de estas treguas, de pronto, crece, se enlaguna monstruosamente, y es la vida toda. Hago la vida de siempre, vivo como todos los días, voy dando el largo rodeo de la costumbre, pero es como cuando nos comportamos con cautelosa naturalidad delante de un animal que nos acecha, para no sobresaltarle. Algo, desde algún sitio, nos vigila, nos codicia, y procuro que hagamos como siempre para distraerlo, para ignorarlo, para que nos ignore. Nuestra vida es la de siempre, salvo que es una vida mirada por el horror.

El niño y los colores. El otro día se sentó a pintar, con un papel sujeto a una pizarra, y estuve mirando la naturalidad, la frescura, la novedad con que el niño obtiene los colores. No hay inhibiciones para el artista infantil. Pinta y ya está. «Si el sol dudase un momento se apagaría», escribió Blake. Los niños son pequeños soles porque no dudan un momento. Mi hijo se pone ante el papel ignorando que hay siglos de pintura detrás de él. No experimenta el peso inhibitorio de la cultura. Acaba de inventar ese ademán, ese gesto, esa manera de pintar. Acaba de inventar la pintura.

Es asombrosa su serenidad, su falta de dubitación, su saber lo que quiere. Pinta, colorea, dibuja, moja el pincel aquí y allá, lo mueve sobre el papel con ligereza y libertad. No importa lo que hace ni si lo hace bien o mal. Importa esa maravillosa libertad del niño, la ligereza mental que le permite apoderarse del mundo sin esfuerzo. Así hay que crear. Sólo haciéndose como uno de esos pequeñuelos se entra en el reino de la creación artística. Se ha dicho esto muchas veces, pero es maravilloso comprobarlo, vivirlo. El niño pinta como hace música o cuenta, sin prisa y sin pausa (el niño sí que no tiene prisas ni pausas, sino un ritmo natural). Los colores que son colores industriales de droguería, falsos, le quedan brillantes, vivos, auténticos, valientes, encendidos. El niño es la creación sin angustia. Sólo él crea, dibuja, pinta, sin la angustia del creador, y esto es lo que nos fascina en las obras de los niños, por encima de su consabida gracia: la ausencia de angustia.

Ahora tengo al niño entre los niños enfermos, en el pabellón de las sombras por donde un pequeño saltamontes humano, niño roto e inquieto, o una niña destrozada por un automóvil, con su sueño de manzana pisada, bullen y mueren. Tengo al hijo pendiente de esa salud que gotea, de esa gota de suero, de luz, de vida. En torno de su silencio, el dolor del pueblo, madres jóvenes y oscuras como montes calcinados, hombres como pájaros hambrientos, de graznido triste, el fondo del mundo, el hondón de la existencia, la verdad pueril y desoladora de la vida.

Niños que sufren, niños que mueren, madres con los ojos pardos como lobas del pueblo, algo que gotea vida o muerte. Y nada más. Zumba el dolor en patios interiores, pasan mujeres con palanganas en la mano, orinan los niños su tristeza y huele el mundo a herida infectada. He ido, con el hijo en los brazos, llevados de la velocidad, hasta estrellarnos contra el fondo del silencio. Era como la visualización de nuestro

destino. Ahora lo tengo aquí, enfermo siempre, mirando por la muerte, y su gloria es el dolor de otros niños, el débil varillaje humano pinchando las esquinas de un lienzo pobre.

La mano pura que sabe crear colores de la nada, el loto infantil y breve que pinta el día con luces nuevas, cae ahora herido, con una aguja en su vena más fina, en una inmensa clínica de hierro donde los platos humeantes de muerte van solos, en multitud, por ascensores lentos, y la sangre que ya no es de nadie, anónima y sagrada, sueña formas de serpiente debajo de las lágrimas crueles. Me quedan los colores que ha creado el niño, oros enigmáticos de un Universo que se ignora a sí mismo.

El niño y la risa. La risa del niño. Su risa triunfa de la muerte. Cuando el niño ríe, el mundo se espuma, la vida se aligera y el sol se enciende. Pasa su risa como un agua ligera por encima de las cosas, riza la luz, alegra el día y establece una continuidad sencilla entre los seres que no puede ser destruida por nada. La risa siempre es comunicativa, funde a los seres unos con otros, los enjabona de contigüidad, pero con los adultos hay otros lenguajes. El máximo lenguaje, para con el niño, es la risa.

Llegar a su risa, conectar con su risa, provocarla o compartirla, es haber entrado en lo más infante del niño, en lo más niño de la infancia. La risa es su gran lenguaje, el primero y el más profundo, y sólo aspiro ya a encontrar la risa de mi hijo, a hacerla correr, a escucharla de lejos y de cerca. En la cripta que es un niño sólo se entra por la celosía de su risa.

De muy pequeño la literatura fue para mí lo que luego he sabido que se ha llamado la novela familiar de los neuróticos, la epopeya del niño expósito o del bastardo, una configuración ideal del mundo, un alejamiento de la realidad. Luego, a medida que la literatura se realizó en mi vida y yo me realicé en ella, creí que era, por el contrario, mi instrumento de posesión del mundo, la espada de mis conquistas. Ahora, con mi media vida consumada en la literatura, ésta vuelve a ser para mí lo que fue en la infancia y lo que realmente ha sido siempre: mi manera de no estar en el mundo, mi repugnancia hacia la sociedad de los adultos, hacia sus trámites, sus compraventas y sus transferencias. Ahora compruebo complacidamente que no he vivido. El sueño del niño expósito, la novela familiar se ha realizado en mí, se ha hecho verdad. Gracias a la literatura he podido mantenerme al margen de los mercados del hombre, e incluso cuando más de cerca parece que toco el mundo con mi prosa, estoy salvado y lejano en el mero arte de escribir, en el mundo cerrado que es la literatura.

No he vivido, no he tomado jamás contacto con los mercaderes y los carniceros. He prolongado mi infancia a lo largo de toda la vida, he salvado mi sueño y por eso mi vida no se ha perdido ni se ha frustrado. Nada puede pasarme porque no estoy en el mundo. La gran realización no es haber llegado a una cierta profesionalidad en el oficio —por donde podría volver a caer en el mundo—, sino haber consumado la novela familiar, el sueño expósito, haber abolido para siempre esa realidad de segundo grado que es el comercio y la calle. Esto, en la infancia, era sólo un proyecto. Ahora lo siento lúcidamente como algo conseguido. Moriré sin haber pasado por el mundo. Jamás he salido del ámbito mágico de la literatura, lo cual no tiene nada que ver con la torre de marfil. He vivido el mundo intensamente, pero literariamente. Escribir es sólo la exteriorización de una actitud y de una óptica. El escritor va por dentro.

LA terraza en esta primavera inverniza. La terraza, cuajada de invierno, como una alta cofa al norte del cielo. La terraza pequeño espacio extradoméstico, hierro, ladrillo y cristal. Un sillón de mimbre pintado de rosa, como un verano muerto y esquelético. Una bicicleta o un triciclo del niño, con algo roto, torcido, esperando la herrumbre del olvido. Los tiestos, unos tiestos secos, sólo de tierra, temblorosos al viento de marzo, eriales breves y redondos. Y piedras, porcelanas, cosas olvidadas, un mueble incoherente. Han pasado noches sobre todo ello, hay todavía un invierno muerto en la terraza, como un pájaro grisáceo caído del cielo inhóspito. Una cuerda insegura, una línea dudosa que empequeñece el mundo, que cruza el paisaje, una cuerda de tender que baila en el aire, mide precariamente el vacío y le da una dimensión doméstica al firmamento. El sillón de mimbre tiene un almohadón de pana verde, descolorida. La terraza es vida arrinconada, el hueco de un verano, el hueco de mí mismo, que en las tardes y en las noches del estío me sentaba ahí fuera con un libro o con mi diálogo interior.

El niño está lejos, yo estoy aquí, detrás del cristal, mirando, pero tampoco estoy. El verdor ha huido de los tiestos, soplado por una boca oscura. La terraza es un ataúd abierto, un precipicio de los días, un sobrante de hogar que festonea de abandono y polvo el fracaso de nuestra vida.

El niño y yo jugamos por pasillos blancos, en habitaciones blancas, en días blancos sin luz, blancos sin sol, como más allá de la vida y de la muerte. Jugamos a juegos blancos, fantasmales. El niño y yo somos irreales, tibios, en el día sin horas, en la luz sin sol, en el cielo sin día, jugando por pasillos blancos, ventanas blancas, habitaciones blancas, más allá de su muerte y de mi vida, solos y mudos, quietos en lo fatal. Todavía jugamos.

Porque tanto esfuerzo, tanta vida, tanta esperanza y tanta letra menuda han venido a parar en esto. Esto, de lo que querías huir siempre, y que espera al final de toda existencia. La casa fría, las habitaciones solas, un hogar encallado, una soledad como un naufragio, ropas tristes, abrigos como víctimas, cosas caídas del techo o del cielo, un reducto de libros y muerte por el que me muevo hablando solo, torpemente, buscando algo, buscándome, y la desesperanza de la chaqueta en una silla, vistiendo el respaldo con una inútil adecuación, como el remedo de una persona, de mí mismo, con pecho de mimbre y sin cabeza. Se han retirado las aguas de la catástrofe y estoy aquí, pisando humedades secretas, filtraciones letales, entre cuadros, libros, sillas, lámparas, como en la almoneda de mi vida, en la ropavejería que acaba siendo siempre un hogar, en la compraventa secreta de la derrota, en la chamarilería atroz a la que todos venimos a parar antes o después. Me sirvo un vaso de agua y espero.

Y entre todo el desorden miro las fotos del hijo, esa foto de una mañana en la sierra, el niño con un tazón en la mano, aquel desayuno, aquel día entre los días. Me mira por encima de la taza, por debajo del flequillo, con unos ojos grandes y lentos donde se cuaja la vida. El niño desnudo en veranos blancos, con espuma en el alma, estrellado contra los vidrios de la felicidad. El niño serio, quieto, en una gran foto, desvalido y grave, o esa otra imagen suya, en la terraza, a contraluz, con la risa adivinada, un tenedor en la mano, algo que le brilla, el apretado resumen de vida y gozo que es, que era todo él. Momentos del niño, instantes de su vida, ráfagas de hijo, fotos con animales, los grandes picos, las pesadas pezuñas, los hocicos amigos, el niño en el lodo gozoso de la vida, el niño disfrazado de otra cosa, colores y luces, una cabeza muy tierna, quizás un año de vida, cierta majestad que a veces tienen los niños a esa edad, el niño triste, el niño alegre. Entre todas las risas infantiles, la suya tiene para mí un doble fondo de tristeza, un quiebro de debilidad, algo que me la hace estremecedora y querida. El niño serio, en algunas fotos, de qué fondo le viene esa seriedad a un niño, la cabeza erguida, los ojos mortecinos, una energía incipiente en sus mejillas banales. El hijo en una ventana, con luz de mañana o de tarde, instantáneas de una vida erizada de instantes.

En la quietud de las fotos se ve mejor la movilidad de su vida. En el reposo de la cartulina fulgura la prisa que es la infancia. Al hilo de las fotos, este ser que ha nacido y ha cambiado ante mis ojos, sucesión de niños que son el niño, la infancia es una multitud, una aglomeración, una angostura. Cada cinco o seis meses el niño es otro. El niño es sucesivo. Creía amar a un solo niño y he amado a muchos, a uno distinto cada día.

Con dolor sordo, moviéndome siempre dentro de los límites de la herida, repaso la vida del hijo, sus imágenes, las bengalas que de su existir brotaban a cada paso, la fulguración del cielo en el metal de su infancia. Regato de vida desmandada escapándosele a la vida, culebreo de la alegría que ahora cesa. Hijo.

He dibujado en sueños, desde siempre, la gracia sin pasado de su alma, y he ido viendo luego, día a día, cómo los moldes del sueño se henchían de certeza. He profundizado hasta donde me ha sido posible la dimensión nueva que él abría en la vida, como un boquete fresco de verde música. Ahora palpo carne dolorida en mi alma y toda mi existencia transcurre dentro de una llaga. La única posibilidad inaudita de la existencia es un niño. Él mismo, con el tiempo, se subsume en la deteriorada realidad y deviene hombre, bloque razonable y estéril. El fondo neutro y sabido de la vida acaba por absorber al niño. La infancia se disuelve en sí misma y desaparece.

¿Adónde han ido las infancias de todos nosotros?

El niño es una luz que se extingue en su propio humo, una llama que se sopla a sí misma. El niño desaparece un día en el hombre. ¿Qué queda de una infancia? Quedan fotografías, rastros, cintas, alambres, pero la niñez es fragancia que desaparece al aspirarla. El hombre empieza siendo sólo perfume. La vida se inicia como aroma.

Un niño acaba por perderse siempre en el bosque de los adultos. Quizá sea ése el significado de los cuentos infantiles. La niñez está perpetuamente amenazada, destinada a desaparecer para siempre en un horizonte poblado, adulto y oscuro. Al hijo lo perderemos siempre, en la vida o en la muerte. Mas nadie podrá quitarme el turbión de frescura, la ráfaga, la dimensión desgarradora y clara que él le dio al mundo, de pronto, y me dio a mí. El hijo es un relámpago de futuro que nos deslumbra un momento. Por él, por mi hijo, he visto más allá, más adentro y más lejos, y quizás —ay— eso basta.

Algo le brillaba al niño: un tenedor o el alma. Y su adhesión incondicional a la vida. ¿Y yo, el resumen de mi felicidad? Si hago ahora recuento, si destilo en la memoria lo que ha sido mi vida, la luz que ha dado, los momentos dichosos, todo es una gota de sol melancólica, exasperada a veces, violenta, pero vuelta otra vez al oro triste. En una tarde que no sé, en un cuerpo de mujer, en el esqui loco de una mañana adolescente. He sido feliz, digo. Y veo un cuerpo de mujer, una instantánea de mar, una luz. Nada. Sabemos que tenemos perdidas por algún sitio unas monedas de felicidad, que nos resta una calderilla de luz, un recuerdo. Pero seguramente tampoco fue así. He enterrado muy profundo un tesoro que sólo lo es por eso, por estar enterrado. En cuanto lo saque a la luz no será nada.

La brisa, el brillo del día, algo tiene de pronto el olor y el recuerdo de no sé qué paraísos. La música nos inventa un pasado que no conocemos, dijo alguien. El aroma, la primavera, las nubes también nos llevan de pronto a un pasado que no conocemos. Basta aspirar profundamente para que suba del fondo de la tierra o del fondo de la memoria un tiempo que no está en el tiempo, una felicidad irrecordable. De la dicha sólo tenemos el recuerdo: nunca hemos tenido la experiencia. El hombre conoce la felicidad de referencias. De oscuras referencias interiores. La felicidad no puede estar en el futuro, porque la tomamos siempre del recuerdo, llevamos su imagen en la memoria. La felicidad es algo que ocurrió una vez. La recordamos tan intensa y lejanamente que sin duda pertenece al pasado de la especie. Pero eso se confunde de manera automática y lo que sólo es un vago recuerdo lo trasladamos a un hipotético

futuro. La dicha es inasequible precisamente porque la estamos recordando. Fue. Parece instintivamente que la felicidad está por venir. Que la palabra felicidad remite al futuro. Pero remite realmente a un pasado remoto, del que la extrapolamos al futuro remoto con un movimiento mecánico de autodefensa. Se ha dicho que la literatura de ciencia-ficción está llena de añoranzas prehistóricas. Eso es. Sólo se puede soñar el pasado. El futuro es un pasado actuante. Un pasado que actúa como futuro. Confío en que seré feliz porque alguna vez lo fui. Y creo que alguna vez lo fui porque entonces, aquella vez, creía asimismo haberlo sido en otro tiempo. Todo instante de felicidad no es sino la confirmación de que tenemos un pasado. Sólo la memoria goza.

¿Y mi nombre, y mi aura, y lo que he creado en torno de mí? Un nombre de escritor. Todo el que vive confortablemente dentro de su renombre, debe salir al campo, a la naturaleza, y decirlo en voz alta: «Soy escritor, soy importante, soy...». No creo que pueda terminar. Eso no suena a nada entre los montes, frente al mar. La gloria no va más allá del término municipal. La perdemos en el campo, de viaje. Hay que llegar a otro término para reencontrarla, en el mejor de los casos. Me siento importante en la ciudad, entre las cuatro cosas de siempre. Lugares, gentes, periódicos, cosas que me devuelven mi imagen. En cuanto salgo a unos kilómetros del centro ya estoy perdido. He perdido mi imagen. He de llegar a otra ciudad para recobrarla, para recobrarla, para que otros periódicos, otras gentes, otros espejos me reflejen. La gloria, la fama, la popularidad, el renombre, el simple prestigio se acaban a la vuelta de la esquina. No soportan un trayecto de autobús del extrarradio, el viaje de un tren de cercanías. Uno es importante a condición de no moverse del sitio. En cuanto cruzas la calle estás perdido. Se desea llegar a otra ciudad para recobrar todo lo que hemos ido perdiendo por los campos inmensos, verdaderos y ajenos. Por eso los escritores salen poco al campo. La solemnidad. He renunciado a la solemnidad. No lucha uno por llegar a ser profundo, verídico, útil o mejor. Se lucha por llegar a ser solemne. Nunca creí en mi propia solemnidad, eso es lo cierto, pero de pronto se encuentra uno con que sí, con que tiene derecho a la solemnidad. Sería el momento de componer el rostro y la ropa, de envarar el cuerpo y sustentar la voz. A los cuarenta años, si uno ha trabajado y no ha hecho demasiadas locuras, si uno ha perdido su vida por delicadeza —como lamentaba Rimbaud—, ya se puede ser solemne.

Tengo derecho. He escrito unos libros, he impuesto un nombre, he repartido mi firma por todas partes. Sería llegado el momento de la solemnidad. Otros llegan a ella mucho antes. Antes de tiempo. Les hay que nacen solemnes, que empiezan por la solemnidad. Luego, escriben los libros o no los escriben, les dan honores o no se los dan, pero ellos, de momento, se han conferido a sí mismos la solemnidad. Yo nunca supe. Y ahora que puedo, no quiero.

Algunas mañanas lo intento. Me imagino ante el espejo del armario, vestido solemnemente, saliendo a la calle con los monóculos de la impertinencia, las chisteras de la reverencia, los finos bastones inquisitivos de la edad, los guantes hipotéticos de la gala. Solemne. Pero luego vuelvo a la pana, al cuero, a las botas, a la lana, a las camisas abiertas, a la ropa vieja. Sé que dentro de mí hay un hombre solemne, como dentro de todo escritor, de todo político, de todo intelectual. El hombre solemne ha querido hacer su aparición en algún momento, dominar la situación, elegir sombreros de fino orillo. Pero se ha retirado a tiempo. Hay en mí, también, un golfo callejero que le ha silbado.

Veo en torno a los solemnes, a mis colegas, envejecidos por la solemnidad, satisfechos e inseguros, como presidentes de sí mismos, y comprendo que ya nunca llegaré a solemne, que nunca sabré eso que se llama vestir el cargo, vestir el nombre, vestir el prestigio. Ay.

Por el contrario, quisiera conquistar el olvido. Ni siquiera un olvido injusto, claro. Eso es otra forma de gloria. No un olvido panteónico, sino un olvido pequeño. Quedar para

siempre en la cripta enigmática de un nombre poco frecuentado. Ser el día de mañana un muerto sin señas de identidad. Casi todo el que escribe quiere quedar como estatua municipal, como rotonda pública, como salvador de la Patria. Hay que resistirse a ser una lección de provecho. Y para eso lo mejor es el escándalo, como pensé a veces. El escritor, el artista, por muy maldito y escandaloso que haya sido, por muy inconveniente que resulte a sus contemporáneos, es reasumido en una posteridad inmediata, es aprovechado, taxidermizado. Se le positiviza y ya sirve para aprender métrica o moral. Hay grandes ejemplos de esto. Toda la historia de la cultura, en realidad, es eso. La transvaloración de todos los valores, que diría Nietzsche, pero entendido al revés. Lo que en su día fue subversivo con el tiempo se torna instructivo. La cultura es una domesticación.

No, no sirve de nada defenderse con el escándalo o la rebeldía. Al final te aprovechan. Al final te vacían en bronce, que es lo que quieren. Por eso es mejor el olvido. Pero tampoco, como digo, un olvido grandioso, una injusticia panteónica, un más allá del que se vuelve un día con la solemnidad y el laurel de los muertos. No. Un olvido pequeño. Quedar, no como una estatua o una farola de la cultura, sino como un enigma, como un nombre que suena no se sabe dónde ni de qué. Como alguien a quien nadie ha leído de verdad, y que una muchacha, una estudiante, descubre un día en bibliotecas amarillas. Pero tampoco se trata de que eso sea el descubrimiento de su vida ni de que se enamore del muerto. No. Un descubrimiento pequeño que le lleve a ella a decir, mientras se aparta el flequillo de los ojos para leer lo que ahora estoy escribiendo: «No estaba mal este señor. Era interesante lo que decía. Debió dejar poca obra. Lástima». Y nada más. Que pase la hoja y nada más. Que crea efectivamente que dejé poca obra, y que me olvide.

Esto lo he vivido, de alguna manera, con la muchacha que viene a verme para hacer una tesis, una tesina, un trabajo, algo. Siempre hay una muchacha, en algún lugar del mundo, que está escribiendo una cosa sobre nosotros, sobre nuestros libros, sin que ella misma sepa muy bien por qué, seguramente. Me deleito en la idea de saber que vivo en su intimidad, que mezcla mis libros a su lencería, en los cajones revueltos, que deja sobre mis páginas el aliento de su vida y el cansancio de su desvelo. Me ha elegido al azar, quién sabe por qué, eso no significa nada. Quizás me ha elegido precisamente por desconocido, por raro. Eso es lo que yo quisiera ser, un raro, un ejemplar difícil de encontrar, un incunable, un anónimo.

Y la muchacha trabaja en lo mío. Por carta o personalmente, me hace preguntas insaciables. Quiere saber de mí cosas que yo no sé, me obliga a plantearme mi propia obra, que a mí me parece casual, esporádica, caprichosa e irreflexiva, y que su fe convierte en algo sistematizado, coherente, evolutivo y responsable. Y qué le digo yo a esta señorita. La chica de la tesis es siempre como un jardinero que viene a cuidarnos y remozarnos un jardín olvidado. Cómo decirle que por ese jardín ya no paseamos nunca, que da igual. Su fe le ha salvado, su fe la ha salvado. Pero a nosotros no hay quien nos salve.

Las tesis, las traducciones, los trabajos que quieren hacer de uno un sistema cerrado y ejemplar. No sé cómo se las arreglarán. Espero que las traducciones, que nunca leo, estén llenas de confusiones y aporten cierto surrealismo y dadaísmo a lo que yo he escrito, seguramente demasiado claro, sospechosamente claro. Me gusta, ya digo, haber llegado a esa forma de intimidad casta con la muchacha que trabaja sobre mis libros. Seguramente huelen ya a ella, a su perfume, a su pelo. Lo demás no importa. Ni yo puedo añadirle nada a ella ni ella puede añadirme nada a mí. La cultura es un círculo cerrado.

Importa eso, en cambio, importa, para mí, el saber que una mujer está haciendo su dobladillo, su labor de vainica, su tarea de agujas, con lo que yo he escrito, con lo que yo he vivido, con mi vida y mi obra, que trata de una manera respetuosa e inquisitiva.

La cosa no tiene ningún valor cultural. Tiene un pequeño valor humano, una cierta gracia absurda y consabida. Una señorita de ésas me reprocha, en su libro, el no hablar nunca de Dios.

Dios sí que es un problema. Dios no me ha tomado nunca en serio. Dice Sartre que Dios es la soledad de los hombres. Yo debo ser más solitario que los demás, porque ni así. ¿Un vacío en mi obra, señorita? Mi obra está hecha de vacíos. ¿Un vacío en mi vida? Vivimos en el vacío. Dios o los cazadores de Arkansas, los tramperos. Dos temas que no me van. No los he tocado nunca. No pienso tocarlos. Hay quien se ha pasado la vida escribiendo de Dios, como Kierkegaard o Pascal, porque le va como tema, porque tiene pluma para eso. No es una cuestión de fe o de falta de fe. Es una cuestión de pluma. Aparte la falta de fe, creo que se puede escribir de Dios sin fe, como se puede escribir de la India sin haber estado, como escribe Julio Verne de la luna. No es un problema de conocimiento, la literatura. Es un problema de pluma.

Si usted tiene pluma mística, escribirá de Dios toda su vida, aunque no crea ni profese. Es el caso de Dostoiewski, de Unamuno y de otros pelmas. Si no tiene usted pluma mística, escribirá de las mozas, aunque sea arcipreste, y ahí está el de Hita. Hay plumas que se encandilan con el tema. La mía no. Hay plumas eróticas, plumas místicas, plumas líricas. Nunca se sabe. La pluma no tiene mucho que ver con el hombre. Eso lo sabe bien cualquiera que haya escrito cinco folios. Otro instrumento es quien tira de la pluma. Lo mismo pasa con lo social. Hay quien se pasa la vida escribiendo de lo social sin sentirlo, sin vivirlo. Pero no por eso escribe en falso. Escribe lo que quiere su pluma. Si tiene usted pluma política, la pluma le arrastrará a la política. Si un tema nos sale, nos va, hay que tirar de él. Qué se le va a hacer. Aunque sea a la fuerza. Y el que se rebela contra su pluma está perdido. Nunca escribirá nada que lo valga. Hay que dejarse llevar. Larra se rebelaba contra su pluma satírica, quevedesca, y quería hacer teatro y novela, que le salían muy mal. El propio Quevedo se rebela contra su pluma barroca y escatológica, y quiere hacer clasicismo y moral. Resulta ilegible.

Darle gusto a la pluma, dice el pueblo de la tarea de escribir. Sí. Hay que darle gusto a la pluma. A la pluma no se la puede disgustar. A mi pluma no le va el tema trascendente. El que no me vaya tampoco a mí es pura coincidencia. Si a mi pluma le hubiese ido, yo me habría pasado la vida haciendo trascendencia. De eso que se han librado ustedes. En todo caso, Dios es un problema de estilo. Con un estilo literario adecuado se puede defender la existencia de Dios, se puede probar. Bueno, con un estilo literario adecuado, con un buen estilo, la verdad es que se puede probar y desmentir todo lo que haga falta. Dios, pues, necesita de los teólogos como el imperativo categórico necesita de Kant.

Dios y el imperativo categórico existen en cuanto que se habla de ellos y sobre todo mientras se habla de ellos. Las teologías —tantas a través de los tiempos— ¿son una explicación o una construcción de Dios? Dios, ya digo, es una cuestión de estilo, y a mí, en eso, me ha fallado el estilo. En algo tenía que fallarme.

A veces necesitaría a Dios para culparle de lo que me pasa, del dolor de mi hijo. Pero eso sería otra forma de fe. Los dioses viven en gran medida de la indignación de los hombres. El dolor humano parece una negación de Dios, pero en realidad es su más firme sustento. Sin el dolor, Dios no sería tan necesario como consuelo, y sobre todo como indignación. La indignación superada, asumida, sublimada, es ya la fe. Yo, de momento, no he necesitado a Dios para desesperarme. Eso sería un mezquino empleo de Dios. Pero la humanidad no conoce otro.

Ni Dios ni la sobrenaturalidad. A la gente, más o menos, a lo largo de toda una vida, acaba por ocurrirle algo sobrenatural. A mí nunca. Ni un fantasma, ni una aparición, ni una premonición, nada. He procurado siempre ponerme en las corrientes de aire mágico, en los entrecruces de caminos secretos. Pero nunca me ha cogido al vuelo

ningún viento misterioso. ¿Quién no ha tenido un golpe de corazón, quién no ha visto sombras en una noche de lluvia, quién no ha respirado el olor de la muerte en la bodega de su casa? Yo nada.

Estoy siempre propicio al trance, presto a la levitación, dispuesto al milagro, espero por todas las esquinas a la fantasma, miro en todas las habitaciones, cortejo al misterio en largos pasillos, me asomo debajo de las camas. Nunca un muerto vivo ni un aparecido, nunca una sombra del pasado ni una música del más allá. Soy insoportablemente terrestre. Todo lo que me pasa le pasa a cualquiera.

¿Para cuándo el misterio?

Se ve que no soy buen conductor de la electricidad cósmica. Estoy rodeado de la cinta aislante de mi pequeño escepticismo. Nada preparado para lo ignoto. Sólo me han pasado en la vida cosas reales, a veces terribles, a veces muy dulces, a veces sangrientas, a veces inconfesables. Pero nunca me ha pasado nada de eso que le pasa a la gente. Ni sueños ni visiones. Una vez vi a un señor que se parecía asombrosamente a otro que yo conocía. Era en un bar y remoloneé entre las mesas arriesgadamente para descubrir la doble identidad del tipo que tenía que estar en América, y sin embargo estaba aquí tomando cerveza. Esto era por su lado derecho. Por el lado izquierdo no se parecía nada a sí mismo. Bueno, quiero decir que no se parecía nada al otro. No sé si esto basta para haber tenido una experiencia de sobrenaturalidad, o de eso que Koestler llama las raíces del azar.

No digo ya el misticismo. Ni siquiera la parapsicología. Soy una calamidad. Mi vida ha sido siempre opaca, y la he forzado lo que he podido líricamente, para que diera otras luces. Pero el lirismo tampoco es. Por esa vía se puede conseguir algo, con imaginación, pero los verdaderos contactos con el más allá son otra cosa, bien lo sé. ¿Por qué no puedo llegar yo adonde han llegado simples pastorcillos y aldeanas ignorantes?

Estoy anclado en la realidad, condenado a la verdad, sujeto a la vida. Soy un piso interior que sólo da a traspasos cotidianos. No recibo luces mágicas por ningún sitio. ¿Cómo no voy a ser un escritor realista? Un crítico decía una vez que el realismo, en mí, nunca desmiente la imaginación. Pero eso no basta. La imaginación ejercida es un hecho cultural. Puedo sacar lo que quiera de la chistera de mi vida y de mi obra, pero siempre sé lo que va a salir. Las cosas no me salen solas, la chistera no se me llena por sí misma. Estoy negado para la trascendencia y la sobrenaturalidad. Por eso mismo me tientan los grandes irracionalistas de la poesía y del arte. El irracionalismo también yo puedo conseguirlo, y quizás es lo que más desearía conseguir a la hora de crear. Pero el milagro, lo que se dice el milagro, la visión, esas cosas que han visto Poe o Dostoiewski, yo eso no lo he visto nunca. Claro que yo no soy Poe ni Dostoiewski. Pero no lo soy precisamente por no haber visto tales cosas. Viéndolas a diario no tiene mérito ser lo que ellos fueron. Por el contrario, la vida me ha parecido siempre una novela mediocre, una mala novela sin premio donde todo vuelve y se confirma y se repite a sí mismo hasta anularse. Por eso ya casi no soporto las novelas realistas, la novela tradicional. Ni la leo ni la escribo. Sobre la ratificación aburrida de sí misma que es la vida, está la ratificación ociosa que nos dan Galdós o Balzac. ¿Y para qué tanta certeza? Lo que hay que ponerle a la vida es duda, luz de dubitación, porque para añadirle certeza no se debe escribir. Certeza mostrenca ya tiene bastante la vida. Así y todo, a veces me refugio en un orbe novelesco completo y cerrado, como es el del Proust, y no sólo por el encanto único de Proust, por su perfume, indispensable para mí, sino también por unas historias que están pasando siempre y que nunca van a dejar de pasar, precisamente porque no pasan nunca.

Aparte los trasfondos que le da Proust a la vida, me quedo también a veces, gustosamente, en la historia, en lo inmediato, en el sublime cotilleo de sus salones, no sé si porque eso ocurrió efectivamente una vez o porque es como si no hubiera

ocurrido nunca. Aquel tiempo perdido es un tiempo que está ya salvado para siempre, aislado, en una luz quieta y permanente, y tiene sobre la vida real la certeza y la belleza de que conozco esas vidas definitivas, cerradas, esas órbitas, y puedo deleitarme en lo que pasa, viviendo así una vida en la que no hay nada angustioso, pues la angustia la da la incertidumbre, no la desgracia.

Huyo, sí, a ese mundo quieto y ficticio, a esa vida posible e inexistente, a veces, escapando de mi propia vida, de este naufragio donde nadie se ahoga, de este desorden de cuadros que hay que clavar, libros que hay que leer, cosas que habría que escribir, y la muerte pasando a través de todo, luces, tiempo, hijo, días, muebles, palabras, dones, ensartando la vida silenciosamente. O hago una vez más, queriendo salvar algo, el retrato del niño. Dejadme hacerlo aquí, dibujar con palabras fáciles el desorden inocente y artístico, demasiado artístico, de su cabeza ligera, su nariz de gato niño, los ojos, pétalos de una flor oscura, hoja y fruto al mismo tiempo, con su halo profundo de tristeza o algo peor, que tanto me estremece, y el esfuerzo banal de la boca, dibujada primorosamente, y que a veces se riza en palabras íntimas y a veces se abulta, débil y ya masculina, en palabras violentas de espuma sola. Esas mejillas como una fruta excesiva que no pertenece a ninguna cosecha, el cuerpo espeso y reciente, que tomo en alto para apretar su gracia simple, las manos, sólo dibujo, o los pies, tan breves, naciendo esa minuciosidad del borrón tierno que es el cuerpo. Muy terminado por unas partes y muy en embrión por otras, el niño, como todos los niños.

ABRIL. Abril es una huella encharcada en la hierba. Abril es una niña devorada por los tallos. La cintura escueta de las muchachas remite a no sé qué mundo de esbeltez. De dónde vienen las muchachas, ciudadanas de una música. No es posible que sólo para la reproducción y la fecundidad disponga así sus armas la especie, afile sus filos la naturaleza. Cuerpos forjados para algo más, raíz pura del cabello, cosecha par de los senos, álamo de la cintura, sosiego leve de las caderas, velocidad de las largas piernas. De dónde vienen, cada abril, las huestes femeninas y ligeras, qué paraíso traen entre todas, adónde van. Una esbeltez perdida y errante por el universo, se recuerda en ellas. Algo que la humanidad no ha conocido. Abril, espuma verde bajo los pies breves de mi hijo, cadera femenina del mundo, costado pálido, idioma salvaje de la lluvia, lenguaje de todas las primaveras, caligrafía torrencial que deja dicho en el aire el secreto simple del universo. Abril, esfuerzo de la luz hacia la dicha, verdor a pesar de todo, mano infantil que se abre de golpe, llena de cosas claras, un mar errático por el cielo. Abril le opone su único color verde a la muerte. Sencillo como una barca, como una lanza, como un hijo, abril ignora mi dolor, se mece entre las frondas de la muerte, propaga una sola tinta, una sola palabra indescifrable y verde, y no escucha, porque no tiene oídos, mi queja. Abril, palabra de lluvia y flauta que también en otros idiomas —april— suena llena de atriles, añiles, perejiles. ¿Qué es lo que abre abril?

A mí —ay— ya no me abre nada, ni me cierra.

Abril. (Tres variaciones)

Abril, pozo verde lleno de doncellas ahogadas que tejen el lino de las profundidades y suspiran a la luna en las noches de coito. Abril, pájaro claro que se envenena de lirios en los charcos del cielo. Sauce vivo, ciprés alegre con un esqueleto dentro. Mueble en el tejado, con espejos de nube, oros del alba y volutas tiernas. Abril, callejón de la lluvia de donde viene un perfume oscuro y fino de jardín que ya no está, de mano cortada, de niña orinando.

Abril canta,
pisa, crece, toca un violín apagado,
se sube a todas las tapias,
descuelga cosas del cielo,
muerde una fruta verde
y se baña desnudo,
desnuda,
en la corriente helada del pavor.

Abril. Página sólo escrita por el perfume silvestre del papel. Un automóvil abandonado tiene hierba entre las ruedas. La revista hojeada huele a lluvia confortable. La muchacha nunca sabrá que la clave de su belleza está en ese quiebro de la luz que hunde su espalda y levanta su grupa, y yo nunca sabré que mi pelo cambia de color a medida que hablo, a medida que escribo, y que los incendios se suceden en mi cabeza mientras pienso en una chica desnuda o construyo palabras que coinciden, sólo por azar primaveral, con las palabras del diccionario.

El niño entre las niñas. Carolina, de belleza cerrada y tensa. Yolanda, esponjosa en su sonrisa y en sus ojos. Mariona impenetrable como una fruta. María José, flor sin nombre ni color, mínima y sonriente como una pequeña tristeza. El niño entre las niñas, feliz.

EL viento, el viento. Todavía el viento, en mi vida, en noches de soledad, en no sé qué abril secreto, el viento, preguntándole cosas a la casa, que no sabe responderlas, zarandeándola. (La muchacha, recuerdo, sufría ausencias, y se quedaba quieta en el amor, arrodillada, desnuda, ausente, con los ojos en ningún sitio, ni siquiera lejana: inexistente.) El viento, dibujando el mundo con un perfil duro, abultando el mundo como un globo negro. No el perfil puro de mi madre, por el que cruzaban días, soles, penas, fiebres, horas, niños, luces, miedos. No. El perfil inmenso y adusto del viento, ese más allá a que empuja a todas las cosas, ese hendimiento de muerte en que las pone. (La muchacha, ya digo, se quedaba ausente en el amor.) El viento, barco que naufraga en la noche, bandera mala llenando todas las ausencias, voz de nadie llenando el mundo. El viento, como en los miedos de niño, trayéndome otra vez aquellos miedos y aquel niño. Registrando la casa en una revolución que cesará al alba, soplando en mi sueño como en un lago quieto. El viento, que hace resumen sombrío de la vida, de la muerte, del presente y del pasado, que llama a una catástrofe general que es él mismo, y se despide ululante para volver enseguida. Se queda la casa temblando, sin el viento, que enseguida la coge otra vez y la pierde en un temblor mayor. Ni el rayo, ni el trueno, ni el fuego. Sólo me ha asustado el viento, ese mar hueco que precipita en nosotros, esa desgracia que va arrastrando por el mundo. El viento, lleno de madres que gimen. Toda mi biografía desmantelada por el viento, y yo, desnudo, cobarde, solo, tendido bajo el viento, náufrago de la tormenta seca de los vientos.

(Caen ruedas, penas, la vida se separa de sí misma, se disocia, nos miramos vivir desde el vivir, dolor tan profundo me divide en dos, como un alfanje, y la primavera, en torno, hace su refriega de colores, se expresa en amarillos, en malvas, en verdes, creando una suntuosidad y un paraíso que —hoy lo he comprendido— no goza absolutamente nadie en el planeta.

Qué doloroso mes de hogueras naturales, qué agobio de belleza no respirada. Prendemos fuego, mi hijo y yo, a los residuos oscuros del invierno, sacamos llamas sin vida del vertedero negro del mundo, y vamos entre la primavera, envueltos en un humo de estercolero final, paseando por el incendio ciego de la muerte. El olor funeral de todas las flores nos penetra y a veces tomo a mi hijo en brazos, bajo un cielo de otro tiempo más feliz, o le llevo de la mano, dejando que sus pisadas pequeñas aprendan el mundo y sus declives.

Caen cielos, espinas, y entramos en la intimidad de un pino como en una gruta religiosa, o bordeamos la multitud de las flores en busca de un día eterno que no es sino la suma de los días y que no está —ay— a nuestro alcance. El hijo, el hijo. La primavera es una corona de novia, abril y mayo son flores en la cabeza de una adolescente, en el pelo verde de la pubertad del mundo. Pasamos del sol a la sombra, como de la vida a la muerte. Pasamos de la vida a la muerte, de la muerte a la vida, como del sol a la sombra, y vuelta, y este juego es vivir, y la primavera salvadora no nos salva de nada, porque ella misma está amenazada de muerte.

El hijo y yo. Prendemos fuegos, hogueras, como dos vagabundos solitarios por los vertederos de la ciudad, y pisando la llama alegremente, desesperadamente, él con su pie sin peso, dulcísimo, yo con mi pie enorme, cansado, negro. Somos lo muy grande y lo muy pequeño, extremos mortales de la vida. No conseguimos entre los dos el término medio salvador. El niño coge una piña y se la guarda.)

He llevado al niño al mar, como otras veces, para que se contagie de su salud de hierro y sol. El mar, serpiente que se desliza en torno del planeta, silba en la noche y luce en el día sus escamas de acero. He corrido a lo largo de una playa que iba hasta el alba, por ese borde del mundo adonde ya apenas llegan las punzadas del vivir, y adonde empieza la vaguedad de los tiempos.

El mar se abre a los niños. La mano del hombre necesita mucho esfuerzo, mucho dolor, mucho tiempo para sacar algo del mar. El niño mete la mano en el agua y saca

un pequeño cangrejo, una concha que brilla, algo. Al mar no hay que desafiarle, como hacen los pescadores y los marinos, los almirantes y los balleneros. Hay que entrar en él con confianza, con seguridad, como el niño. El mar es la tierra firme de los niños.

Quiero que el mar se lleve de un solo maretazo todo mi dolor y todo mi tiempo. Y se lo lleva. Luego, el dolor y el tiempo vuelven, pero eso ya es cosa mía. El mar nunca defrauda. Un cielo adulto, un mar joven, una tierra de luz. Y el compás de mis muslos corriendo por la arena, por el agua. Émbolos silenciosos que han movido mi vida incansablemente. El viento y el agua crean una criatura nueva y desconocida que me viene al rostro y me recorre el cuerpo. El hijo, amigo del mar, tiene todas las mañanas su menudo intercambio con el monstruo. De ese comercio con el mar, el niño trae erizos de mar, conchas como senos de sirena, raíces, tesoros de arena, oro y plata de la tierra y del agua. Ese miligramo de plata que hay en la ola, sólo se le da al niño.

El mar es un monumento a la libertad, la única estatua de la libertad posible. El mar es una estatua derribada. El niño, extranjero en la vida, enseguida es adoptado por el mar, escuela azul y verde de toda infancia. Dejo a mi hijo a la orilla del mar, más seguro del mar que de los hombres. Enseguida se han reconocido.

Hendir la vida, esa pulpa de luz que hay en el aire, entrar en mayo como en una ola alta, lanza en ristre, morir y matar, un vago canibalismo que despierta en el hombre con la primavera, consumir una mujer, un crimen, un placer, un dolor, una catástrofe. Luna belleza ahogante, la asfixia de vivir, el erotismo de vivir, una iluminación erótica por el cielo y por la tierra. Miedo de mí mismo, ese ser cruel y lírico, implacable y violento que asoma a los espejos cuando los espejos tienen detrás la luz negra del día. La experiencia interior, la experiencia sexual, la iluminación, mayo es una pulpa de sangre y sol donde la horda primitiva que me constituye quiere entrar a sangre y fuego, a sexo y fuego. Pero bajo el cielo, que es una inmensa y serena llaga de luz inextinguible, estoy parado con el dolor de mi hijo, y veo la inmensa desgarradura azul del firmamento, con bordes de hoguera. El cielo es tierra quemada, un día y una noche arden allá arriba, y estamos los terrestres aquí, bajo el incendio, con un hijo dormido en los brazos o una mujer incrustada en el pecho.

De modo que vuelvo a lo oscuro, cierro la puerta a los perfumes sutiles de la primavera, pongo una manzana de sombra en los boquetes de la luz y miro la silla de mi hijo, la pequeña silla de paja, inverosímil y realísima, muy a la altura de su infancia, a la medida de su cansancio. Si él no estuviera —ay— para sentarse en ella, si él me faltase, cómo sería esa silla.

Sería él mismo, la silla. La silla sería él, sí, y el hueco de su ausencia tendría ese alabeado de bambú que tiene ahora, y amaría una silla como amo a un niño, y sólo me quedaría su silla, infinitamente suya, para llevar y traer su ausencia. La silla sería sagrada.

La pizarra, el pequeño elefante de trompa erecta y vientre amarillo, circular. El pequeño elefante rojo y blando, la pizarra donde él escribe con tiza de inocencia números como escaleras y letras como mariposas violentadas. Cómo se hace suyo todo lo suyo, cómo entra en su mundo, cómo le pertenece. Sólo el niño tiene la capacidad de la posesión. Luego, de adultos, las cosas se nos despegan, son nuestras por los groseros trámites del dinero, el estupro, la posesión, la conservación, el coleccionismo, la propiedad, que es un delito. Pero al niño le pertenece todo naturalmente, y más lo que enseguida se torna a su imagen y semejanza, lo que enseguida se le parece. Cómo se le parece una pizarra, un elefante de trapo, una sillita de paja. La infancia es la edad taumatúrgica en que todo cuanto tocamos empieza a parecérsenos, se nos incorpora de inmediato. El niño, como Dios, hace el mundo a su imagen. Miro sus cosas sin él como miraría el mundo sin el hombre. Afuera está la libertad de mayo, la catástrofe luminosa del cielo, la sucesión cambiante de la mujer, rebaño de oro con formas que se crean a sí mismas. Pero aquí está, quieto y vivo, el mundo de mi hijo, infinitamente delicado y

doloroso. Nada me atormenta tanto como la belleza del mundo. Vamos en una lujosa calamidad, en una primavera mortal, hacia la muerte. Se nos ha preparado —¿por quién?, por nadie— una suntuosa masacre, el hombre muere rodeado de belleza, entre el esplendor del verano o los palacios fríos del invierno.

Panteón vivo, el mundo, pirámide bellísima, pira de cadáveres cuyas llamas chamuscan el cielo. Cada estrella es la punta de una llama, que ha dejado su huella en el firmamento. La muerte embellece el mundo, la muerte toca la altura inmensa con su luz y la pequeñez de mi hijo con su temblor. Entre dos fuegos de hermosura nacemos y morimos. El hombre es sólo el testigo momentáneo de tanta belleza sin motivo.

La silla de mi hijo, sola.

Hay que beber a morro del dolor, como se bebe de las férreas fuentes. Que esta carne de luz empape toda la sombra. Hay que baldear hasta el fin el ciego enlagnamiento de la sangre. Hay que agotar el mal, el sufrimiento, no en pequeños sorbos, no en tragos cobardes, sino seguido y hasta lo hondo, que luego queda un fuego neutro, una nada, y sólo resta, por fin, la loza simple de la vida. Voy hasta el final de mi dolor, hago todo el recorrido, bebo de mí mismo, sacio una sed de sufrimiento que estaba en mí y yo no conocía. La saciedad del dolor es como la saciedad del placer. El dintel de una paz vacía, de un cielo plano y soso, de una neutralidad de clima y carne que es toda la imparcialidad desoladora de la naturaleza.

La alegría es un camino más corto. El dolor es un laberinto con angustia de perderse. La alegría nos lleva en línea recta y eso vale más que la alegría misma. Pero el dolor duda continuamente, vuelve atrás, como una bestia sombría que no acaba de aprenderse el viejo camino. Voy tras sus oscuras pezuñas y de vez en cuando, sí, bebo en las fuentes amargas y densas, con sabor a hierro y a muerte. No huyo mi dolor, no me lo dosifico, como el suicida precavido o la dama sin sueño. Bebo y bebo. Me fulminará el veneno o lo agotaré. No quiero cucharaditas de plata para sufrir. A morro, directamente, bebo a borbotones sangre de niño, muerte de niño, la hemorragia necia y dulce del mundo.

EN noches de ahogo, al pie de mi hijo enfermo, velando su navegación agónica hacia la muerte, he sentido el tirón hondo de la infancia, de lo lejano, el retorno a cuando nada había ocurrido, al principio de mi vida, y he escrito cosas tan sencillas como éstas, buscando la simplicidad consoladora y aclaratoria de mi vida primera: calle de tantos astros, rinconada del tiempo, la dimensión del mundo me la daba un vencejo. Oro de las mañanas empobreciendo el cielo, soles de cada tarde en un ladrillo eterno. De los países del alba venían los buhoneros y en sus pregones altos flotaba un hombre muerto. Calle de tanta noche, mitología del miedo, madres de los difuntos en las tapias de enero. Sonaban las iglesias enormes de silencio y pasaba la yegua inmensa de los tiempos. El hombre más remoto era sólo un lechero y el Dios de los espacios era sólo mi abuelo.

He escrito a la luz de una linterna, a la luz de una gota de agua, a la luz de la noche, sobre las rodillas, en un papel sucio, buscando la consoladora asonancia de una prosa o un verso simples, y así me salían cosas como esta otra, que doy precisamente por su falta de valor literario, en este diario, y que están en los papeles originales rodeadas de los dibujos simples e inflados que le tengo hechos a la cara de mi hijo: volver de nuevo al niño que fuiste no sé cuándo, subir de nuevo al cielo viejo del campanario: era un desván el cielo en las tardes de mayo, por donde erraban soles y agonizaban pájaros. No haber vivido nada de lo que me ha pasado, sino, a través del hijo, morir hacia mi barrio. Barrio de luces pobres, velero desguazado, cuando el mapa del aire se me quedaba en blanco. No haber dado el inútil rodeo autobiográfico para volver difunto al tiempo del milagro. Estoy velando un niño que soy yo mismo, extático.

Consoladora cadencia del romancillo castellano. Qué vía de luz para volver a la simplicidad. El romance y el romancillo son un camino de regreso que sólo pueden llevarnos a lo más simple y guardado de nuestra vida. Y escribía yo luego, con ese lapidarismo de los malos momentos: el suicidio es la única respuesta válida. Todo lo demás, el arte, la cultura, el pensamiento, la política, la filosofía, la religión, no son sino falsas respuestas, suicidios diferidos.

He conocido la única verdad posible: la vida y la muerte —tan vivida previamente— de mi hijo, y sin embargo he optado o estoy optando por el engaño, por el autoengaño, de modo que seré inauténtico para siempre. No creáis nada de lo que diga, nada de lo que escriba. Soy un farsante. El solo hecho de seguir vivos nos constituye en farsantes. La vida es mala porque está hecha sobre una farsa fundamental, que es el presupuesto para seguir viviendo. Leía yo, a la luz de una linterna, mientras el niño respiraba un viento escaso y negro, ya de otro mundo, sus aventuras infantiles, sus historietas con dibujos, y respiraba yo el olor a bosque de la tinta impresa, relatos de tramperos y tahures, historias de grumetes y pieles-rojas, volviendo así a oler la rosa acre y eterna de mi propia infancia, huyendo a esos mundos mal coloreados del tebeo, incapaz de toda actualidad.

Los fantasmas, los fantasmas existen, yo los he visto. El fantasma es esa bala de oxígeno que le traen al moribundo, esa bala que viene ya sonando a hierro, como arrastrando cadenas fantasmales, por los pasillos nocturnos de la clínica. Y luego la bala queda al pie de la cama, con una sábana blanca en que la envuelven, y se le ve por debajo el borde negro de hierro. Sombra dura del ciprés de la muerte a la cabecera del que va a morir, alabardero siniestro. Pero el hijo ha tenido una pequeña, mínima, dulce y suave resurrección de la carne, que es la que vivo en estos momentos, cuando escribo, con la resignación de haber pasado ya por todo, y me basta con el poco de ternura que todavía podemos darnos él y yo, porque sé que la vida está dentro de la muerte como el hueso dentro de la fruta, y esa fruta total que es el universo es lo que pone ahora su luz de huerto en nuestras últimas horas, hijo.

La silla de ruedas. Llevo al niño en una silla de ruedas. Una vez, siendo él muy pequeño, escribí un cuento titulado «La mecedora», donde hablaba de cómo dormía yo

al niño todas las noches, antes de llevarle a la cama o a la cuna, en mi mecedora de leer y charlar. Ahora está esto de la silla de ruedas. Es otro viaje quieto, como el de la mecedora, otro viaje sin viaje, y vamos por pasillos blancos, por pasillos negros, a través de villorrios del dieciocho, lunas como hoces, nieves alpinas, flores y gatos, y seres vagos le dejan una sonrisa al pasar, una sonrisa blanca, perdida, y le dicen niña, porque la cercanía de la muerte afemina al hombre —más al niño—, como a veces masculiniza a la mujer, que la muerte no sabe de sexos, es espantosamente casta, y robamos flores de difuntos, geranios dóciles, en una felicidad pequeña, de pastilla para la tos.

Hasta que comprendo que la silla me lleva a mí, que el niño tira de mí, que vamos a no sé qué despeñadero, que soy un cadáver deambulando detrás de una silla de ruedas, o que llevo en la silla de ruedas una porción mínima de muerte, un niño que no pesa, una vida que no suena. Quisiera esto para siempre, seguir cruzando puertas, corredores, sonrisas amarillas de enfermos incurables, y que durase nuestro viaje, hijo, y tenerte siquiera así, viéndote desde arriba, viendo tu cabeza rizada y tus manos mínimas y enfermas, como las manos de esas momias infantiles que a veces aparecen en el alto Nilo.

Por eso, todo lo que escriba, ya, quisiera que tuviese la sencillez directa del diario íntimo, de este diario, de lo que hace uno con su caligrafía más honrada, y esto por reducir al mínimo la farsa del vivir, duplicada siempre por la farsa de escribir. Leedme sencillamente, de frente, anulando entre escritura y lectura todo protocolo falsario. Ni el gran espectáculo de la filosofía ni el convencionalismo de la narración. Sólo la escritura de un hombre que hace interminablemente su diario. Lo imprescindible para no morir, pero también para no vivir.

La risa de mi hijo. He perdido la risa de mi hijo. ¿Cuánto hace que no sonrío? En este mismo diario tengo escrito, me parece, que a la cripta que es un niño sólo se llega por la celosía de su risa. Mi hijo no ha vuelto a reír ni a sonreír. Su seriedad banal de otras veces resulta que presagiaba esta seriedad definitiva, esta manera de ser adulto que le da la enfermedad a un niño. Y beso su vientre todavía abultado, caliente, con ese agujero saludable de los buenos quesos, que es el ombligo, y beso ahí un bulto de vida, un dulce fardel de sangre, de intestinos, de digestiones, de respiración, el último reducto poderoso y tierno de sus palpitations. El niño, ya, es sagrado. Sé, como sabía el poeta, que la vida no es noble, ni buena, ni sagrada, y no hallo nada que respetar ni venerar en el cielo ni en la tierra, ni un solo ser, ni un solo hombre merecen mi devoción, desde hace mucho tiempo, pero gracias a este hijo tenido y perdido habrá ya siempre para mí, en lo más puro de la luz, en el resplandor de lo inexistente, un ser sagrado, una criatura de oro, de modo que el hijo se constituye en criatura aparte de la creación, en relámpago de la sacralidad que no se ha dado jamás en todo el universo.

A Dostoiewski le hace dudar de su fe el sufrimiento de los niños. Albert Camus —no sé si lo he anotado otras veces en este diario— dice: «Me resisto a amar una creación donde los niños son torturados». Keats, más banal quizá, duda del mundo por el hecho de que las mujeres tengan cáncer. En estos días se beatifica a alguien porque hizo el milagro de salvar a una niña. Y ese Dios que está al pie de las niñas que sufren, y las salva, ¿está también al pie de los millones de niños agredidos, hambrientos, destrozados, cancerosos, desfallecidos? Pueriles Camus y Dostoiewski. Pueriles procesos a un Dios que necesita de ellos y de sus dudas para existir.

Muy lejos de todo eso, vegetal casi, paseo a mi hijo en la silla de ruedas.

Los ojos de mi hijo, sus ojos que ayer eran flores abiertas, capullos de noche, y hoy son rendijas tristes, sesgados por el cansancio y el recelo. ¿Cómo nos ven sus ojos, qué mundo ve él, a través de qué filtros de noche y miedo, de sueño y muerte ve este mundo cruel de sol, descomunal de sangre? ¿Cómo me ve a mí, cordillera de ternura, cómo a su madre, manantial de ojos? ¿Qué ve el niño, qué mundo ve, que rosa abierta

miraba antaño en el aire, qué pasillo triste ve hoy en la noche?

Sufro como hombre, a la medida del hombre, con mis recursos y mi mecánica de hombre, pero dentro de mí, dentro de ese sufrimiento, hay algo más sufriente, una pulpa casi submarina de sollozo, un fondo último y retráctil de dolor al que temo descender, que no me atrevo a tocar. Es ya un sufrimiento como vegetal, el gemido de la flor rota —ya se sabe que las plantas gimen—, un dolor no humano, un miedo anterior al hombre, una medusa de espanto, no sé. Lo más sensible y doliente de lo vivo, el cartílago marino y vegetal, sin otra conciencia que el dolor, donde algo pulsa infinitamente, muy por debajo de mi dolor racional, mediocre, de hombre que sufre.

MIRA el pasado lento, su obstinación de ola, mira el volver de todo con fósforo en los dientes, mira el verano negro, algo como un planeta, cuando el puñal del pecho canta sin esperanza. Quiero decir con esto que la verdad del ave no es el cristal quebrado de su llamada pura, sino la gota ciega, quieta como un pronombre, con que la muerte pulsa páginas de silencio. Debes cuidar entonces, cuando el espejo gime, la perfección del aire, terso como el futuro, y desflorar despacio, con luz entre los ojos, a la criatura agreste de garras y de llanto. Porque ha pasado el tiempo húmedo y misterioso de venerar el fondo sagrado de los vasos y ha llegado el momento de proclamar con odio la eternidad de un cuerpo claro entre las espadas.

REDUCIDO a mi condición fecal, insegura mi vida sobre un supuesto de heces, encaminado en la dirección diarreica de la muerte, sentado yo en el pódium excremental con gloria de retretes, en contacto con el temblor intestinal del mundo, me he puesto frente al mar y el mar era un insecto verde y maligno que movía dos alas de crueldad, traslúcidas, al sol de un verano sórdido. Me he sumido, así, en ciudades mojadas de una transpiración pecaminosa, he agonizado junto a viejos perversos y cobrizos, en catedrales modernistas, hasta volver, por fin, extenuado y solo, trabado de piernas, vano de cabeza, a este rectángulo de intimidad, las dulces manchas de la casa, polvo de muertos sobre las grandes flores de papel marchito, velo de años sobre los libros y su multitud de letras, el mecanismo sencillo e ingenioso de una familia, eso que la muerte desmonta dejando los elementos por el suelo, como en una mudanza inacabada. Y entonces es cuando le he escrito una carta a mi mujer, no para que ella la lea, sino para meterla aquí, en este diario, como un testamento donde nada se testa, como una correspondencia más allá de la muerte, que es donde moramos ahora los dos:

Desde aquellas tardes, recuerda, en que la pequeña ciudad conducía sus ocasos a una apoteosis mediocre, hasta la luz de esta tarde, luz de agua y más allá, hemos venido fraguando un hijo para la muerte, algo tembloroso que nacía de ti y de mí, tramado en noches de lluvia y días de labor, una claridad implícita en tu alma, una impaciencia asomada a mi papel, y eso hasta siempre, la identidad nacida de nuestros desvíos, el hijo sagrado y muerto. Mira cómo nos movemos ahora por el licor vacío de la tarde, o escribo en una máquina de hierro, infinitamente reacia, mira nuestra vida eterna, desde la adolescencia con perros y portales, hasta la soledad amarilla, postestival, silenciosa, que nos llena de corredores internos, de laberintos desalojados, de ropa caída. Ni tú ni yo. No sé por qué escribo, por qué te escribo esta carta, por qué vuelvo a la cerca espinosa del idioma. No nos hemos matado, y justamente por eso estamos muertos, asistimos a nuestra ausencia, pasamos una y otra vez por el hueco incoloro de la nada. Entramos y salimos. Cruzamos puertas y ventanas que no nos conciernen. Nadie tan solo como yo. Ninguna tan nadie como tú. ¿Y ahora? Nos hemos quedado aquí para asistir a una posteridad de cielo y verano que nadie habita, viendo pasar la estela de la muerte, estela clara de espuma silenciosa, hasta su final de cometa, de estación o de agua.

Te juro que no. Y te escribo esta carta que voy a enterrar entre mis papeles, para que no la leas nunca, forzando el idioma para que el papel vuelva a ser un papel en blanco. De muerte a muerte, de nadie a nadie —qué somos ahora—, te escribo cartas vacías para hablarte de todo lo que hemos perdido, y van cayendo mis palabras, mis papeles, al vacío de sol y tiempo que se abre entre los dos, como un pozo que llega al cielo.

TU muerte, hijo, no ha ensombrecido el mundo. Ha sido un apagarse de luz en la luz. Y nosotros aquí, ensordecidos de tragedia, heridos de blancura, mortalmente vivos, diciéndote.

POSTERIOR a mí mismo, enfermo, salgo todas las mañanas de un sueño que no sé si es desvanecimiento. Mi despertar tiene algo de resurrección. Es casi un resucitar, sí. Pero un resucitar sin júbilo, un volver a la vida para echar una mirada vacía en torno, para comprobar que todo está en orden —en desorden— y que puede uno volver a morirse tranquilamente. Y para qué hablar de los periódicos. No pido el periódico, no lo busco, pero si me llega, si me lo traen, le echo una ojeada como quien se toma una purga. Cómo está el mundo. Como siempre, claro. Sigue la sangre, la muerte, el espectáculo bochornoso que la humanidad viene dando desde el principio de los siglos. Lo nuestro no tiene arreglo. El hombre es decididamente mediocre y nunca hará carrera. Francia ensaya ahora sus bombas atómicas. A la gente le asusta mucho esto de la bomba atómica. ¿Por qué? Yo creo que, después de tantos siglos de sangre, matanzas, crueldad y obstinación, lo más digno que puede hacer la humanidad es suicidarse colectivamente, globalmente, y terminar de una vez.

A los ojos del ferromagnetita, a los ojos de la vida vegetativa de Marte, quedaríamos como unos tíos si supiéramos morir a tiempo y todos juntos. Las campañas humanitarias nos dicen que cada minuto —o cada segundo, no sé— muere un niño. Mueren de hambre, claro, de enfermedades, de miseria, de abandono, de progreso. Mueren de progreso, porque el mundo está progresando tanto que ya tenemos estadísticas exactas sobre los niños que se mueren. Lo que no tenemos es ganas de alimentarles, pero llevamos su muerte muy bien contabilizada. A lo mejor, con todo el dinero que cuesta el aparato burocrático de contabilizar la miseria, se podía dar de comer a unos cuantos hambrientos. Pero lo primero es la estadística. Vayamos por orden. No hemos conseguido erradicar la miseria, ni nos lo hemos propuesto, pero la hemos contabilizado, codificado, controlado y explicado. Algo es algo.

De modo que dejo los periódicos, asqueado de mis queridos hermanos los hombres, y vuelvo a los viejos libros, a los autores que más elementalmente me han acompañado desde la adolescencia. Nada nuevo. Escritores que, de tan leídos, me suenan ya a mí mismo. Cuando empecé a leerlos, quería ser como ellos. Ahora ya soy como ellos e incluso a veces tengo que ponerles de mi parte lo que noto que les falta, para que no se me caigan en la lectura. ¿Y qué? Se trataba de ser eso, ni más ni menos, ese tipo de escritor. Poca cosa, pero como era lo que me había propuesto, el objetivo está cumplido. Tampoco iba a ser nunca como Emmanuel Kant. Qué horror. He sido o soy el que quería ser. Ni mucho ni poco. Más bien poco. Pero exactamente esto, éste.

De modo que leo a los que fueron mis modelos, y los leo de vuelta, no de ida, como entonces, y siento ya lo que ellos sintieron, la gran frustración de haberse realizado, el vacío de la plenitud, el estar de brazos cruzados, en el fondo, aunque exteriormente mueva uno mucho los brazos. Este braceo externo, braceo de labor, de abrazos, de trabajo, de actividad, de saludo, oculta un interior cruzamiento de brazos, un ocio, un estar de baja, cuando uno ya se ha dado de baja a sí mismo, inexorablemente, y vive en huelga de brazos caídos sin que nadie lo sepa.

Parece que hago, pero no hago. Por falta de ganas, por falta de fe, por falta de todo. No por falta de fuerzas, claro. El oficio funciona. Todavía le quedan recursos al idioma, a mi idioma personal, para llamar miserable al hombre con mil variantes, para insultar a la vida con mil modalidades nuevas. Pero ya da igual. Un folio en blanco es mucho más hermoso que un folio escrito. Tarde lo he descubierto. Y dejo que la blancura del folio ponga en blanco mi vida, y no hago nada, sino que leo libros que ya sé de memoria, como cosas que no saben a nada, pruebo medicinas que no van a curarme, orino minuciosamente, hablo poco, recuerdo cosas que no vale la pena recordar, y me sorprende a veces haciendo proyectos literarios, de trabajo, de triunfo, que están ya superados con mucho por mí mismo. Es la inercia de la lucha. Se ha pasado uno la vida dando la batalla, intentando cosas, y cuando todo está intentado y resuelto, sigue uno maquinando, sin darse cuenta. Sí, la inercia del éxito, digamos. ¿Y para qué más

libros, más sorpresas, más viajes, más fotos, más pelea ideológica, más aventura y más política? Yo he llegado ya donde tenía que llegar. No he llegado a ningún sitio, pero es lo suficiente. Sé que no tengo talento para más. Repetirse puede ser perjudicial. En cuanto al mundo, está claro que yo no lo voy a arreglar, ni los demás tampoco. Lo más digno sería morir en una guerrilla sabiendo que tampoco sirve para nada. Hemos llegado —he llegado yo, y me parece que también el mundo— a esa edad en que todo está tan claro que ya no cabe seguir engañándose. Todos sabemos, unos y otros, dónde está el bien y cómo tendría que ser el mundo para resultar menos indigno y menos injusto. Ya no hay de por medio ideologías confusas ni teologías complicantes, como en el pasado. Estamos todos cara a cara con la verdad. El hombre explota al hombre y eso es todo. El vaivén inocente de mi mecedora de enfermo supone una tensión de músculos escasos en miles de hombres poco alimentados. Si no fuese así el mundo no se sostendría. Todo está montado sobre la explotación, desde mi convalecencia humilde a los cruceros de placer en yates millonarios.

La injusticia ha perdido ya todas sus coartadas y su patristica. Hoy se mantiene por las buenas, como tal injusticia y nada más. Ni siquiera necesita de los códigos del pasado. Si esto no se arregla es porque al hombre no le da la gana.

Qué pereza, pues, incorporarse a ese mundo cínico y duro. La muerte y la enfermedad me han apartado de él con mano negra y leve. Qué pereza volver. Así que pido otro vaso de leche, abro el viejo libro por la página más conocida, paseo por la casa como un anciano de asilo, miro los restos del verano como un sobreviviente, saboreo mis medicinas no sé si como licores de la vida o de la muerte, escribo algo, sólo por probar el estado de mi musculatura, y me asombra que la máquina me responda con su coherencia de chisme.

Ni vivo ni muerto, leo a mis clásicos, que tiran más bien a románticos, escucho con mis ojos a los muertos, como el barroco, vivo en conversación con los difuntos, y veo mi vida como una novela lejana, tópica, vieja y todavía querida.

HE estado mucho tiempo sin escribir en este diario, y ahora me pregunto por qué lo empecé. Es lo que pasa con todos los libros, con todas las obras, con todo lo que se emprende. Sin prisa y sin pausa. Hay que trabajar sin prisa y sin pausa, según la vieja fórmula goethiana, que no es sólo un método de trabajo, sino la razón misma de la tarea. No sé si Goethe, con su programa, quería decir lo que dice. Porque no se trata, me parece a mí, de que la falta de prisa y la falta de pausa sean buenas para la obra que se está haciendo. Se trata, más bien, de que la obra en marcha le da a la vida un ritmo sin prisa y sin pausa. Le pone un eje al existir. ¿Hay que consagrar la vida a una obra? Más claro veo yo el que se deba consagrar la obra a la vida. Una obra en marcha, sí, articula un destino, pone argumento a los días, eje a las horas. Estructura una conciencia, ayuda a vivir. Lo de menos, al final, quizá, sea la obra.

Lo importante en eso, que el quehacer nos ha mantenido en la vida sin prisa y sin pausa, con acicate y sin impaciencia. No cree uno ya gran cosa en lo sagrado del arte, y mucho menos en lo sagrado del arte que hace uno. *En busca del tiempo perdido*, *La Comedia Humana*, el cuadro velazqueño de las lanzas, la escultura griega, las catedrales líricas de Gaudí, todo eso vale, antes que nada, como un ejemplo de disciplina. Ahí hay un tipo que ha trabajado de firme, que se ha organizado. En otro momento de este diario me parece que lo digo: uno, con el tiempo, va siendo *voyeur* de trabajadores, como antes era *voyeur* de amantes. Me gusta pararme a ver trabajar a Zurbarán, a Cervantes, a Proust, como en la calle, de pequeño, me paraba a ver trabajar a los poceros. Estos otros grandes poceros de la humanidad, Proust o Cervantes, son, antes que unos genios, unos grandes trabajadores, y eso me fascina. Creo mucho en el trabajo, como Marx. Qué le vamos a hacer. Pero he llegado, como quiere Rubert de Ventós, a liberarme del puritanismo del trabajo. No creo tanto en el trabajo para algo como en el trabajo) por el trabajo. El trabajo como juego. El trabajo ennoblece al hombre, sí, según la caduca moral de enciclopedia, pero no porque con el trabajo se enriquece la sociedad y engorden los niños, sino porque un hombre trabajando está más digno que tomando vermouths o bailando tangos.

Quiero decir con todo esto que creo en la estética del trabajo, siempre superior a la estética del juego, y no digamos a la estética del ocio. Hay que ser muy importante para tener un ocio digno, para sobrellevar el ocio con dignidad. Sólo los niños quedan puros y naturales en el ocio. Los demás quedamos hechos unos piernas. Las clases superiores, históricamente ociosas, han llegado a la decadencia y el ridículo porque raramente supieron hacer del ocio una obra de arte, y porque el ocio es delito y crimen cuando el trabajo de los demás no es placentero. Sin prisa y sin pausa. En cuanto interrumpimos el trabajo durante un tiempo, se plantea la naturaleza misma de lo que estamos haciendo. ¿Por qué, para qué? La razón última de una obra en marcha es su continuidad. Rota la continuidad, todas las otras justificaciones fallan. Porque, como decía antes, no es que la obra bien hecha exija todas nuestras virtudes y entregas, sino que esas entregas y virtudes nacen de la obra bien hecha, ella las concita, las despierta, las inventa. Se piensa que el buen escritor hace una buena novela. Yo creo que, por lo menos en la misma medida, la buena novela hace al buen escritor. Uno es más listo cuando trabaja. La obra en marcha tira de nosotros, nos aguza, nos afila, nos mejora, nos enerva.

De modo que este libro interrumpido —como cualquier otro— pierde su sentido y su razón últimos, que no son la posteridad ni la gloria ni los lectores ni la curiosidad ni el interés. La razón última de este libro es la disciplina que a mí me da, la continuidad que pone en mi vida, ya que todos somos discontinuos, como dice Bataille a otros efectos. ¿Por qué se escribe un diario íntimo?

No por vanidad, ya, a estas alturas y en mi caso, ni por egocentrismo, ni por vedetismo, sino por buscar la sencillez última, por huir de ese artificio que en último extremo suponen todos los géneros literarios. No quiere uno que entre el lector y él haya trucos

de novela, efectos de poema, trampas del oficio, y se apela al diario íntimo, como a las memorias. Pero las memorias aún están embellecidas por la niebla del recuerdo. El diario íntimo, en cambio, es lo inmediato, el presente exasperado, la confesión no sólo sincera, sino urgente. Lo que pasa luego —y ésta es la gran enseñanza de los diarios íntimos— es que no somos capaces ya de sencillez, de elementalidad. Hemos perdido el paraíso, estamos maleados por la cultura, no podemos hacernos como uno de esos pequeñuelos, y resulta que el diario íntimo se llena de lirismos, de lucimientos, de improvisaciones muy preparadas, o bien, si se opta por el prosaísmo más directo, cae uno en la cuenta del mercado, en la anotación banal, esquemática, doméstica y monótona. Resulta que se confiesa más Shakespeare a través de toda su retórica, Baudelaire a través de toda su música, Quevedo a través de todo su barroquismo. No existen los géneros directos. Lo más directo sería no escribir.

Así las cosas, tengo que resignarme a hacer literatura en mi diario íntimo, y a que vaya resultando un poco el poema en prosa de unos graves meses de mi vida, o la novela de un mal novelista. Estamos presos, sí, en la cultura, hemos perdido la frescura, la naturalidad. Habla estos días la prensa de los perros asilvestrados que se comen a los niños por Galicia. Parece que no eran lobos, como al principio se dijo, sino perros asilvestrados. Pues eso necesitaría el hombre y eso quisiera uno; asilvestrarse un poco, volver a estados más naturales. Sin llegar a comerse a los niños crudos, por supuesto.

De modo que, a medida que me alejo de todo, todo viene a mí en la figura de un reportero impaciente, de una estudiante curiosa. Uno se ha pasado la vida corriendo detrás de las cosas, y ahora, cuando quisiéramos un poco de retiro y soledad, las cosas, la vida, la calle, toman la forma intrusa de un entrevistador cualquiera, de un delfín de las calles que viene con su olor a intemperie, con su prisa, a intentar arrancarme en tres cuartos de hora el secreto del éxito, la fórmula del triunfo, las claves del oficio.

—¿Y usted cómo lo hizo, y usted cómo lo hace?

Mira, niño, no hay fórmulas, no hay recetas. Aprende y espabila. Ten paciencia, pero no dejes de impacientarte todos los días. Ten paz, pero no dejes a nadie en paz. O la estudiante de gafas, bajita, sonriente, incondicional. «¿Y cómo se escribe un artículo, y cómo se hace una novela?» Siempre preguntan esas cosas. ¿Se acuesta usted pronto, se levanta usted tarde? Piensan que el secreto está en alguna fórmula vital, en madrugar mucho para que Dios ayude —pues están frescos— o en trasnochar mucho para que ayude el diablo. No tienen paciencia para esperar a ver qué pasa. Quieren robarle a uno el secreto en media hora, salir de aquí con la fórmula y la alquimia para fabricar oro por las noches, aunque sea oro falso o calderilla de oro.

No saben que todo es una larga paciencia, como dijo el otro. Pero una suerte de paciencia impaciente. Y que al final tampoco se está en posesión de ninguna verdad, sino que hay que descubrir la piedra filosofal todos los días, y encontrarla entre las piedras grises y torpes, que son las que más abundan. Y probar a beber en la fuente de la eterna juventud, que a lo mejor mana por el grifo de la cocina.

Los entrevistadores, las entrevistadoras, las televisiones, los radios, los periódicos. ¿Qué quieren de uno? Seguramente nada. Sólo que uno es ya una cara, un cara, y llena un espacio, cubre unos minutos, ayuda a ganar unos duros. Todos hemos hecho eso y hemos explotado al famoso, ordeñándole un poco de popularidad y de calderilla. Se puede decir que sí y se puede decir que no a tanta sollicitación, pero lo que no se puede hacer de ninguna manera es creerse que eso es la gloria, el triunfo. Bueno, sí, realmente eso es la gloria, el triunfo. Una mierda.

Confunden los títulos de todos mis libros y sólo quieren que reincida uno en sus propios tópicos. Decía Larra que todo aniversario es un error de fechas, y digo yo que toda fama es un malentendido. ¿De qué he posado yo en la vida? De quinqui, de dandy, de

golfo, de revolucionario, de todo. Y eso es lo que quieren, que uno haga su papel. Quieren, como los niños, escuchar siempre el mismo cuento, la misma historia. Hay una especie de antropofagia intelectual, de canibalismo cultural, que siempre me ha preocupado. Las masas no devoran libros, canciones, historias o imágenes. Las masas devoran seres vivos. El hombre necesita comerse al hombre. Van al cine, no a seguir una historia, sino a devorar a una persona, a un actor o una actriz. No basta con los libros. Interesa el autor. Hay que verlo, tocarlo, comérselo. No basta con los miles de cuadros de Picasso. Hay que ver, tocar, oír, leer, escuchar, devorar a Picasso en calzoncillos. Picasso era comestible. Se dejaba masticar bien. Ése es el secreto. Si no eres comestible, digerible, nutritivo, ya te puedes morir de hambre. Para comer de esto hay que dejar primero que te coman. Hay que saber a algo. «Si yo sé a algo, mi sabor será para la tierra», decía Rimbaud. Pues no. Hoy, el sabor de uno tiene que ser para los mass-media, para las multitudes.

Siempre ha sido así, aunque ahora esté eso más favorecido. La humanidad tiene sed de humanidad. El hombre, animal adorador. Necesitamos adorar a otro hombre. Los adoradores ele Dios, también le dan figura humana. Si no, no tendría gracia. La antropofagia intelectual —y no sólo intelectual— es un hecho. Detrás de la política, del arte, de la cultura, se busca a una persona. Imposible abolir el culto a la personalidad. Los socialismos han tratado de hacerlo, con muy buen sentido y muy poco éxito. El hombre no está para abstracciones. El hombre necesita del hombre. La humanidad deglute políticos, artistas, héroes, genios, mujeres hermosas.

Y a eso vienen, a comerme por un pie en la modesta medida en que yo soy comestible. Si eres glorioso das de comer a multitudes. Si eres sólo modestamente popular, como pudiera ser el caso de uno en determinado momento, das de comer a cuatro periodistas hambrientos y cuatro universitarias asténicas. La humanidad se alimenta de sí misma. Ni los paisajes ni las geografías ni las historias son nada si no les ponemos un condimento humano. Todo paisaje ha de ser paisaje con figuras. Y esto porque la gente necesita creer en sí misma. Estamos todos aquí tan perdidos, tan sin destino, la humanidad está tan desempleada que necesita el ejemplo de los grandes, de los decididos, de los triunfadores, de los gloriosos, de los que parece que tienen destino, aunque tampoco lo tengan. Por eso, cuando vienen a verme o me llevan a que me vean, procuro dar sensación de seguridad, de gran seguridad, pues decía William Blake que si el sol dudase un momento, se apagaría. Y lo que la gente quiere es eso: soles humanos, personajes que no duden, seres seguros de su destino. Así triunfan los políticos y los conductores de masas. Y el escritor, por ejemplo, sin llegar a tanto, tranquiliza y difunde seguridad si él la tiene o la aparenta. Lo que más fascina a esta humanidad indecisa es la decisión, aunque sea fingida. Mueve más una mentira firme que una verdad pensativa. Procuro, con Blake, no dudar un momento, como el sol, aunque realmente viva en la luna.

Otoño. Astenia. Un cielo vacío, entreluces y entremuertes. Fallecimientos y resurrecciones de cada día, de cada hora. No estoy bien, ni falta que hace. Demasiado bien estoy, teniendo en cuenta que solamente soy un espectador fantasmal del mundo, una cara blanca asomada a las tapias del cementerio del vivir, mirando hacia adentro, hacia el corral de muertos que dijo el otro con otra intención. ¿Y la vida? Un acecho sexual, continuo, torvo, con muebles y oficinas de por medio, nada más. Hombres y mujeres se observan de reojo, se espían, precipitan y retrasan el momento de la captura. El sexo es un crimen sin víctima o con víctima. Algo de esto decía Baudelaire. Hay una crueldad, un vampirismo implícito, algo torvo y cínico en la lucha de los sexos. De tienda a taxi, de teatro a alcoba, desde el fondo de las sombras, por detrás de los cristales, las vitrinas, las ropas y los parques, hombres y mujeres se buscan y desencuentran en el juego cruel, monótono y eterno del crimen sexual. Entretanto, se tienden puentes sobre el mar o se levantan escaleras hasta la cúpula del aire. Pero lo

único cierto es la cloaca sexual que cada noche inunda el mundo. Una realidad zoológica y apestosa. Avergonzados de la elementalidad de todo esto, que no es sino una dinámica de rebaño, hemos hecho lirismo, filosofía, complicación y metafísica. Lo he repetido más de una vez: toda la cultura no es sino el esfuerzo desesperado del hombre por dignificarse a sí mismo, por estofarse de trascendencia. La religión quiere darnos un alma y la cultura quiere darnos un traje.

Pero somos opacos y desnudos. Otoño. Astenia. La cabeza se me decapita sola. Los brazos se me lastran de sombras. Los muslos se me espesan de sueño. Soy una ropa vacía que pisa con miedo la falsa vegetación del mundo, la trampa de ramas y hojas de la muerte.

En las escaleras mecánicas de las tiendas dialogo con mi hijo muerto. Ante los quioscos de periódicos soy una página rasgada que se lleva el viento. La vida se ha quedado hueca de tiempo, el tiempo se ha quedado hueco de días. El tiempo lo creamos nosotros viviendo, esperando, avanzando. Si uno dimite de la vida, el tiempo ya no existe. El tiempo es nuestra impaciencia. Sin impaciencia, las esferas se paran y el mundo descubre su inanidad de chisme inútil, de trasto viejo, de cosa caída.

Cuando nada espero ni busco ni pretendo, sólo queda el movimiento mediocre y elemental de la vida, su mecanismo torpe y repetido. Pero el tiempo, categoría y aura de todas las cosas, ha sido abolido. El tiempo, sí, lo crea nuestra impaciencia, como a Dios lo crea nuestra soledad. En cuanto retiramos nuestra adhesión a las grandes abstracciones, se disuelven en el aire. Sin anhelos por mi parte, va no hay tiempo: sólo hay clima. Y quizás ni siquiera clima. Porque de tiempo metafísico y el tiempo climatológico van más confundido: de lo que parece. Puede ser que sólo exista el tiempo climatológico. El tiempo de los hombres del tiempo, el de los anticiclones y las borrascas. De ese tiempo hemos hecho una categoría convirtiéndolo en Tiempo con mayúscula. Pero el Tiempo sin hombre se queda en meteorología.

Tiempo, otoño, astenia. «Tiene usted una astenia», me dice médico. Yo creo que es el mundo el que tiene una astenia. Y me meto en casa para hacer el viaje de regreso al pasado. Cuando no existe el tiempo, ni siquiera hay que viajar. El pasado está aquí mismo y por eso es posible que yo escriba un libro sobre mi infancia, otro libro sobre mi infancia, novela o no —eso qué importa—, porque mi infancia, ahora, no es una evocación ni un poema, sino una cosa cotidiana que me está pasando.

En mi infancia soy mi propio hijo. Ese hijo también se pierde, como todos, pero ahora le tengo muy vivo. El niño que fui es el niño que he perdido. Se es padre de uno mismo. Aquel niño huérfano de mi infancia, aquel niño que fui, tiene su padre, que soy yo. Y ese niño muerto se me confunde con este otro niño muerto, porque son el mismo niño, y escribiendo de uno o del otro estoy escribiendo del niño, del núcleo esencial de infancia en que consisto, del légamo dorado y tierno que fui, que soy, que he sido, que estoy siendo, que seré. Decía Péguy: «Homero es joven cada mañana y el periódico de ayer es ya terriblemente viejo». Decía Homero. Quería decir la infancia de la humanidad, o la infancia de la cultura, cuando menos. El niño, aquel niño, este niño, mi niño, el más remoto niño —todos los niños son el mismo niño, como todas las rosas son la rosa—, es nuevo cada mañana, pero el yo de ahora mismo es ya terriblemente viejo. En este otoño asténico, en esta astenia otoñal, tira de mí la idea de ese libro, la inmersión profunda y prolongada en la infancia, en el pasado primero, en algo que está fresco y matinal dentro de uno, mientras que el uno de ahora mismo está terriblemente remoto y enterrado.

Me afeito la barba por ver si rejuvenezco un poco, pero a los cadáveres no conviene afeitarlos porque es peor.

ARTÍCULOS, artículos, artículos. Una forma de autodestrucción. He vuelto a hacer artículos. Cientos, miles de artículos. Los artículos, primero, fueron mi procedimiento para irme autoestructurando. Eran una construcción piedra a piedra, paso a paso, el hacerse un nombre, un hombre y una vida día a día, palabra a palabra. Ahora, consumado todo, son una autodestrucción, y con cada artículo voy quitando un soporte a mi vida, a mi obra, voy desarticulando pieza a pieza el almacén trabajoso e inútil de mi vida. Los críticos, los lectores, las gentes dicen que el escritor puede quemarse con tantos artículos, pero el escritor, contrito, aterido, solo, doliente, huérfano de todo, lo que quiere es eso, más que nada, y ha encontrado en el artículo una forma de arder, de desaparecer, una labor inútil y fragmentaria en la que deshojarse y morir. El artículo fue mi hacha de guerra, mi estilete, el arma que me dio la vida para entrar a saco y vencer, la espada corta y segura con que conquistar y construir un pequeño imperio personal. Y ahora lo vuelvo contra mí, deshago mi obra en artículos, me disperso, me fragmento, porque hacer libros es construir con voluntad de pervivencia, con fe arquitectónica, y eso me resulta ya siniestro. He hecho algunos libros, no muchos, demasiados en todo caso. Y haré algunos más, quizás, atraído por el vértigo de la inutilidad, por esa concentración de vacío que es un libro. Pero lo que quisiera es este suicidio del artículo. Ya que no he tenido valor para destruir mi vida, voy a destruir mi obra, a fragmentar en artículos dispersos lo que pudiera haber sido un todo completo y edificado. Con cada artículo que escribo pierdo la posibilidad de hacer un poema, un ensayo, un relato, algo más resistente y continuo. Y así, en cada artículo entierro y amortajo para siempre una dirección de mi vida, o varias direcciones, dejándolo todo incompleto, insinuado, quebrado, roto, maltrecho y malogrado.

Estoy llegando, sí, a esta voluptuosidad negativa del artículo de periódico como sacrificio, como inmolación, como amortajamiento de criaturas que pudieron crecer y vivir. Con cada artículo desanudo un nudo de la trama de mi existencia, y me voy quedando suelto, ligero, vacío de posibilidades, irrealizado.

Con miedo, con sudor, con temblor, con frío, con calores, con inseguridad, con rabia, con luz o sin luz, escribo artículos todos los días y así hago el revés de mi obra, y contemplo el cristal suntuoso que pude fraguar, roto en los mil añicos de los artículos, deslogrado para siempre. No quiero hacer una obra, sino deshacerla. Me arranco artículos como el que se arranca la piel a tiras, como el leproso que se arranca la carne en pellas. He descubierto que el artículo es una brillante forma de fracasar.

SÓLO encontré una verdad en la vida, hijo, y eras tú. Sólo encontré una verdad en la vida y la he perdido. Vivo de llorarte en la noche con lágrimas que queman la oscuridad. Soldadito rubio que mandaba en el mundo, te perdí para siempre. Tus ojos cuajaban el azul del cielo. Tu pelo doraba la calidad del día. Lo que queda después de ti, hijo, es un universo fluctuante, sin consistencia, como dicen que es Júpiter, una vaguedad nauseabunda de veranos e inviernos, una promiscuidad de sol y sexo, de tiempo y muerte, a través de todo lo cual vago solamente porque desconozco el gesto que hay que hacer para morir. Si no, haría ese gesto y nada más.

Qué estúpida la plenitud del día. ¿A quién engaña este cielo azul, este mediodía con risas? ¿Para quién se ha urdido esta inmensa mentira de meses soleados y campos verdes? ¿Por qué este vano rodeo de la muerte por las costas de la primavera?. El sol es sórdido y el día resplandece de puro inútil, alumbra de puro vacío, y en el cabeceo del mundo bajo un viento banal sólo veo la obcecación vegetal de la vida, su torpeza de planta ciega. El universo se rige siempre por la persistencia, nunca por la inteligencia. No tiene otra ley que la persistencia. Sólo el tedio mueve las nubes en el cielo y las olas en el mar.

AQUÍ, tu madre y yo, hijo, entre biombos, entre cocinas apagadas, entre anuncios, letra menuda y medicinas, qué solos, qué sin juntura, y el universo, hijo, el universo, que organizaba sus mayúsculas en torno de ti, y ahora es como el resto disperso de un naufragio. La vida, asesinándote, se ha dado muerte a sí misma, ha perdido su sentido y paga su crimen en tardes de sol en las que nadie cree y anocheceres de niebla donde nadie es feliz.

Escribo, hijo, de manera maquinal, y miro hacia el Este lo que no quiero ver, una ceniza sagrada que el sol ignora cada mañana, y pienso en la calidad de tu pelo, la textura de tus ojos, el borde fresco de tu corazón pequeño, que eran el resultado de milenios de generaciones, la consecuencia feliz y lograda de la especie, el crédito del material humano, que fracasa nuevamente y revela la condición irreversible y caediza de la sangre. Por las noches, hijo, toso, escupo, lloro, tiemblo, organizo despierto las pesadillas que el sueño me desorganiza luego y cuento contigo para el amanecer.

Soy el único cadáver que ha escrito un libro en la historia de todos los tiempos, y hay en el mundo un rastro de mujeres que mueren hacia su sexo, y sabor a vino que ya nadie degusta, y el mundo ha perdido, con su atentado contra ti, su última oportunidad de tener sentido y derecho a las estrellas de cada noche. De modo que me crece la pirámide en el alma, el espacio sagrado, la cripta donde te llevo, entre dos costillas, entre el epigastrio y el sentimiento, y me veo en los espejos de los grandes almacenes y sólo hay una imagen en un espejo porque vives en el útero que me ha nacido para ti. Viene un tiempo de degradaciones, todo es póstumo, la vida ha durado ya excesivamente y los políticos consuman sus traiciones cada mañana sin convicción ni arte, pues el pájaro en la rama y el reloj en la torre no hacen otra cosa que esperar el desmoronamiento final, el suspiro de la galaxia que nos libere a todos de las leyes de la herencia y nos devuelva a la relatividad y la nada.

Vamos en viajes lúgubres por ciudades antiguas, pronunciamos tu nombre como si estuvieras muy ausente, nos enhebramos en voces blancas o rojas que quieren saber de la eternidad, y de vez en cuando me refugio en el cristal de una ventana, en ese espacio de duda que hay entre el vidrio y la realidad, para comulgar tu carne. Sillas de paja infantil, graves mecedoras, caballos de crin celeste me preguntan por ti, se preguntan por ti, y has de saber que subimos a los últimos pisos de las casas en obras y desde allí miramos ese momento del atardecer, con humo y tiempo, en que sería posible que te hicieras de yeso crudo o de luz remota ante nuestros ojos.

LOS retretes, los servicios, los excusados, esos sitios blancos y turbios, azules y sonoros, donde me refugio y retorno a mi textura cúprica, una especial atención por esos sitios sórdidos, con luz de patio, donde la mujer ha comprobado con espanto el desdoblamiento de su cuerpo en loba y estatua, donde el hombre ha mirado con vergüenza el crecimiento de una selva exigua y enferma por las raíces de su gloria civil. Los retretes, los servicios, los excusados, el revés de una casa, el revés de una vida, el revés del mundo, los inodoros, todas las palabras sosas y feas que se han empleado para decir lo indecible, con uves dobles y un cadáver blanco y mojado en el fondo de la bañera. Me refugio en los retretes como para morir, pues en el resto de la casa o del hotel hay una dignidad de tela de saco y una gravedad de maderas respetables, pero por el retrete, entre sus espejos pálidos y olorientos, todavía se mueven los cuerpos rosa de los niños, las almas culonas de las mujeres, y allí comprendo mejor que sólo es verdad la luz de la ventana del patio, una luz gris que no engaña, sin el artificio vespertino del sol ni la bisutería moral de la noche.

Retretes, servicios, excusados, wáteres, inodoros, lavabos, baños, pantalones rosa y estropajo donde va quedando el fruto ocre de nuestra vida, el cimiento mate de nuestro ser, y ese olor a inocencia y uremia que es el resumen del alma y lo único que va a quedar de nosotros a la muerte, aunque hayamos escrito tratados y construido diques. La ciudad es un piano incendiado y prostituido que sólo yo supe hacer sonar. Pero ahora la huyo y la odio. El campo es un instrumento pastoril algo analfabeto e irritante, y la literatura ya no engaña a nadie. Creías en las mujeres y un día encontraste su revés de retretes y espejos, de polveras y residuos. En el espejo blanco del retrete te miras el hueco donde debía estar la conciencia y te suenas el alma. Sólo el espejo del retrete conoce tu biografía y el poco sol que te queda de vida. Hay un pájaro de frío picando en la ventana y un caballo celeste que me mira como un niño. Estallidos de rojo y luz hacen fogata en torno y el reloj de la pleura me duele como un secreto. Mi cercándome el invierno con sus tropas dolientes, mientras la prosa fluye debajo de la almohada. Pero estoy abocado a tomar medicinas y contar a los muertos las noticias del día. Dulces enfermedades acuden a mi cuerpo como aves migratorias al tronco de la noche, soy un desagüe triste de pestes y de penas y lloro hasta el domingo tu ausencia diminuta.

Me moriré escribiendo páginas ilegibles, porque el muerto me crece, como un amigo triste, y revuelve mis cosas sin interés ni gana. Esto es vivir, esto es morir (no sé si ya he tomado la medicina a su hora), esto es ir teniendo una mitad de sombra, de ceniza, cada día más espesa y respetable. No existe la muerte. Sólo existe el muerto. El muerto vive, llega como un intruso, nos visita, y de pronto me sorprende gestos de muerto, ademanes, caídas, renunciaciones de difunto. Yo ya lo sé y lo pienso. «Esto es cosa del muerto», me digo, cuando el vientre me llora, cuando olvido un papel en un tejado, cuando pienso en una mujer conocida como en un enser o en un apero. Esto es cosa del muerto. El muerto se va posesionando de mi vida, el muerto que seré y que ya voy siendo, como cuando a uno le dan un cargo, un empleo, un oficio nuevo, y se extraña a sí mismo, y se desdobra en dos. Cuando el muerto se ha posesionado de todas tus cosas, que la verdad es que no le hacen ninguna falta ni ninguna ilusión, pero que las codicia, entonces te mueres.

El muerto, antes, ni se notaba. Dicen que el hombre es muchos hombres, que se desdobra en diversas personalidades. Freud habla, por lo menos, de tres: el yo, el ello, el id, el superyó, no sé. A mí me parece que somos dos: el vivo y el muerto. Lo que pasa es que el muerto no hace acto de presencia hasta cierta edad. Aparece un día, con motivo de una enfermedad o de un pésame, y ya se queda para siempre. Creíamos que se había ido, como un amigo enlutado, pero vuelve. Ya sé que no se irá definitivamente. Antes tenía temporadas de muerto. Ahora vive conmigo como realquilado. El muerto que soy, que seré. «Caballero estable», piden los anuncios de

pensiones. Bueno, pues el muerto es un caballero estable que se ha quedado a vivir en mis habitaciones interiores. Y escribo mucho por huir de él, pues a lo único que no ha aprendido todavía mi muerto es a escribir. Creo que no aprenderá nunca. Al muerto no le gusta que yo escriba. Al muerto le gusta que vayamos a ver pisos que no vamos a alquilar, que vayamos a casa del médico, pero sin esperanza, que nos pongamos la ropa nauseabunda de hace tres inviernos. Pero al muerto, a mi muerto, no le gusta el cine ni que yo escriba. Cree que me voy a escapar por la escritura, como si la máquina fuese un bólido o una bicicleta. Y la verdad es que yo escribo como si pedalease, huyendo siempre de algo.

Uno se va acostumbrando a convivir con su cadáver. Es incómodo pero a todo se hace uno. Piensas que bueno, que peor sería tener una joroba o una enfermedad molesta. Mas resulta que la cosa no para ahí. Cuando ya has presentado el cadáver en sociedad, cuando lo llevas a todas partes, como un familiar incómodo, cuando ya todo el mundo sabe que eres tú y tu muerto, que eres tu mitad muerta y tu mitad viva, resulta que un día descubres, en el retrete o en un taxi, que ya eres sólo muerto, todo muerto, que el muerto te ha suplantado, y sobreviene el horror, porque ya no soy un vivo soportando a un muerto, conviviendo con él, sino un muerto que se acuerda de aquel vivo como de un amigo lejano y alegre, demasiado alegre, que más vale haya desaparecido para siempre. No sé si he llegado a eso.

En todo caso, el muerto y yo estamos ahora, quizás, en un momento de relaciones estables, como un matrimonio aburrido, estúpido e irremediable. Cuando se me pierde un pañuelo, cuando no me pongo la camisa que me gusta, cuando cojo un libro que no me interesa, digo: «Esto es cosa del muerto». El muerto va mandando en mi vida y no sabe, el muy estúpido, que acabando conmigo acaba con los dos.

Un domingo se vacía como un mar desahuciado. Si cojo el teléfono, temo que me pongan con el cementerio. El frío me amortaja con cintas de fiebre y vuelvo de los viajes con una urgencia postal y póstuma. Mi vida ha sido tan larga que puedo meter la mano en cualquier bolsillo y sacar un diente perdido de la primera infancia. Fui una estatua violenta que desafiaba a las constelaciones y ahora mi cuerpo es un asilo donde multitud de ancianos quieren oler una rosa. Sólo me queda la cabeza, como una ventana alta, para embeber el cielo y morder no sé qué manzana desconocida.

ELLA ha madrugado, inquieta, movida por un secreto, por una alegría pequeña —qué triste picardía la suya— y se ha movido por la casa con más vivacidad, como criando tú vivías, y ha traído de la calle dos rosas rojas, dos flores forradas de verde, que eran la clave de su secreto, el centro de su pequeña y tierna conspiración, porque algo había que hacer, hijo, y las dos rosas estuvieron ahí, lumbre de una alegría remota en lo gris del hogar.

Diría yo, sí, que fue ella a lo más remoto de nuestra dicha, al fondo de los días, al bajorrelieve de la memoria, allí donde aún ríes entre conchas doradas, para cortar esas dos flores —que en realidad son del mercado— y hacer que por última vez prenda en esta casa la luz de un tiempo en que éramos alegres. A la tarde, escucha, fuimos apresurados, silenciosos, sonámbulos, en el fondo de un coche, hacia el hueco doloroso, lejano, y el otoño estaba rojo, dorado, lento, espeso, como si tú existieras, y cruzamos tantas arboledas, hijo, tanto espesor de muertos, tanta luz acumulada en las márgenes de la tarde, para sumirnos en el túnel azul e inexistente en que no nos esperas, y llevábamos las dos rosas, como un reclamo para tu sangre, una llamada de lo rojo a lo rojo, de la vida a la vida, de la vida —ay— a la muerte.

EL frío, hijo, el frío, compañero helado de la infancia pobre, gato sucio y arañador que fue mi única amistad durante tantos años, el frío, que toda la vida ha ido haciendo crecer su yedra por mi cuerpo invernal, y que ahora, más vencido yo hacia la sombra, me atenaza la garganta con una fijeza triste, o canta en mis bronquios con el metal turbio de la noche, o ciñe mi vientre, lo traspasa como un filo invisible, como un frígido cuchillo de pescado, hasta dejarme doblado, encogido, indefenso. Ropas lentas, fuegos, estufas, calores con que arropo mi soledad, y el frío dentro de mí, como un jarrón venenoso, como la entraña inhóspita de mí mismo.

El frío es más que el frío, el frío es lo que de enemistad tiene la vida para conmigo, el gesto hosco que me pone, una agresión repetida a lo largo de los años, serpiente de cristal, hoguera helada que me consume. Para el frío tomo cosas, bebidas calientes, medicinas de media tarde, pero noto cómo el frío me va sustituyendo el alma, cómo voy teniendo una conciencia de frío y sólo frío. Ya no es que me enfríe por dentro, sino que mis adentros son de frío, y un corazón de témpano que va pesando como no debiera. Esto debe ser, hijo, el ir viviendo, un pasar del sol a la sombra, del calor al frío, del verano al invierno, un irse quedando del lado del invierno, una residencia en noviembre que antes creíamos transitoria y que ahora se va haciendo definitiva. El frío era una visita inoportuna. Ahora viene a quedarse o, peor aún, el frío soy yo. Antes pasábamos por noviembre como por una estación de transbordo. Ahora me veo condenado a vivir para siempre en el frío ferroviario de las estaciones. El frío va siendo mi manera de experimentar el tiempo, mi vivencia más metafísica, mi único comercio con lo otro.

También hay frío fuera, en las calles, una bruma de inactualidad, o ese sol zarandeado por un viento norte, que es el de mi infancia, la desolación iluminada que encontraba en las mañanas remotas, al salir temprano a la calle. Es lo mismo que encuentro ahora. Quisiera explicarte, hijo, lo que tú ya no ves, lo que ya no te ve, quisiera explicarte la luz de este otoño, o el olor salvaje de este viento frío, todo lo que contigo hubiera sido la estructura del presente, y que sin ti ni siquiera existe, sólo es una alusión indeseable y obstinada a cosas ya vividas. En la penumbra del mundo, en el reino del frío, ilumino ámbitos de tu vida, aquella escuela con sol y sombra adonde fuiste por poco tiempo, aquella tarde de marzo en que eras un niño entre los niños, y temí perderte entre ellos, cuando me angustió la evidencia de que tu voz y tu grito pudieran equivocárseme con otras voces y otros gritos. Niño confundido con el bosque de la infancia. Pudiera ahora alumbrar tantos instantes de tu vida —¿de tu vida?—, pero me asusta el vértigo del corazón, lo insondable de la memoria, la capacidad del llanto, y no llego a tocar la carne dorada y sagrada de tu recuerdo, sino que me quedo en el alrededor tibio, y veo una escuela con jardín, o una canción matinal, o unos animales sonrosados y locuaces, todas las dulces metamorfosis de que el mundo era capaz por ti.

Exiliado de tu reino de luz y voz, vago por los países del frío, y seré ya para siempre el apátrida, el que pasa, en la tarde, con el cuello del abrigo subido, mirando luces y escaparates, porque te has ido a algún sitio y me has dejado fuera, porque sólo tú acertabas con el centro tibio de la vida, y yo no acertaré jamás, y tengo conciencia de expatriado, y todo a mi paso es arrabal, suburbio, alejamiento del secreto rubio del mundo. He dicho a alguien que eras la única verdad que encontré en la vida. Eras, eres, la única verdad que encuentro en mí. Sólo me queda tu recuerdo, esa foto en que me miras serio por encima del tazón del desayuno, para no serme totalmente despreciable a mí mismo.

Este libro, hijo, que nació no sé cómo, que creció en torno a ti, sin saberlo, se ha convertido en el lugar secreto de nuestras citas, en el refugio solo de mi conversación, de mi monólogo contigo, aunque ya toda mi vida es ese monólogo y no hacemos otra cosa que conversar, tú y yo, sin que nadie nos oiga. La otra tarde vi un cerdo pequeño, una cría, colgado del morro a la puerta de una charcutería, y todavía el rabo se le rizaba con alguna gracia. Cómo hubiéramos conversado tú y yo con este personaje.

Pero es tu alma, ahora, la que cuelga inocente de un gancho frío. Si no fueses un niño te leería esto que acabo de ver en un libro: «Estamos todos en el fondo de un infierno cada uno de cuyos instantes es un milagro». Pero un milagro sórdido, añadiría yo. El universo no tiene otro argumento que la crueldad ni otra lógica que la estupidez. En los oscuros huertos del frío, un niño me mira, de pronto, eleva sus ojos lentos hacia mí, y he descubierto con estremecimiento, hijo, que me miras desde el fondo de todos los niños.

No eres tú, no eres tú, pero el fondo común de la infancia, el agua oscura y limpia de la niñez transcurre llena de ojos puros, y hay un abrirse de pupilas sucesivas, las del niño tímido, las del niño alegre, las del niño triste, las del niño hostil, las del niño desconocido, las de la nieta, y al final de esa sucesión me miran tus ojos, como desde el fondo de un río claro y profundo. Sólo en la mirada de un niño me vienes un poco, de pronto, de abajo arriba, pero tiembla mi mano al tocar a ese niño, me ahogo de saber que eres y no eres, respiro con miedo su aroma montaraz, que es el aroma de la infancia, por terror de que seas y de que no seas.

Y huyo para siempre del continente cálido, del fragor de los niños, de ese jardín secreto donde todavía —ay— huele a ti, porque no eres tú, no eres tú, y prefiero la imagen intacta y sagrada a la confusión de las dulces ovejas párvulas. Qué dentro del frío me has abandonado, qué perdida mi mano grande en la vaguedad del mundo, sin la firmeza breve de tu mano. Qué frío, hijo, en esta mañana fría, el rincón quieto, blanco y desolado de tus juguetes. (Y estaba quieta, allí, en el centro de un verano trágico, con su mirada de susto breve, iluminada de tiempo y noticias, venida de una tarde lejana y fracasada, redimida de unos oscuros muebles, esfinge otra vez adolescente, alimentada por las fuentes sombrías de la memoria, liberada de algo, no sé de qué, salvada de aquella otra que quedaba de perfil y a contraluz de todas las peñas. Y tenía una camisa abierta, un pantalón rozado por los aletazos de aquel verano negro, recibiendo en sus ojos de susto quieto, de drama inmóvil, de luz oblicua, el resplandor de los licores del presente, oscura luminaria adolescente en la luz de julio, y la perdí de nuevo, como en los domingos dolientes, hasta que la velocidad de los colores me la devolvió cafés enormes con vacíos ferroviarios y mujeres enlutadas por el transcurrir de la tarde. De su mano niña caí en colegios indescifrables, visité atrios desesperados y transcurrí jardines indeseables, de su mano niña y grande descendí calles que naufragaban en un fuego humilde y seco, y visitamos tiendas inestables en las que un tiempo de barro crecía como el vientre excesivo y barnizado de las más sinceras vasijas. Hasta renacer en tabernas negras y pasillos de vino por cuya trastienda agonizaba un torero a la hora dudosa en que los ciegos del barrio abrían sus ojos al milagro de la sangre. Dijimos palabras antiguas y luego puse mi mano en su pelo como en el vuelo quieto de un pájaro sin memoria, y encendí su fuego oscuro despertando el pesar de las mejillas. Nos encontramos, más tarde, en plazas pobladas como la vida, en parques releídos por el sol, y ella tenía toda la negrura del tiempo acumulada en su pelo, todo el dramatismo de la edad en los ojos, una osada nariz de cachorro, boca de niña ávida, manos de muchacho, senos que adiviné cuajados de sombra, muslos gloriosos como batallas, algo de loba niña y morena, y siempre el manar oscuro de su vida afluyendo a la carne como un fuego.)

HIJO, un día vi un pato en el agua. Quería habértelo contado. Hacía sol, estábamos en el campo, y el pato estaba allí, al sol, en el agua. Era blanco y no muy grande, ¿sabes? Nada más eso, hijo. Sé que es importante para ti. Para mí también. Te escribo, hijo, desde otra muerte que no es la tuya. Desde mi muerte. Porque lo más desolador es que ni en la muerte nos encontraremos. Cada cual se queda en su muerte, para siempre. La muerte es distancia, sólo distancia. Y sólo de mí puedes vivir ahora, de tanto como en mí habitaste, hijo. Y sólo de ti puedo vivir. Sólo está vivo de mí lo que está vivo de ti: el recuerdo. Sólo vivo, estando vivo, en lo que tú vives, estando muerto. Toda la locuacidad del mundo me habla en tu silencio. Todo el silencio del mundo habla eternamente en tu adorable locuacidad. Un ser tan oral, tan dotado de palabra, no puede callar para siempre. Tu prodigiosa capacidad de decir, de nombrar, todo lo que habrías dicho, sigue diciéndose solo, sin ti, pero toma la forma de flor de tu boca.

Y por eso sigues hablándome siempre, y este libro no se cierra, sino que queda eternamente abierto entre tú y yo, porque seguimos dialogando noche y día, y la sustancia de mi vida no es ya otra cosa que este diálogo. Si supieras, hijo, desde qué páramo te escribo, desde qué confusión de lágrimas y ropas, desde qué revuelta desgana. Estoy viviendo muerte, porque la muerte hay que vivirla en la vida. Luego, en la muerte ya no hay muerte. Desvelado, dolorido, cansado, cobarde, solo, enfermo, herido, estoy entre tus cosas, hijo, ni vivo ni muerto, sin decidirme por ninguna de las soledades que me esperan, dudoso entre tantas ausencias, horrorizado del sol que hoy ha salido en el cielo, y que nada significa y sólo es como un inmenso estorbo entre tú y yo.

Doy para cerrar este diario, que sigue eternamente abierto, lo primero que escribí sobre el niño que entonces era niño: promesa, raudal, posibilidad, vida total, carne sagrada, hijo:

Dormir al niño, ea, el niño en los brazos, en cuanto llega a casa, tarde, justo a tiempo de dormir al niño. «Ya se nos estaba durmiendo; como no llegabas.» La calle, la prisa, los coches, los autobuses, la oficina. Dormir al niño, dormir al niño en la mecedora, ea, ea mi niño, ea. El vaivén de la mecedora, el vaivén oscuro de la mecedora, madera sobre madera, la mecedora en la sombra, con brazos de mullido y bamboleo de la madera sobre el parquet, como un trineo, como una barca en el agua. Ea, mi niño, ea. Las gentes, el olor de la oficina en las manos, las señales de la calle, las cicatrices de ceniza y humo, las manos curtidas de otras manos, curtidas de dinero, saludos, compraventas, teléfonos, mecanografía. La velocidad de las gestiones, la herida de la telefonía, la calle. Y por fin este sosiego balanceado, este oasis de sombra y hogar, este vaivén de la mecedora, con el niño en los brazos, al atardecer, justo has llegado a tiempo de dormirle.

Ea ea ea. Ea mi niño ea. Eaminiño ea. La mecedora. Hubo que comprar un día la mecedora, o quizá fue un capricho, no sé, al pasar por aquella calle, calles oscuras, el anochecer, tiendas polvorientas, la mecedora en el escaparate, forrada de cretona verde, con una lista en el centro, de arriba abajo, brazos mullidos y con flecos, un fleco corto y simpático, pies semicirculares de mecedora, como las ballestas de un coche, como el deslizamiento de un trineo. La mecedora. «Mira qué bonita mecedora.» Esa tarde triste de salir de compras, con un entusiasmo que nació quizás a la mañana, que se ha mantenido voluntariamente a través del día, empalideciendo, dejando de ser entusiasmo y sin saberlo, pasando a propósito, de entusiasmo a propósito, a proyecto, a cosa que hay que cumplir, pasando de propósito a penoso trámite, a costumbre, rutina, monomanía, necesidad borrosa, quién sabe.

Salir de compras. Por la mañana era un alegre proyecto. Por la tarde, un vago deber. Al anochecer, de compras ya, todo el desconcierto de una vida. Comprar una mecedora, ¿por qué una mecedora, para qué? Para la siesta, las tardes de siesta, las tardes tranquilas de sentarse al fresco, en la mecedora, meciendo el aire, meciendo el mundo.

Para sentarse por la mañana, en las mañanas de ocio, cerca del sol y de la sombra, a leer el periódico. El vaivén de la mecedora. La mecedora poniendo vaivén a la vida, al amor y a la soledad, a la compañía. Quitándole importancia a la vida con su movimiento, con su juego, quitándole gravedad a las cosas.

Pero no hay mañanas de ocio ni tardes de siesta. Sí, las mañanas de los domingos. La mañana del domingo, con sueño, dolor de cabeza y embrutecimiento de la cena del sábado, es para pensar en el fracaso de la vida, para ver del revés las semanas, para verse en una pausa de luz viendo desde las escaleras de sombra del trabajo, la costumbre, las conciliaciones. Y las tardes de siesta, que son tardes de deseo frustrado, de lectura a golpes, de libidinosidad abultada y quieta, sin destino, o con un destino único, penoso y no querido. La mecedora. Mecerse en la mecedora poniéndole una ligereza falsa a la vida, un vaivén de ir bien las cosas, de resolverse todo entre unas bebidas, con el optimismo industrial del frío del refrigerador. Entre dos luces, cuando la tienda iba a cerrar, en la calle larga y pina, compraron la mecedora.

El vendedor ya no se esperaba aquella venta de cierta importancia, a última hora, qué raro es el público. Estaba allí, entre la sombra de la tienda y la sombra de la calle, la mecedora estival, comfortable y ligera al mismo tiempo, con su alegría de vaivén y cretona. En casa, la mecedora quedó varada, sin oleaje, aburrida, encallada en las arenas grises del hogar. Era un mueble más, un sitio más donde sentarse, una silla con alma de barco que no había navegado nunca entre el sol y la sombra de las mañanas alegres, de las tardes estivales. Hasta que nació el niño.

Ea, mi niño, ea.

La calle, los coches, el volante, el autobús, la cartera, el teléfono, los contratos, la máquina de escribir, la prisa, el vuelo silencioso, diario y pesado de los papeles. Hasta la vuelta al hogar, la penumbra, el niño en los brazos, echado contra el pecho, la cabeza en el hombro, bulto de olor, peso sin peso, manos de pétalo, contorno de calor. Entonces empezó a tener sentido y destino la mecedora. Un día, al azar, le habían puesto al niño en los brazos y él, por azar, se había sentado con el niño en la mecedora. Sencillos actos encadenados con la lógica inmediata de lo elemental. Ea, mi niño, ea. Duérmete, niño, ea. Eaminiño ea.

El niño se mueve levemente, habla con frases de pájaro, se entreduerme, tiene los ojos abiertos en la sombra, hacia la luz doliente de la calle, con dulce terquedad. La luz va muriendo en los ojos del niño. Los ojos del niño, más abiertos que durante todo el día, dan su luz máxima antes de cerrarse. La voz humana vuelve, en la garganta del niño, a su condición de gorjeo. El ronroneo oscuro del padre, el rumor navegante de la mecedora, la voz soleada del niño diciendo palabras de solo sonido, frases sin palabras, sílabas inéditas. Ea, mi niño, ea.

Y las palabras del niño van quedando perdidas en la sombra, como los guijarros olvidados y blancos con que él ha jugado. La voz del padre y el oleaje de la mecedora se van haciendo más lentos, más profundos, más nocturnos. A veces hay un recrudecimiento, un acelerón, un despertar alegre del niño, como si fuese ya la mañana, tras una noche diminuta. Pero vuelve el rumor, el viaje, el parloteo desde el sueño. Ea, mi niño, ea. La oficina ávida, la calle enemiga, el hogar ahogado, todo se va borrando, se va quedando lejos, olvidado en el viaje de la mecedora.

La voz oscura y la voz clara se alejan, cumplen distancias, pasan zonas de luz y de sombra. La voz clara puntea con pinchos de sonido cada vez más espaciados y perdidos el campo crecido y oscuro de la otra voz. La paz no estaba en el sillón de cuero de gerente ni en el lecho espacioso y hambriento de otra mujer, ni en el resignado lecho cotidiano, ni en los veranos frenéticos, ni en el mar ajetreado ni en el sol punzante de la huida. Hacia la paz se viaja en una mecedora desconocida, que va tomando la forma de la familia. Sin sueños, sin esperanza, sin lucha, sin hambre, sin sueño. El viaje igual con un niño en los brazos, el viaje hacia el sueño del hijo, todavía

la cartera de los papeles de pie en el suelo, junto a la mecedora. Es un viaje corto que terminará cuando el niño se haya dormido completamente y se lo lleven a la cuna, con la última palabra musical y sin letras temblándole en los labios. Ea, mi niño, ea. Luego se vuelve a los ademanes, la memoria, los siempre tienes que ponerte así, la ceremonia mínima y triste de la cena.

Pero el viaje dura todavía, es un olvido blanco y simple. Un balanceo inocente y abnegado. Mira qué bien nos ha venido la mecedora. La paz no era una cosa para leerla en los libros. La paz era viajar en una mecedora cabalgado por un niño que habla dormido. En el vaivén de la mecedora se va trazando una vida, un fracaso, una resignación, una distancia, un miedo, una soledad, una cobardía, un amor. Qué manera tan dulce e insospechada de renunciar. Ea, mi niño, ea. La mecedora está hecha para renunciar, para empequeñecer el mundo y empequeñecerse reduciéndolo todo al viaje breve y reiterado de atrás adelante, de adelante atrás. La mecedora es un mueble para renunciar.

Ea, mi niño, ea. Un dulce y mágico mueble. Un hipnótico e insospechado mueble. Quién nos lo iba a decir, cuando compramos la mecedora. La abnegación viene llena de dulzura y el niño, una vez dormido, da todo su perfume. Habían sido unos minutos de viaje y huida. Toda la imposible gratitud de la vida —ea, mi niño, ea— en la voz clara, indescifrable y balanceada.



FRANCISCO UMBRAL. Seudónimo de Francisco Pérez Martínez (Madrid, 1932-Madrid, 2007), periodista y escritor español. Desde muy joven vivió en Valladolid, junto con Madrid una de las ciudades claves en su literatura, pues fue allí donde se inició como periodista bajo el magisterio de Miguel Delibes. Enviado en 1961 a Madrid en calidad de corresponsal, se convierte en unos años en un cronista de prestigio por la originalidad de su enfoque periodístico y por la sensibilidad de su mirada sobre lo cotidiano, que concilia la precisión no exenta de inventiva y un mordiente sentido del humor a menudo abrumado de amargura. Ya periodista y escritor de éxito colabora con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española.

De su ingente producción literaria destacan: *Memorias de un niño de derechas* (1972), *Las ninfas* (premio Nadal, 1975), *La noche que llegué al café Gijón* (1977), *Trilogía de Madrid* (1984) y *Leyenda del César Visionario* (premio de la Crítica, 1992). Este último título adquiriría carácter inaugural de una serie de obras que, a semejanza de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós, abordan algunos de los principales acontecimientos de la historia y la política contemporánea española. En 1996 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras y en el año 2000 el Premio Cervantes. En 2008 se publicó su obra póstuma: *Carta a mi mujer*.